UN THRILLER DE ASESINOS EN SERIE



TRAZO SANGRIENTO

Agente especial Julia Stein

RAÚL GARBANTES

TRAZO SANGRIENTO

AGENTE ESPECIAL JULIA STEIN Nº1

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2025 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com





Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PRÓLOGO

Depósito subterráneo, ubicación reservada
Cinco años antes. Miércoles, 2:17 a. m.

El ascensor industrial se detuvo con un chirrido áspero. La puerta interior golpeó contra sus guías y liberó un eco breve. La mujer que estaba dentro dio un paso hacia adelante; las cadenas en los tobillos tensaron la piel y limitaron sus movimientos. Notó humedad en el cemento, sintió el sabor terroso y metálico del polvo en la garganta y el olor acre a cloro que flotaba en el aire. Una bomba hidráulica trabajaba a lo lejos.

Sus dos custodios la llevaron hasta el centro de la sala. El suelo mostraba círculos oscuros: marcas de bidones retirados. Allí había una mesa plegable con un paño negro encima, una linterna médica, una jeringa preparada y una caja cuadrada de madera de color claro.

Un tercer hombre actuaba como operador. Su rostro estaba cubierto por una pantalla translúcida de protección. Con paso firme, se situó a un metro de ella. Abrió un cuaderno de hojas gruesas, anotó unas líneas con letra precisa y levantó la tapa de la caja. Dentro había botones de hueso, ordenados en filas y columnas; cada uno llevaba un número grabado a mano. Tomó el marcado con el «24».

El guante de látex en una de sus manos dejó un velo de polvo blanco sobre la superficie pulida. Luego, con una linterna, examinó la pupila derecha de la víctima. Dos destellos seguidos la cegaron. La linterna volvió a la mesa. De un tarro con resina transparente, vertió dos gotas sobre el reverso de la pieza. Se mezcló el olor acre del adhesivo con el cloro residual.

Sujetó el mentón de la mujer. El látex se adhirió a la piel húmeda; la presión en el ángulo de la mandíbula le abrió la boca. El disco, aún tibio, se deslizó sobre la lengua. Su sabor era calcáreo; le raspó el paladar. Ella tragó saliva y sus latidos retumbaron en sus sienes.

El operador revisó el cuaderno. Las columnas subían de diez en diez; la fila correspondiente al número «24» estaba vacía. La marcó con tinta negra y pasó la página. Luego comprobó la jeringa: tres mililitros de solución opalescente. Insertó la aguja en la vena cubital y el líquido frío avanzó bajo la piel. La presión arterial de la mujer aumentó, lo que vino acompañado de náuseas, hormigueo en los dedos y un zumbido en los oídos. Diecisiete latidos bastaron para que se le nublara la visión.

El botón obstruyó el paso del aire cuando su lengua se inflamó. El operador retiró la aguja, aplicó gasa y fijó un esparadrapo con movimientos precisos. Consultó el reloj de pulsera y contó los segundos. Tres minutos. Cuatro. La víctima todavía mantenía un pulso débil.

A los cinco minutos, levantó el brazo encadenado de la mujer y palpó la arteria radial. El ritmo era inestable y la saturación de oxígeno bajó. Ella intentó hablar; sin embargo, el botón bloqueó la lengua amoratada. Buscó apoyo con la muñeca, pero el acero de las esposas rasgó la epidermis y liberó un hilo de sangre con olor a hierro fresco.

La vista de la víctima se cubrió de puntos grises. El operador observó sin prisa. Cuando el pulso cayó por debajo de treinta latidos por minuto, anotó la hora exacta bajo el número «24».

Su cuerpo se derrumbó tras dos espasmos: primero falló la respiración, luego descendió la presión arterial. El cuerpo quedó

sostenido un instante por las cadenas y después se ladeó; la pieza vibró entre los dientes, firme en la saliva espesa.

El operador cerró el cuaderno, recogió la caja y la linterna, depositó la jeringa usada en un contenedor rígido y se dirigió al ascensor. Antes de salir, echó una última mirada al centro de la habitación para comprobar la quietud. El ascensor se cerró con el mismo golpe hueco que había marcado la llegada de la víctima.

Quedaron el goteo monótono de la bomba hidráulica, el olor estancado del cloro y un cuerpo sin pulso con el número «24» sellado en la boca.

EL DESPERTAR

DÍA 1: Triangle, Virginia
Jueves, 5:43 a. m.

EL BOTÓN CAYÓ de mi chaqueta del FBI con un sonido inusual. No fue el tic ligero del plástico contra el linóleo, sino un clac denso y pesado, como el de un diente al caer.

Me quedé paralizada, con la taza de café a medio camino de mis labios. En el suelo, aquel disco de hueso giraba en pequeños círculos sobre el suelo de mi cocina, hasta que se detuvo del todo. Mis ojos no se apartaban de él. Y entonces me di cuenta de tres cosas en una sucesión helada.

En primer lugar, esa pieza no me pertenecía. En segundo lugar, alguien lo había colocado en el interior de mi chaqueta mientras dormía. En tercer lugar, aquello no estaba hecho de plástico.

Dejé con mucho cuidado la taza sobre la encimera y me agaché. Lo recogí con la punta de los dedos y lo coloqué en la palma de mi mano. Pesaba. Al acercarlo a la luz, observé la textura porosa, casi orgánica. Mi pulso se aceleró: era hueso humano pulido, sin duda.

Incluso antes de rozarlo con los dedos, supe de qué se trataba. Ocho años en el FBI me habían enseñado a reconocer ciertas texturas y ciertos colores. El hueso humano pulido tiene un brillo específico, una porosidad sutil que ningún polímero puede imitar, y se graba en la memoria.

—Mierda.

Lo giré entre los dedos. Alguien había tallado hueso humano —probablemente de fémur, por la densidad—, hasta darle una forma circular perfecta, lo había limado hasta dejarle un brillo opaco, y grabó el número «51» en el centro.

Mi piso en Triangle, alquilado hacía apenas cinco días, dejó de sentirse seguro de golpe. Las cajas de la mudanza seguían apiladas contra las paredes, como monumentos a una vida que todavía no había empezado, la mayoría permanecía sin abrir. Alguien había estado aquí mientras yo dormía. Había logrado burlar las cerraduras nuevas y la alarma que había instalado el primer día.

¿Por qué no lo cosieron directamente en mi chaqueta? La respuesta llegó fría y clara: querían que lo encontrara esta mañana, justo en mi primer día en la Unidad de Análisis de Comportamiento en Quantico. No era una casualidad, era toda una declaración.

Sostuve el botón frente a la lámpara de la cocina. El número «51» resplandeció con nitidez. Un latigazo acre —a cloro y recuerdos— me quemó las fosas nasales y sentí un estremecimiento en la espalda. Ese número abre una compuerta en mi memoria, un lugar nebuloso que todavía no sé nombrar, pero que late con la urgencia de una advertencia.

La luz se apaga y parpadeo en la oscuridad. Estoy sentada sobre una camilla metálica; tengo nueve años y el pijama azul me queda grande: las mangas me caen y la tela se arruga en los tobillos. El doctor Nick alinea fórceps y pinzas en una bandeja de acero; sus manos rozan el metal con precisión.

Abre una caja de pino barnizado y la coloca frente a mí. En su interior, botones de hueso numerados del «10» al «51», reposan en hileras perfectas; solo falta uno, el «51». Sin pronunciar una sola palabra, me señaló el espacio vacío. Comprendo la orden. Tomo la pieza fría y la superficie absorbe el calor de mis dedos.

Nick aplica una capa de resina transparente en la cara posterior del botón y lo presiona contra mi paladar; sabe a polvo calcáreo. Me indica que cierre la boca. Obedezco y contengo la arcada. Después introduce una aguja fina en la vena del antebrazo. El líquido recorre

el músculo con un escalofrío helado. Activa un cronómetro digital: tres minutos para «registro de sensaciones».

La lámpara amarilla parpadea. Por un segundo me veo adulta, iluminando con la linterna el rostro cetrino de un cadáver anónimo. La imagen se esfuma y vuelvo a la sala blanca. Hay números que flotan en el aire como si estuvieran pintados sobre un cristal invisible. El «51» empieza a girar lentamente y una mancha oscura brota de su superficie, extendiéndose como tinta hasta cubrirlo. Siento el tirón en el estómago. El olor picante me bloquea la respiración. La luz parpadea de nuevo y todo se vuelve negro.

Despierto de golpe; sigo en la cocina, con la camiseta pegada a la espalda y el disco aún clavado en el centro de la palma. El reloj digital marcaba las «05:44». Apenas han pasado unos segundos.

Revisé el piso con una eficiencia entrenada y metódica. Las cerraduras estaban intactas. Las ventanas, selladas. No había signos evidentes de entrada forzada. Quienquiera que haya sido el intruso, era un profesional de alto nivel.

Documenté cada detalle: fotografías de la pieza desde todos los ángulos, una búsqueda de huellas dactilares que resultó infructuosa. Nada.

Eran las 6:15. En menos de dos horas debía presentarme ante la agente especial Maggie Holt. Mi única oportunidad de entrar en la unidad de élite del FBI, y alguien había decidido darme la bienvenida con un mensaje grabado en hueso humano.

La opción correcta estaba clara: debía reportarlo, seguir el protocolo al pie de la letra. Pero me quedé quieta. Algo me frenó. Tal vez fue el instinto, o tal vez la certeza aplastante de que esto era personal. Demasiado personal como para entregárselo a un sistema que no entendería los matices.

Metí el botón en una bolsa de pruebas, la sellé y la guardé en el bolsillo interior de mi pantalón3. Primero entendería qué significaba todo esto. Después, decidiría en quién confiar.

Me vestí con disciplina de academia. Me puse una blusa blanca planchada, americana azul marino entallado, un pantalón de vestir holgado y zapatos bajos pulidos. Revisé la Glock 19. El cargador estaba completo y tenía uno de reserva junto a la hebilla. El acero

tibio equilibró el peso del botón «51», frío y ajeno, en mi bolsillo izquierdo.

Antes de salir, miré una vez más mi nuevo piso. Las cajas sin abrir ahora parecían notablemente vulnerables. Alguien había violado mi espacio, mi nueva oportunidad de empezar de cero.

Gran error.

El sol de Virginia apenas asomaba cuando salí. Esto no había hecho más que empezar.

EL PESO DEL SILENCIO

DÍA 1: En ruta a Quantico, Virginia
Jueves, 6:45 a. m.

EL VIAJE habitual por la I-95 desde Triangle hasta Quantico tomaba unos cuarenta y cinco minutos, pero el tráfico matutino lo había convertido en una hora y media.

Cada kilómetro que pasaba debería haberme calmado, pero no fue así. En los semáforos, mi mano buscaba el teléfono. ¿Debía llamar? ¿Reportarlo? Eso sería lo correcto. Cada vez, devolvía la mano al volante con una fuerza casi violenta.

Las voces chocaban dentro de mi cabeza. Por ejemplo, la voz de mi instructora de la academia cuando me decía: «Los protocolos existen por una razón, Stein». Pero yo tomaba en cuenta mis instintos. Para mí, primero hay que entender el juego antes de mover una ficha. Y otra voz, más profunda y antigua, repetía: «Nadie te creerá sin pruebas contundentes».

El tráfico matutino era predecible. Funcionarios federales, contratistas, militares. Todos convergían en los complejos gubernamentales del norte de Virginia en una rutina diaria. Una normalidad que para mí se había roto. Yo llevaba un mensaje tallado en hueso humano y la certeza de que alguien había entrado en mi piso mientras dormía.

Apreté el volante. El botón de hueso seguía en el bolsillo, inmóvil, pero mi pulso insistía en medirlo como si pudiera cambiar de masa. El zumbido del aire acondicionado no bastaba para silenciar la conversación privada que traía de Washington.

En el último caso que tuve allí —la desaparición de dos contables federales— había aprendido que los pequeños detalles arruinan expedientes enteros. Una llamada perdida, un tránsito de peaje sin registrar, y todo el edificio de conclusiones se tambaleaba. Recordé el rostro del supervisor cuando propuse ampliar el radio de búsqueda hasta Green Bank, Virginia Occidental. El cruce de autopistas y la falta de cobertura del móvil ofrecían al sospechoso el escondite perfecto, pero la idea se archivó sin discusión. «Demasiado lejos del perímetro», dijeron. Volví a oír esa frase mientras la fila de coches avanzaba un metro y se detenía de nuevo.

Una patrulla estatal pasó por el arcén con una sirena breve. El destello azul y blanco se apoderó del espejo central. El sonido me sacó del recuerdo y devolvió mi atención al presente. Revisé la distancia con la camioneta de delante y solté el pedal del freno con suavidad.

El navegador marcaba aún treinta kilómetros. Llevaba medio tanque, suficientes reservas, pero la mente no encontraba la misma medida de seguridad. Toqué el bolsillo para confirmar, por enésima vez, que la bolsa de evidencia estaba intacta. El plástico contra el tejido originó un crujido leve. Se me vino una pregunta a la cabeza. ¿Y si el rastro también apunta a Green Bank esta vez? Obtuve solo el retumbar del motor al ralentí por respuesta.

Respiré hondo, percibí olor a café y aire reciclado mezclados, y conté hasta cuatro. Las luces cambiaron a verde; la columna avanzó despacio. No llamaría a mi jefa, no todavía. Primero confirmaría la ruta del adversario. Después, movería ficha.

Tomé la salida de Quantico a las 7:45. El complejo se extendía ante mí: edificios de ladrillo, campos de entrenamiento inmaculados, un aire de orden militar. Necesitaba hacer una parada en la oficina de seguridad para recoger mi pase permanente antes de dirigirme al *parking* principal.

Aparqué en el área de visitantes y caminé hacia el edificio de acreditaciones. El trámite fue rápido; ya tenían mi documentación procesada. Con el pase en la mano, unos gritos cortaron el aire matutino mientras regresaba a mi coche.

—¡¿Eso es lo mejor que puedes hacer, Thompson?! ¡Mi abuela dispara mejor, y está muerta hace diez años!

En el campo de tiro exterior, un instructor machacaba a una cadete. Incluso a cincuenta metros, podía ver el temblor en sus manos, la rigidez defensiva de sus hombros, encogiéndola sobre sí misma.

—¡¿Estás llorando?! ¡¿ESTÁS LLORANDO EN MI CAMPO DE TIRO?!

Algo en la escena me detuvo en seco. Tal vez fue la frustración acumulada de la mañana, o tal vez reconocí un eco de mí misma en la postura de esa cadete. Sin pensarlo dos veces, cambié de dirección.

—Disculpe.

El instructor se giró. Tenía la cara roja y las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo.

—¿Perdón?

—Agente especial Julia Stein, UAC. Necesito a la cadete Thompson.

—Está en medio de su evaluación —insistió él, con la mandíbula apretada—. ¿Puede esperar?

Mostré mi placa y dejé que mi voz adoptara esa calma cortante que había perfeccionado durante ocho años, un tono bajo y sin inflexiones que desarmaba más que un grito.

—No, no puede esperar. Thompson, conmigo ahora.

La cadete me siguió sin dudar, con una expresión a medio camino entre la confusión y un profundo agradecimiento. Nos alejamos hasta quedar fuera del alcance del instructor.

—Señora, gracias, pero no puedo abandonar…

—Respira —la interrumpí—. Profundo. Tres veces. Hazlo.

Lo hizo. El temblor en sus manos disminuyó visiblemente.

—¿Tienes hermanos en el servicio?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Dos marines, señora.

—Y te dijeron que eras muy blanda para esto.

No era una pregunta. Vi la dolorosa confirmación en su rostro.

—El arma es una herramienta. Tu mente es el arma real. Y ya has demostrado tu fuerza con el simple hecho de estar aquí. —Bajé la voz—. Ese instructor grita porque es todo el poder que tiene. Tú tienes poder real. Úsalo.

—Yo… no sé si puedo.

—Entonces, finge hasta que puedas. A veces, fingir es todo lo que se necesita para empezar.

Le di un par de consejos técnicos rápidos sobre su postura y la cadencia de su respiración. Cuando la dejé volver a la línea de tiro, supe que caminaba diferente. No estaba curada, pero tampoco rota.

Mientras la veía alejarse, me pregunté si alguien me había dicho eso a mí cuando más lo necesitaba. Tal vez no con palabras, pero Valery Levington, mi mentora, lo había hecho con gestos. Y ese día yo había decidido escuchar.

De vuelta en mi coche, el aire acondicionado disipó parte de la tensión. Necesitaba enfriar la cabeza antes de enfrentar a mi nueva jefa. Conduje hacia el *parking* de empleados. Mi espacio asignado, el B-127, esperaba entre las filas perfectamente ordenadas. Apagué el motor y respiré hondo. Era la hora.

Salí y cerré la puerta. El sol matutino me cegó de forma momentánea. Cuando mi visión se ajustó, algo al instante captó mi atención.

Tres espacios más allá había un sedán negro, matrícula FBN-4472. Estaba mal estacionado, como si lo hubieran dejado con prisa. Y el motor… pude oír los pequeños chasquidos del metal que se enfriaba, una señal inequívoca de que alguien acababa de apagarlo.

Alguien recién había llegado. Alguien que tal vez me había estado esperando.

El botón en mi bolsillo pareció arder. El juego había comenzado mucho antes de lo que pensaba.

PRIMER DÍA EN QUANTICO

DÍA 1: Quantico, Virginia.
Jueves, 8:02 a. m.

Me quedé unos segundos frente al sedán. No me acerqué. No todavía. Había aprendido a esperar, a mirar sin mover ficha. Anoté la matrícula en una nota cifrada en el móvil mientras caminaba con paso firme hacia la entrada: FBN-4472. Se trataba de un cabo suelto. Y mi experiencia me había enseñado que los cabos sueltos, por pequeños que fueran, tenían la desagradable costumbre de convertirse en la soga que te apretaba el cuello cuando menos te lo esperabas.

El aparcamiento bullía con la normalidad matutina de cualquier agencia federal. Agentes con sus cafés, conversaciones sobre el tráfico, la predecible coreografía del poder. A mi alrededor, otros caminaban con la confianza natural de quien pertenece a un lugar. Yo, en cambio, me sentía como una infiltrada, y el peso del botón «51» en mi bolsillo era un recordatorio constante que me punzaba con cada paso, una señal física de que alguien había violado mi espacio más íntimo.

El guardia de la entrada, un veterano con ojos que habían visto demasiado, me estudió un segundo más de lo reglamentario al revisar mi nueva identificación. Sus ojos no juzgaban, simplemente

catalogaban. Otra agente, otro día, otra posible amenaza dentro del sistema.

—Bienvenida, agente Stein —dijo con una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos—. La nueva unidad está en el tercer piso.

¿Me conocía o solo era eficiente? En Quantico, ambas cosas solían ser sinónimos. Dejé mi Glock en la taquilla reglamentaria y crucé el detector de metales.

La puerta de cristal rezaba «Unidad de Análisis de Comportamiento-Crímenes Seriales». Era una frontera invisible entre el FBI, que perseguía delitos comunes, y este lugar, que era el ático donde se estudiaba la anatomía de las pesadillas. Empujé la pesada puerta y el contacto con mi piel dejó una leve huella de sudor sobre el frío cristal, una prueba de la tensión que no podía ocultar.

—Agente Stein —dijo la recepcionista sin levantar la vista del monitor—. La agente especial Holt la espera. Despacho 312. Lleva revisando su archivo desde las siete.

Fantástico.

Maggie Holt estaba sentada tras un escritorio metálico de dotación gubernamental. Era más joven de lo que esperaba, quizá de cuarenta y cinco años, con una cara angulosa y esa mirada de acero que solo se forja tras contemplar la depravación humana día tras día. Las paredes de su despacho eran un mapa criminal, salpicado de chinchetas de colores que marcaban puntos calientes por todo el país, cada una era un epicentro de dolor. No eran mapas de carreteras, sino mapas de sufrimiento. Cada alfiler de color representaba una vida robada, un patrón emergente, un depredador que se movía entre las sombras. Había demasiadas chinchetas.

—Agente Stein. —Se levantó para recibirme. Su apretón de manos fue firme, el de una líder que no necesita alzar la voz—. Bienvenida.

—He estado revisando su expediente —dijo mientras me indicaba con un gesto seco la silla que había frente a su escritorio—. Washington fue… generoso con las recomendaciones.

La palabra se quedó flotando en el aire. «Generoso». No «entusiasta» o «impresionante». «Generoso» implicaba que mis superiores habían tenido que buscar con esfuerzo los adjetivos

positivos, quizá omitiendo los negativos por cortesía profesional. Era una advertencia implícita.

—Ya conoce la naturaleza de nuestro trabajo. Casos que otros no pueden o no quieren resolver. Asesinos que cruzan fronteras estatales como si fueran simples líneas en un mapa.

—Investigaciones complejas —respondí, y me esforzaba por proyectar una calma que no sentía en absoluto, manteniendo mi voz firme y mis manos quietas sobre mi regazo—. He manejado varias por mi cuenta.

—Buchanan en Tennessee. El expediente Tomasso. El artista de Oregón que apodaron «Lizard». —Su tono no era de alarde, sino de advertencia—. Son casos que hacen que los veteranos pidan el traslado a delitos de cuello blanco.

Luego, lanzó la pregunta que yo esperaba y temía.

—¿Y Green Bank?

Mi estómago se contrajo en un espasmo súbito. Green Bank. El nombre era una llave que abría una caja que yo había intentado enterrar a conciencia. Una investigación que me había costado una parte de mí que no estaba segura de haber recuperado jamás.

«Green Bank fue…». Mi voz flaqueó apenas una fracción de segundo antes de recuperar el control. «Complicado». Una investigación que prefiero no revivir si no aporta algo realmente necesario al presente.

Me escrutó, sus ojos analíticos medían cada microexpresión de mi rostro, buscando grietas en la fachada que había construido.

—Comprensible —afirmó mientras cerraba la carpeta con un movimiento definitivo que ponía fin a esa parte de la conversación—. Pero esta unidad trata con asesinos que… personalizan sus métodos. Necesito saber que su pasado no interferirá.

El botón en mi bolsillo pareció pulsar, un recordatorio orgánico y terrible de que alguien ya me había «personalizado».

—No interferirá —afirmé—. Al contrario. Green Bank me proporcionó una perspectiva única.

—Bien. —Su tono se relajó un ápice—. Llámeme, Maggie. Aquí intentamos mantener las jerarquías al mínimo, al menos dentro del

equipo. El despacho que le han asignado está en el segundo piso. Conocerá al resto del equipo esta tarde.

Cuando me dirigía a la puerta, su voz me detuvo.

—Julia. Tengo la corazonada de que sus instintos van a ser muy útiles. ¿Hay algo que deba saber sobre ellos? Su pregunta olía a prueba. ¿Pretendía medir mi reacción?

—Solo que a veces conecto puntos que otros pasan por alto —repliqué, asegurándome de mantener la voz perfectamente neutra, sin ofrecer ninguna emoción que ella pudiera analizar—. Nada que no provenga de la observación y el trabajo de campo.

—Bienvenida entonces.

Mi nuevo despacho era pequeño, con una ventana que daba al patio de entrenamiento. Era un espacio funcional, que esperaba ser llenado con los fantasmas de nuevos casos.

Sobre el teclado, encontré una nota escrita a mano: «Bienvenida a casa. V. L.». La caligrafía, elegante y familiar, era de Valery Levington, mi antigua instructora de psicología criminal, mi mentora.

Por un instante, sentí una oleada de alivio. Ella fue la única que entendió las pesadillas que me traje de mi primer caso como cadete. Pero el alivio fue reemplazado de inmediato por una punzada de cautela. En mi mundo, las coincidencias no existían. Valery era un inesperado cabo suelto de mi pasado, un fantasma que aparecía sin previo aviso en mi primer día para complicarlo todo aún más.

Me entrenó en la academia, cuando aún creía que la mente humana podía diseccionarse como un caso clínico más. Fue la primera en enseñarme que los monstruos a veces visten de gala y hablan con voz dulce. Y fue la única que intuyó lo que me dejó Green Bank, incluso sin haber estado allí.

No volvió a tener contacto conmigo después, pero dejó huellas en mis informes, en mis evaluaciones, y quizás en alguna sala cerrada donde se discutía si debía seguir en activo. Valery no estaba en mi presente… pero conocía demasiado de mi pasado. Y eso la

convertía en una variable que ya no podía controlar. ¿Era una aliada… o simplemente la primera persona de mi historia que el juego ponía sobre el tablero?

Me senté, y el recuerdo vívido del descubrimiento del botón comenzó a luchar por el control de mis pensamientos, amenazando con eclipsar todo lo demás. ¿Era una coincidencia macabra o alguien había esperado a que estuviera aquí, en esta unidad, para empezar su juego?

El teléfono sonó. Era una extensión interna.

—Agente Stein... Julia —me llama Maggie, y su voz suena tensa —. Hay una situación en Gray Hollow. Estamos a cuarenta minutos.

Mi pulso se disparó. Primer día. Primer caso.

—¿Qué tipo de situación?

—El tipo de escena que le roba el sueño a un *sheriff* con veinte años de placa —sentencia Maggie—. Nos vemos en el aparcamiento, en cinco minutos.

La línea se cortó.

Mientras bajaba por las escaleras, el botón de hueso golpeaba mi muslo a cada paso. El número «51». Mi primer caso con la unidad de élite. Mi instinto, el mismo que Maggie había señalado, ya no susurraba; era un coro de alarmas que gritaban la misma palabra: patrón. El botón. El sedán negro. La nota de Valery. Y ahora esta llamada. No eran coincidencias. Eran piezas que alguien estaba colocando deliberadamente sobre el tablero de juego.

Me lancé al pasillo central todavía con el teléfono en la mano. El fluorescente más cercano zumbaba con un tono grave que marcaba cada paso. Olía a desinfectante reciente y a café viejo de algún termo olvidado.

A mitad del pasillo me crucé con la cadete Thompson. Con la zurda aferraba la funda de su pistola; con la diestra se apretaba el puente de la nariz. Su respiración salía en silbidos cortos, un hilo de aire roto. Al verme se irguió, pero el temblor de sus dedos denunció el esfuerzo.

—Cadete. —Detuve mi marcha y señalé la pared—. Dos minutos. Conmigo.

Levantó la mirada, dudó, luego obedeció. La pintura del muro rozó sus hombreras cuando se apoyó. Vi el pulso en su cuello: rápido, desordenado.

—Inhala por la nariz cuatro tiempos —dije—. Sostén dos. Exhala por la boca en ocho. Empieza.

Conté con ella. Uno, dos, tres, cuatro. La pausa le tensó el abdomen; después soltó el aire con un soplo largo que arrastró parte de la tensión. Repetimos. Al tercer ciclo, los hombros bajaron un centímetro y los dedos dejaron de comprimir la funda.

—Ese instructor te gritó para quebrar tu eje. Recupéralo y el ruido externo quedará fuera. —Le mostré mis propias manos, sólidas sobre el cinturón—. La respiración es tu ancla.

Asintió, aún muda. Sus ojos ya no parpadeaban con prisa; fijaban los míos con atención limpia.

—Queda examen de tiro a las catorce —susurró—. No puedo fallar.

—No fallarás. Practica este patrón antes de cada serie. Si la mente grita, vuelves al eje. Cuatro, dos, ocho. ¿Entendido?

—Entendido, señora. Gracias.

Golpeé con suavidad su hombrera y empecé a caminar de nuevo. El sonido de mis botas retomó el eco metálico del pasillo. Mientras avanzaba, comprobé el reloj: quedaban tres minutos para llegar al *parking*. El botón «51» golpeó mi muslo, recordándome que el eje no era solo para la cadete; también yo debía conservar mi eje.

EN RUTA HACIA EL HORROR

DÍA 1: Camino a Gray Hollow, Virginia
Jueves, 8:35 a. m.

EL MOTOR del SUV negro ronroneaba mientras Maggie navegaba con pericia por las calles de Quantico hacia la I-95. El peso del botón «51» en mi bolsillo parecía multiplicarse con cada kilómetro. Cuarenta minutos hasta Gray Hollow había dicho. Cuarenta minutos para decidir si confiar en mi nueva jefa con la verdad sobre el hueso humano que alguien había colocado en mi chaqueta.

Maggie rompió el silencio que se había instalado entre nosotras, y su voz sonó nítida mientras sus ojos alternaban con eficiencia entre la carretera y su teléfono, que descansaba en el soporte del tablero.

—Sarah Mitchell. Veintiocho años, artista local. El *sheriff* Conway dice que la escena es… inusual.

—¿Inusual cómo?

—Sus palabras exactas fueron: «Parece una exposición de arte macabro». Y luego añadió algo que me preocupa. Dijo que parecía preparada específicamente para nosotros.

Mi estómago se contrajo. ¿Preparada? Como el botón en mi chaqueta.

—El resto del equipo nos alcanzará allí —continuó Maggie—. Maia Mills, nuestra neuropsicóloga forense; Zach Curtis, logística y apoyo

táctico, y Ryan Howe, nuestro genio digital. Les he pedido que empiecen a trabajar de inmediato. Maia está buscando casos similares en VICAP, Zach está hablando con la familia de Mitchell y Ryan está haciendo un volcado de sus dispositivos.

Asentí, memorizando los nombres. Mi nuevo equipo. ¿Serían aliados o simplemente más piezas en el tablero de alguien?

—Necesito combustible —anunció Maggie—. Y café que no sepa a aceite de motor.

Mientras ella entraba en la tienda, me quedé sola en el coche. El silencio era opresivo. Saqué mi teléfono personal, con el pulgar flotando sobre la pantalla. Estaba indecisa. En el pasillo de Quantico, había escuchado a un tal Connors hablar sobre una *app* para el insomnio: «Memoria Liberada». Después de la noche que había pasado, con el descubrimiento del botón, cualquier ayuda para dormir parecía tentadora.

La encontré en la tienda de aplicaciones. El logo era perturbador. Un ojo cerrado sobre un cerebro. La descargué de modo impulsivo.

«Bienvenida a Memoria Liberada», saludó una voz femenina artificial. «Vamos a crear tu perfil de sanación».

Las preguntas iniciales eran estándares: edad, profesión, nivel de estrés. Pero rápidamente se volvieron más específicas.

«¿Has experimentado la sensación de ser observada en lugares que deberían ser seguros?».

Mi mano tembló. Lo había vivido esta mañana. En mi piso. Con el botón.

«¿Tienes recuerdos fragmentados de tu infancia que parecen desconectados de tu narrativa personal?».

Sí. Mi hermano Richard. El armario. Las horas de oscuridad.

La puerta del coche se abrió de golpe. Guardé rápidamente el teléfono.

—¿Todo bien? —Maggie me entregó un café—. Pareces… tensa.

—Solo es el caso —mentí, y sentí de inmediato el peso de la traición a mi nueva jefa, una sensación agria en la boca del estómago—. ¿Qué sabemos sobre la vida de la víctima?

Maggie me estudió un momento antes de arrancar.

—Sarah Mitchell perdió a sus padres hace tres años en un accidente de coche. Desde entonces vivía sola, dedicada por completo a su arte. Los vecinos la describen como retraída, casi hermética. Pintaba cosas… perturbadoras, según ellos.

Mi teléfono vibró. Era una notificación de Memoria Liberada. «Perfil completado. Compatibilidad: 97 %. Tu mente requiere liberación urgente».

—¿Notaste algo raro en el *parking* esta mañana? —preguntó Maggie de repente.

Mi pulso se aceleró.

—¿Raro?

—Un sedán negro. Matrícula FBN-4472. Estuvo ahí desde temprano y salió justo después de nosotras. Nos siguió unos kilómetros.

Era el mismo coche que yo había notado, el que parecía fuera de lugar.

—No me fijé —mentí de nuevo.

—En este trabajo, Julia, la paranoia te mantiene viva. Si ves algo extraño, lo compartes. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

El teléfono vibró de nuevo: «Detectamos elevación del ritmo cardíaco. ¿Estás experimentando ansiedad? Podemos ayudar».

¿Cómo podía saberlo…? No, no había tiempo para esa espiral de paranoia. Dejé de ver el móvil.

Gray Hollow era exactamente lo que esperarías de un pueblo de Virginia. Casas victorianas, calles arboladas, esa tranquila apariencia rural que a menudo oculta los secretos más oscuros. Hoy, esa fachada estaba rota por las luces parpadeantes de media docena de patrullas.

La casa de Sarah Mitchell estaba al final de Willow Lane. Blanca, de dos pisos, con un jardín que alguna vez fue hermoso. Ahora,

acordonada con cinta amarilla, destacaba con crudeza en el paisaje perfecto del pueblo.

Aparcamos junto a las otras unidades. El *sheriff* Conway ya nos esperaba en la entrada. Era un hombre fornido de unos sesenta años, con esa solidez que viene de décadas manteniendo el orden, pero hoy algo en él estaba fracturado. Lo vi en sus ojos. Había visto algo que no podía procesar.

Vi también a varios de sus oficiales visiblemente conmocionados: uno joven vomitaba discretamente detrás de unos arbustos; otro veterano fumaba con manos que temblaban sin control. Lo que fuera que había dentro logró romper a estos hombres curtidos.

Una mujer mayor, obviamente una vecina, se acercó a la cinta policial. Su voz, aunque intentaba susurrar, llegó con claridad hasta nosotras:

—Esa Sarah siempre fue rara. Casi no abría la boca, todo se lo guardaba. Y lo que pintaba… ponía los pelos de punta.

Conway la alejó suavemente antes de volverse hacia nosotras.

—Agentes. Gracias por venir. —Su voz era ronca, como si hubiera estado gritando—. En cuarenta años de servicio, nunca… —Se detuvo, y tomó una profunda bocanada de aire para recomponerse, luchando por encontrar su aplomo de *sheriff*—. Es mejor que lo vean ustedes mismas.

Maggie consultó su reloj.

—Mi equipo estará aquí en una hora. Mientras tanto, necesito una evaluación preliminar. *Sheriff*, guíenos.

Mientras seguíamos a Conway hacia la casa, ese cosquilleo familiar me subió por la nuca. Era el preludio del horror. Era mi cuerpo, que se preparaba de forma instintiva para lo que mi mente consciente aún no había procesado. Bajo los guantes de látex que me había puesto, sentí cómo las palmas me sudaban.

Mi teléfono vibró una última vez antes de que pudiera entrar. «Proximidad a trauma detectada. Recuerda: estamos aquí cuando necesites liberar lo que has reprimido», leí.

Sentía el botón «51» pulsar en mi bolsillo como si fuera un corazón secundario y macabro mientras cruzaba el umbral hacia aquello en lo que se había convertido Sarah Mitchell.

ARTE EN DOLOR

DÍA 1: Gray Hollow, Virginia
Jueves, 10:45 a. m.

El olor me golpeó antes de cruzar el umbral. Una mezcla densa de hierro, trementina y aceite de linaza se me pegó a la lengua, provocándome una punzada en las sienes. Contuve la respiración tres segundos y solté el aire por la boca, la única forma de avanzar sin que el estómago me traicionara. Maggie ya estaba un paso adelante, y giró la cabeza para asegurarse de que seguía con ella. Empujó la puerta con la punta del guante.

El estudio ocupaba la mitad de la planta baja. La luz suave que entraba por las ventanas del norte iluminaba docenas de lienzos colocados como un mosaico improvisado: tormentas de color, paisajes que parecían abandonados después de un incendio, retratos de rostros torcidos por el miedo. Entre el olor a aceite fresco se colaba el dulzor de la pintura que todavía no había secado. Los pinceles permanecían ordenados por grosor en frascos de cristal; cada tarro tenía una capa de pigmento asentado en el fondo, señal de paciencia y rutina. En el suelo, las vetas de la madera mostraban un brillo tenue donde alguien había pasado una mopa hacía menos de veinticuatro horas. Todo transmitía la idea de que la artista había trabajado con disciplina hasta el instante final.

La alfombra exhalaba un polvo rancio, humedad enmohecida y un hedor agrio que me raspó la garganta. Dos latidos después, identifiqué la fuente. Eran restos vegetales fermentados en un cubo olvidado, quizá flores marchitas.

Apunté el detalle porque cualquier olor ajeno a la muerte podía señalar un gesto personal de la víctima. Era una costumbre: registrar primero el ambiente antes de mirar la escena principal.

Al fondo, sobre una lona de pintor extendida con una precisión casi militar, yacía Sarah Mitchell. Nadie la había dejado caer. Alguien la había colocado con un cuidado minucioso. Sus brazos formaban un ángulo simétrico de cuarenta y cinco grados, sus piernas dibujaban una V perfecta y la cabeza estaba girada para que la luz natural le bañara el perfil. El resultado era inquietante porque no parecía un cadáver abandonado, sino una modelo posando para un cuadro.

Me acerqué despacio. La madera producía un crujido leve que competía con el zumbido de una mosca. El insecto chocó dos veces contra el cristal de la ventana y luego dio un giro errático hasta posarse sobre el marco. A esa hora, con el cuerpo tan expuesto, debería zumbar un enjambre de insectos.

El dato sugería que la puerta y las ventanas habían estado cerradas desde el crimen y que la temperatura interior se había mantenido estable. Yo sentía el aire algo más frío que afuera, un pequeño contraste que indicaba el uso nocturno del termostato.

Las muñecas de Sarah mostraban dos cortes largos y limpios, paralelos a la vena radial. No encontré desgarros ni repeticiones de filo, solo una línea continua trazada con la pulcritud de quien practica.

A mi espalda escuché una arcada y supe que uno de los agentes locales volvía a perder la batalla contra el olor. Ni Maggie ni yo giramos la cabeza. Ella tomó una ruta exterior para rodear la lona mientras yo me quedé junto al brazo izquierdo.

Me agaché hasta quedar a la altura del pecho de la víctima. El vestido blanco no estaba arrugado; las costuras seguían alineadas y los botones frontales se veían intactos. El asesino había desabrochado el cuello lo justo para exponer la clavícula a la luz. Ya

lo había visto antes. Quien busca un impacto estético no tolera imperfecciones. Un detalle me llamó la atención. Sobre la tela, a unos centímetros del borde de la prenda, había una mota roja que no formaba parte de la salpicadura principal. La recogí con un hisopo y la guardé en un sobre. Podía ser un grano de pigmento del lienzo o un resto de barniz.

A la derecha, el caballete de roble sostenía un lienzo pintado en un único pigmento carmesí. Me acerqué tres pasos, los suficientes para percibir la textura densa de la pintura, pero no tanto como para contaminar la evidencia con mi aliento. Docenas de rostros diminutos emergían de la masa roja. No eran caricaturas ni manchas casuales; cada cara mostraba rasgos definidos: ojos hundidos, boca abierta en un grito silencioso, las líneas de expresión eran tensas. Conté veintisiete figuras visibles sin moverme. Anoté la cifra en la libreta que llevaba prendida al antebrazo.

—Hora preliminar de la muerte entre las diez y las once de la noche —informó el forense Peterson. Su voz sonó firme a pesar de la mascarilla—. Corte limpio, sin signos de defensa. A primera vista, podría parecer un suicidio.

Peterson era un buen técnico, pero un suicida no se tiende como una pieza de museo. Tampoco limpia su propia herramienta de corte. Giré la cabeza hacia la mano derecha de Sarah. Allí descansaba una navaja con mango de nácar. El filo casi no mostraba sangre. Alguien había pasado un paño o, lo que era más probable, utilizado la navaja solo al final, para completar la escena.

—Un suicida no coloca la propia cabeza en la luz ni estira la tela para que la sangre no manche la madera —dije, más para mí que para Peterson.

Maggie estaba de rodillas junto al tobillo izquierdo. Sus ojos se movían despacio, como si tomara fotografías mentales. Cuando cruzamos la mirada, comprendí que pensaba lo mismo: la escena era un montaje.

Rodeé el caballete para comprobar la parte trasera. Tanto el travesaño como la base estaban limpios, salvo por una mancha negra en la pata lateral. Parecía pintura fresca aplicada de forma

torpe. Pasé la yema enguantada y la capa cedió como una costra reciente. Debajo apareció un hueco metálico.

Pedí a Peterson una lanceta esterilizada, inserté la hoja y palpé el contorno hasta liberar una tapa circular.

Algo en el peso del silencio, en la limpieza meticulosa de la escena, ya me había hecho sospechar. Cuando sentí el hueco, supe lo que buscaba. Dentro me esperaba lo que temía: un botón de hueso, del mismo color que la muerte bien pulida.

Respiré por la nariz. El botón pesaba lo mismo que el que había encontrado esa mañana: no lo pesé, pero el peso específico del hueso pulido se reconoce al tacto. El número grabado era «11». Lo coloqué en una bolsa de evidencias numerada y sellé con cinta roja. Mi otro botón, el número «51», aún seguía conmigo.

—Maggie —la llamé—, necesito que veas esto.

Ella se incorporó, se acercó y tomó la bolsa. La tensión le endureció el cuello. Sus ojos recorrieron el número y luego me miró.

—Número once —dijo en voz baja.

Asentí.

—Yo tengo otro. Lo encontré esta mañana en mi chaqueta. Número cincuenta y uno.

Maggie tragó saliva.

—¿Lo tienes contigo?

Saqué mi bolsa de pruebas y se la enseñé. El sudor me corría por la espalda a pesar del aire frío.

—Número cincuenta y uno —añadí—. Estaba en mi chaqueta cuando me vestí, a primera hora de la mañana.

Maggie guardó ambas bolsas en el maletín hermético que llevaba colgado del hombro. Su voz salió baja y controlada:

—Esto ya no es un caso estándar. Ahora hay conexión directa con un agente federal.

Abrió la funda del móvil y marcó a la central. Mientras explicaba la situación, yo repasé los detalles que todavía flotaban en mi cabeza: el olor metálico que se adhería a la garganta, la luz fría en el perfil de Sarah, el silencio total y el crujido de la madera. Cada elemento encajaba en un patrón de exhibición, no en una agresión impulsiva.

Terminó la llamada y me clavó los ojos.

—A partir de este momento trabajas con acompañamiento constante —dijo—. No sales sola ni un minuto. Necesito tu cooperación completa, Julia.

Asentí. Saqué una tarjeta de evidencia, anoté la hora exacta de hallazgo del botón y añadí la referencia de mi propio indicio. La tinta tembló al final del trazo. Respiré hondo. Conté de nuevo. El aire entró con olor a trementina.

Sentí mi móvil vibrar. Miré la pantalla y vi un número desconocido. Abrí el mensaje.

«No rompas el hilo».

Levanté la vista hacia el atrapasueños que colgaba del caballete. El aro principal tenía solo cuatro hilos, como si el tejedor hubiese decidido detenerse antes de terminar la red. El espejo fragmentado del centro devolvía una versión rota de mi reflejo. El asesino nos estaba diciendo que el juego continuaba y que cada víctima llenaba un espacio. Botón once. Botón cincuenta y uno. ¿Cuántos de ellos quedaban?

Uno de los técnicos se acercó con una bolsa sellada.

—Teléfono de la víctima. Lo encontramos bajo la cómoda, aún encendido.

—Asegúralo y envíalo al laboratorio de digital forense —ordenó Maggie—. Quiero todo: llamadas, mensajes, grabaciones.

Asentí en silencio. Si había algo allí, lo encontraríamos.

Maggie acababa de terminar otra llamada —esta fue con el laboratorio de Richmond— cuando me acerqué a ella. Miró el mensaje en mi pantalla y negó despacio.

—Está cerca —murmuró—. Demasiado cerca.

Peterson anunció que la ambulancia forense estaba lista. Dos técnicos se situaron a los costados de la lona. Noté cómo el olor cambiaba con el movimiento del aire: una ráfaga nueva levantó un matiz dulzón, casi como jarabe, que se mezcló con el aceite de linaza. Cerré los ojos un segundo, memoricé la nota olfativa y la asocié con la temperatura que marcaba mi reloj —veintidós grados exactos—. Lo apuntaría en mi informe.

Nos retiramos para permitir el levantamiento del cuerpo. Cuando salimos al porche, la luz exterior resultó casi hiriente. El aire frío de la mañana traía olor a pino y polvo de grava. Respiré varias veces hasta que el sabor metálico abandonó mi boca.

Sentí otra vibración en el móvil. Era un segundo mensaje del mismo número desconocido: «La exposición acaba de abrir». No contesté. Guardé el teléfono, cerré los ojos y repetí mentalmente los números que ya conocía: «11» y «51». Después abrí los ojos y miré a Maggie.

—Tenemos que encontrar el sistema de numeración antes de que aparezca una siguiente víctima —dije.

Ella asintió, se ajustó el chaleco y bajó los escalones.

El motor de la ambulancia forense arrancó. El olor metálico se quedó atrás, pero la sensación de una colección de botones oculta seguía conmigo.

EL EQUIPO SE REÚNE

DÍA 1: Sala de Reuniones, Quantico, Virginia
Jueves, 4:30 p. m

EL VIAJE de regreso desde Gray Hollow transcurrió bajo un silencio tan opresivo que el zumbido del motor se convirtió en un recordatorio incómodo entre nosotras. Maggie conducía, aferrada al volante, con una fuerza innecesaria.

Yo, por mi parte, repasaba en un bucle mental la escena que habíamos dejado atrás: la disposición precisa de Sarah Mitchell, la pintura macabra, el atrapasueños incompleto. Y sobre todo, el botón negro con el número «11», gemelo del otro, que ahora tenía Maggie como evidencia. La aplicación Memoria Liberada pesaba en mi teléfono como una confesión pendiente, un arma enemiga que yo misma había invitado a pasar a mi vida.

Empujé la puerta de cristal templado y el pulso me golpeó una vez. Una luz led blanca bañaba las paredes gris grafito y enfocaba la mesa de acero cepillado. El sistema de ventilación murmuraba apenas; el aire olía a café recalentado y plástico recién desembalado. Era una de las salas del ala B del edificio principal de Quantico, equipada con video pantallas, filtros de frecuencia y blindaje acústico. Allí se reunían los equipos tácticos cuando una amenaza superaba los protocolos estándar.

Las sillas ergonómicas pivotaron en silencio cuando apoyé la Glock contra la cadera y me senté. Cinco carpetas aguardaban alineadas, cada una marcada con la franja azul de prioridad uno.

Con metódica lentitud, coloqué las bolsas de evidencias en una fila sobre la larga mesa. En el centro, dejé la que contenía el botón «11», hallado junto al cuerpo de Sarah Mitchell. A un lado, coloqué otra bolsa vacía, preparada para encapsular el botón 51 si era necesario. Pero no lo hice. El botón seguía conmigo, en el bolsillo interior de mi chaqueta, protegido y fuera del alcance de cualquier posible manipulación. Maggie, sentada a mi izquierda, no perdía ni uno de mis movimientos. Me observaba con una intensidad que era a la vez protectora y evaluadora, como si entendiera que aquel botón no era solo una pieza de evidencia, sino una línea de conexión directa con el juego que acababa de comenzar.

La superficie pulida del hueso captó la luz y me disparó un fogonazo de memoria no deseada. La voz de Richard, mi hermano mayor, era un susurro venenoso: «Si le dices a alguien…». Ese tono seguía adherido a mis recuerdos de sus abusos en mi infancia como una película de aceite sucio que jamás terminaba de irse.

Parpadeé con fuerza y empujé el recuerdo de vuelta a la mesa. No era el momento de desmoronarme.

Los miembros del equipo llegaron casi al mismo tiempo. Primero, Ryan Howe, nuestro analista digital, un torbellino de energía nerviosa que empezó a conectar cables a la pantalla de la pared sin mediar saludo. Le siguió Maia Mills, neuropsicóloga forense, cuya presencia serena contrastaba con la de Ryan. Tras ella, la puerta chirrió para dar paso al doctor Nathan Carver, nuestro perfilador veterano, que se movía con paso seguro mientras sostenía una taza que emanaba un complejo aroma a té masala. Su traje gris era impecable. Por último, Zach Curtis, nuestro hombre de logística, apareció mientras maniobraba con cuidado una caja de donas, como si fueran un material frágil y esencial para la misión.

Ryan conectó su portátil a la pantalla mural y envió el primer lote de fichas VICAP. En la parte izquierda apareció la imagen de Sarah Mitchell. A la derecha se desplegaron otras siete víctimas de distintos estados: todas mujeres, edades entre veintiséis y treinta y cinco, halladas en entornos domésticos convertidos en escenarios demasiado pulcros. Ryan señaló las coincidencias básicas —ausencia de forcejeo, herramientas que se limpiaron previamente, artefacto simbólico junto al cuerpo— y luego dibujó con el dedo índice una línea virtual que unía a Sarah con otra mujer encontrada en Charleston hace dos meses. Maia, sentada junto a él, anotaba detalles conductuales sobre una tableta y murmuraba posibles nexos psicológicos: aislamiento social, patrones de ansiedad nocturna, descargas frecuentes de aplicaciones de bienestar.

Entre los dos tejían un puente sólido entre datos forenses y rasgos de personalidad; era el tipo de conversación coordinada que se produce solo cuando ambos hablan el mismo idioma, uno centrado en cifras y el otro en motivaciones.

Mientras tanto, Zach ocupó la mitad libre de la pizarra blanca y trazó un mapa rápido de recursos: vehículos, rutas y tiempos de respuesta. Enumeró qué unidades del FBI podían reforzar cada punto, quién tenía acceso a laboratorios con capacidad para rastrear ADN en superficies porosas y cuántas horas de vigilancia podían cubrir sin agotar al personal. También propuso medidas de seguridad para una herramienta digital que había descubierto horas antes: Memoria Liberada, una aplicación que parecía estar conectada al asesinato de Sarah Mitchell. Nadie lo interrumpió, porque su inventario práctico convertía el miedo abstracto en tareas concretas: sellar la escena de Gray Hollow o custodiar mi piso y blindar la sala de observación que usaríamos esa noche con Memoria Liberada. Cuando terminó, añadió al margen un recordatorio sencillo: «comida caliente cada seis horas». Algo que parecía trivial hasta que recordé la arcada del *sheriff* y el estómago revuelto de media plantilla local.

Me apoyé en la mesa y estudié a mis nuevos compañeros uno por uno. Ryan parpadeaba con rapidez, se rascaba la nuca cada vez que hallaba una correlación y hablaba a la velocidad de un locutor deportivo; necesitaba la adrenalina del hallazgo para pensar claro.

Maia llevaba el cabello recogido en un moño que se aflojaba con cada gesto de cabeza, pero su voz nunca subía de volumen: era la calma que equilibra la tormenta digital de Ryan. Zach, con las mangas arremangadas y los dedos manchados de rotulador, transmitía la fiabilidad de quien hace que las cosas ocurran sin preguntas dramáticas. Pensé que, si quería sobrevivir a este juego, estos tres serían mis puntos de apoyo inmediatos; cada uno ofrecía un ángulo que yo sola no podía cubrir. Y luego estaba el Dr. Carver: no era el tipo que uno busca para apoyo emocional, pero su mente era una linterna quirúrgica capaz de iluminar los rincones más oscuros del alma humana. Necesitaría su lectura tanto como las habilidades del resto.

El botón «51» ardió un instante contra mi costado, recordándome que la partida no se jugaría en solitario.

Me tocó mi turno. Respiré hondo y comencé.

—Sarah Mitchell, veintiocho años, artista. La policía del condado lo trata como un suicidio, pero los indicios sugieren una puesta en escena meticulosa y homicida.

Ryan proyectó la imagen: el perfil en la aplicación Memoria Liberada.

—Antes de que entres en los detalles, Julia, tienes que saber esto —dijo, y sus ojos brillaban con la excitación febril del descubrimiento —. Sarah Mitchell era una usuaria activa. Se conectaba cada noche, a las 9:15 en punto. Sesiones de cuarenta y cinco minutos. Como un reloj.

Maia se inclinó hacia adelante.

—La posición del cuerpo que describiste no encaja con un suicidio —afirmó, su voz era suave pero firme—. La precisión quirúrgica, la simetría obsesiva… Quien la colocó allí tenía un dominio absoluto del escenario. No buscaba solo matarla. Quería exhibirla.

—Tenemos un audio —intervine mientras conectaba mi dispositivo—. Fue grabado por el teléfono de la víctima, ocho minutos antes de la hora estimada de la muerte.

Reproduje el fragmento. La voz temblorosa de Sarah llenó la sala, en la que hablaba de «manos invisibles» y «ojos en la

oscuridad».

Carver tomó notas veloces.

—Es manipulación psicológica de manual —dijo sin alzar la vista —. Quería convertirla en cómplice de su propia ruina. La aplicación era el instrumento.

—Ya he iniciado una extracción forense de la aplicación en el dispositivo de la víctima —añadió Ryan—. Pero para analizar el código fuente y los servidores, solicitaré una orden judicial. Esto es un arma digital.

Era ahora o nunca. Llevaba horas guardando el dato, como si admitirlo pudiera empeorar las cosas. Pero ya no podía callarlo.

—Hay algo más —dije en voz baja. El silencio en la sala se condensó—. Yo también descargué Memoria Liberada esta mañana. Aún no la he usado.

Todas las cabezas se giraron hacia mí. Pude sentir que la habitación se enfrió. Maggie se irguió en su silla.

—¿Por qué has ocultado esa información, Julia? —Su voz era controlada, una corriente de acero bajo la superficie.

Expliqué a trompicones la recomendación, mi insomnio, mi duda. Sonaba débil, incluso para mí.

—Entrégame el teléfono, Julia. Ahora mismo —ordenó Maggie, su voz no dejó lugar a la negociación. Extendió la mano sobre la mesa —. Ese dispositivo ya no es personal. Es una pieza de evidencia activa y una posible arma. Ryan, llévatelo a tu estación de análisis. Protocolo de contención de activos digitales. Aislamiento total.

Asentí y le entregué el teléfono. Ryan, con la seriedad de quien desactiva una bomba, lo tomó con unas pinzas de una bolsa de evidencias y se dirigió a su terminal de análisis en la esquina de la sala. No lo metió en una simple bolsa, lo conectó a una serie de dispositivos que lo aislaron por completo de cualquier red externa.

—Bien, les explico lo que vamos a hacer —dijo Ryan al resto del equipo mientras tecleaba—. Esto es el «Protocolo del Espejo Seguro». El teléfono original de Julia se queda aquí, en este «acuario» de alta seguridad. He creado una copia virtual exacta de su sistema, un «espejo digital», que corre en nuestros servidores. La

app creerá que sigue en el teléfono de Julia, pero en realidad está en nuestra jaula.

Se giró hacia mí.

—A ti te daremos un teléfono nuevo y limpio, Julia. En él instalaré un visor seguro del FBI que te mostrará en tiempo real todo lo que pase en el «espejo». Es como ver la jaula del tigre a través de un cristal blindado. Verás las notificaciones al instante, pero estarás protegida. Si en algún momento necesitas interactuar, como aceptar una sesión, me lo dices por el comunicador y yo seré tus manos. Seré tu «cortafuegos humano».

Unos minutos más tarde, su voz cortó el silencio.

—Maggie, tienes que ver esto.

En la pantalla principal, Ryan había proyectado la imagen clonada de mi teléfono. Y sobre ella, una nueva ventana emergente parpadeaba, visible para todos:

«Sesión programada para ti, Julia. 9:15 a. m. ¿Aceptar?».

El aire se espesó.

—Un gancho perfecto —murmuró Zach, con su dona olvidada en la mano.

Yo solo podía sentir el peso del botón «51» contra mi muslo y oír la voz de Richard, que reptaba desde el fondo de mi pasado para susurrar la misma mentira de siempre: «Nadie te va a creer jamás».

La revelación en la pantalla dio paso a un intenso debate.

—Si el «11» era Sarah y el «51» eres tú —dijo Carver mientras examinaba con atención las fotografías de los botones que se mostraban en la pantalla—, quedan, como mínimo, cuarenta posiciones intermedias. Cuarenta posibles participantes en este… experimento.

La palabra me dejó fría. No éramos víctimas. Éramos «participantes».

—Tengo una propuesta —dije—. Puedo aceptar la sesión esta noche. Aquí, bajo control. Si el asesino quiere información, si quiere

jugar, démosle una partida en nuestros términos. Es nuestra única vía de entrada.

—Absolutamente no —afirmó Maggie—. Estás comprometida. Eres una pieza de evidencia, no una agente encubierta. El protocolo lo prohíbe.

Los argumentos chocaron. Yo insistí. Ryan veía una oportunidad de oro para rastrear la señal. Maia expuso con detalle los enormes riesgos psicológicos. Carver, que hasta ese momento había estado escuchando en silencio mientras tomaba notas, al fin intervino.

—Si la agente Stein procede —dijo con su voz calmada—, apoyo la idea, pero con un protocolo clínico completo. Monitorización de constantes vitales y ondas cerebrales en tiempo real. Equipo médico de guardia. Grabación integral. No es una operación de campo, es un experimento psicológico controlado. Y Julia es, a la vez, el cebo y la sonda.

Maggie se pasó una mano por la cara, visiblemente atrapada entre la prudencia y la necesidad.

—Una sesión —dijo—. Treinta minutos. Ni un segundo más. Ryan, prepara el consentimiento informado. Lo firmaré yo misma, asumiendo toda la responsabilidad. Maia y Nathan, listos para intervenir. Al primer signo de influencia indebida, abortamos. ¿Entendido?

Un coro de «entendido» llenó la sala. Alivio y terror se entrelazaron en mi pecho. Había conseguido luz verde. Ahora tenía que sobrevivir.

Mientras nos dispersábamos, Ryan se acercó a su monitor.

—Interesante —murmuró—. Hay una nueva notificación en el teléfono aislado.

Proyectó la imagen. La invitación de la sesión de las 9:15 p. m. había sido reemplazada.

«Sesión confirmada para las 9:15 p. m. Prepárate para liberar lo que has mantenido oculto. Bienvenida al siguiente nivel, Julia».

Me quedé helada. En ningún momento del proceso de registro le había dado mi nombre a la aplicación.

El zumbido del teléfono cesó, pero sentí una sacudida fantasma en la mano, como si la aplicación respirara a través del cristal. El

miedo se asentó en mi estómago como un bloque de hielo. Ya no había vuelta atrás.

El icono de la *app*, antes de que Ryan cortara la imagen, parpadeó una vez más.

Como un ojo que se abre. Y que me estaba mirando.

NOVENTA MINUTOS DE OSCURIDAD

DÍA 1: Sala de observación B-7, Quantico, Virginia
Jueves, 7:45 p. m.

LOS NOVENTA MINUTOS que separaron la reunión del inicio de la prueba se disolvieron en un frenesí de trabajo y una quietud interior espesa. Mientras el equipo convertía una sala austera en centro de mando neurológico, yo me quedé en la antesala contigua. Era una habitación de paredes blancas, con una silla y una mesa mínima. Un limbo.

Me otorgaron ese tiempo para «prepararme mentalmente», eufemismo que el manual traduce como «concéntrate y domina el miedo», aunque para mí significaba «procura no vomitar».

Sentada con un vaso de agua intacto, cerré los ojos. El silencio se volvió un lienzo que mi mente pobló de monstruos domésticos. No pensaba directamente en el asesino de los botones; preferí refugiarme en un recuerdo con olor a madera húmeda y temor rancio.

La cara de Richard emergió en la penumbra de mis párpados. El chasquido del botón que aplastó contra la mesa sonó más vívido que el hueso pulido del número «51».

«Nadie te va a creer, Julia. Siempre exageras. Nadie soporta a una niña así». Veneno antiguo que creí purgado. Ahora otro

manipulador usaba un timbre parecido. ¿Coincidencia o conocía mis cicatrices y giraba el cuchillo con precisión?

Abrí los ojos. El cristal oscuro devolvió la imagen de una mujer con la mandíbula tensa y una determinación vacilante. Esta vez no estaba sola: tras el espejo aguardaba un grupo de cazadores listo para analizar hasta mi pestañeo.

La puerta se entreabrió y Maia Mills asomó la cabeza.

—Julia, es la hora. Estamos listas.

Me puse en pie con una firmeza impostada. El aire de la sala principal olía a alcohol isopropílico y a plástico nuevo. En el centro, un sillón reclinable de cuero negro; frente a él, un espejo unidireccional velado por la luz tenue. Me sentí objeto de prueba.

—Siéntate. El gel estará frío.

El contacto del gel me dejó un escalofrío en la nuca. Maia ajustó la malla del electroencefalograma, fijó el oxímetro y el brazalete de presión. Dejé de ser dueña de mis músculos: mi cuerpo se volvió un sismógrafo a punto de registrar un terremoto.

—Línea basal estable —informó tras revisar la tableta—. Constantes altas, rango previsto.

Imaginé a Ryan inclinado sobre los monitores, a Carver con su cuaderno, a Maggie erguida, la autoridad encarnada.

—Julia. —La voz de Maggie emergió nítida del altavoz—. Palabra clave para abortar, «Calesa roja». Si no puedes hablar, los biomarcadores detendrán la sesión. ¿Entendido?

—Entendido.

—Zach selló la planta. El equipo médico está a dos metros de la puerta. Estás segura.

La palabra «segura» me rozó los oídos sin convencerme. Maia sostuvo mi mirada un segundo —de manera profesional, pero mostrando inquietud en las pupilas— y activó el cerrojo; el cierre magnético chasqueó. El olor a ozono y gel conductor llenó el espacio.

Las luces descendieron cuando los monitores cobraron vida. Ryan ya había ejecutado el entorno seguro. La aplicación «pensaba» que seguía en mi móvil original, cuando en realidad solo estaba proyectada en un entorno simulado. El enlace controlado se activaría

en cinco minutos. Un contador blanco marcó cinco minutos hasta el enlace. Los electrodos en mis sienes devolvían mi respiración en curvas verdes; mi pulso parpadeaba en rojo. «No dejes que el miedo huela tu piel», murmuré mientras el sudor nacía en la línea del cabello.

A tres minutos, la consola-espejo vibró con un destello azulado. Pensé en Sarah Mitchell, Caso 11, y la garganta se me cerró. El monitor advirtió: «La relajación es la llave de la liberación». Sesenta segundos. Contuve el aire y conté latidos: uno… diez… veinte.

Pantalla negra. El icono de un ojo se abrió. Una voz sintética, baja y metálica, inundó la sala: «Bienvenida, Julia. Inspira un recuerdo feliz».

Ese timbre era idéntico al mecanismo de mi antigua caja de música —la que Richard destrozó—, y la llave invisible giró.

La oscuridad dio paso a una galería blanca bañada en luz difusa. Sin muebles. Sin sonido, salvo la melodía lejana. Al fondo, una figura alta con bata de laboratorio ordena con esmero los botones de hueso en una bandeja rotulada; en ese instante lo bautizo mentalmente como el Curador. El rostro se desdibujaba en estática.

Alzó la mano, y la galería respondió. Las paredes proyectaron una escena de mi infancia como si alguien hubiera descargado mis recuerdos más dolorosos. Surgió Richard, adolescente, cerrando el armario con violencia. Olor a polvo seco, madera áspera contra mis dedos infantiles. La imagen se apagó. Otra pared mostró a mi yo de nueve años bajo la mesa de la cocina, con lágrimas mudas resbalando por mis mejillas. El Curador inclinó la cabeza, satisfecho.

No era terapia; era una exhibición forzada. Él controlaba la proyección; la habitación era mi memoria abierta.

Un destello rojo en mi visión periférica: frecuencia cardíaca 185. Quise articular la palabra clave y la lengua se me pegó al paladar. Los electrodos ardían. Intenté levantar el brazo; los dedos no respondieron. Pitidos agudos taladraron mis oídos.

—Julia, biomarcadores críticos —alertó Maggie a través del intercomunicador—. Intervenimos.

Un golpe de luz. Todo vibró. El sillón se inclinó; los cinturones se tensaron y un chasquido liberó las conexiones. El casco del EEG

presionó mi cuero cabelludo hasta la punzada. Me atacó una náusea súbita; el vómito ácido subió a la garganta. La vista se estrechó en un túnel gris.

La sesión abortó, pero la pantalla permaneció encendida. El icono del ojo parpadeó, burlón. Un pitido continuo anunció mi fibrilación auricular. El médico de guardia irrumpió, me inyectó labetalol y deslizó una cánula nasal de oxígeno.

La oscuridad me rodeó.

Desperté tumbada en la camilla de emergencias contigua, con la piel pegajosa de sudor. El olor a clorhexidina y gasas limpias me ancló al presente. El monitor mostraba 108 latidos y un trazo regular. Maia sostenía mi muñeca, midiendo el pulso manual; Ryan observaba el gráfico EEG *off-line*; Maggie hablaba en tono bajo por la radio de servicio.

—Recuperación espontánea del ritmo —anunció el médico—. Julia, respira despacio.

Tomé aire y noté un leve sabor a óxido: sangraba por la nariz. El algodón húmedo confirmaba la hemorragia. Me dolía la mandíbula por haber apretado los dientes. Pulsos sordos retumbaban en mis sienes.

—Estoy… —La voz salió ronca—. Estoy aquí.

Maia alzó la mirada con alivio visible.

—Mantén la máscara, nivel tres de oxígeno. Necesitas estabilizar la saturación.

Me tragué el cobre de la sangre y asentí. El temblor fino en mis antebrazos tardó un minuto en ceder. Cada exhalación llevaba parte del miedo fuera de mi pecho.

—El Curador mostró recuerdos que no estaban autorizados —dije, aún con la respiración entrecortada—. Penetró más hondo que la capa segura.

Ryan frunció el ceño.

—La aplicación tiene una secuencia segura, con recuerdos no traumáticos. Pero esta vez saltó esa lógica y forzó una ruta distinta.

—¿Eso está en los registros? —preguntó Maggie.

—Sí —respondió Ryan—. Tenemos el acceso completo. Pero lo que Julia vio, solo ella lo vio. La aplicación bloqueó la salida visual.

Fue una proyección privada… como si el Curador supiera exactamente dónde golpear.

—Tenemos el registro completo y la impronta del acceso. Es la primera vez que la aplicación altera la ruta prediseñada.

Maggie cortó la llamada, se acercó y apoyó la mano sobre la barandilla.

—Tomaremos el material para contraingeniería. Pero antes, necesitas descanso supervisado.

Tragué saliva; la garganta me ardía.

—No he llegado tan lejos para parar. Puedo volver a entrar —dije de modo audible, aunque con cierta debilidad—. Solo necesito ajustar el anclaje fisiológico.

Maggie abrió la boca para objetar, luego negó con suavidad.

—Más tarde. Primero la sangre, los electrolitos, el escáner cerebral. Después decidimos.

El pitido del monitor descendió a noventa y seis pulsaciones. El manguito aflojó su agarre y sentí el hormigueo tibio de la sangre al regresar al antebrazo. El miedo seguía ahí, vibrando bajo la piel, pero una cosa estaba clara: alguien reescribió el código de seguridad y manipuló la sesión para invadir mis recuerdos más enterrados. No fue un error del sistema. Fue intencionado. Y dirigido a mí. Ese desvío debió quedar registrado en los registros; Ryan podrá rastrearlo y señalar la brecha. Si existe una brecha, existe un punto de acceso. Volveré por él.

Cerré los ojos un momento, inhalé el olor limpio de la gasa, y me aferré a la promesa muda: volveré.

MUERTE POR DISEÑO

DÍA 2: Oficina de Contabilidad Hayes & Associates, Dumfries, Virginia

Viernes, 1:30 p. m.

La noche anterior me dejó una resaca seca: el cansancio chisporroteaba entre neuronas y un sabor a hierro seguía pegado al paladar. La sesión fue un descenso controlado a la galería de mi mente, un corredor blanco donde el Curador colgó trofeos que no deberían existir.

Treinta segundos bastaron: imágenes astilladas, susurros, el tintineo cruel de la caja de música. Ryan, con los ojos inyectados y la voz tensa, dictaminó que el sonido solo vibró en mi lóbulo temporal.

Dormí tres horas, según el parte clínico; suficientes para descartar lesión cortical, insuficientes para silenciar la vibración persistente que aún late en mis sienes.

A las once en punto llegó la alerta: la Policía de Dumfries pedía refuerzos. El botón número «37» había aparecido, junto con la nueva víctima.

Me había quedado en Quantico; preferí la litera del laboratorio a mi piso. El zumbido de la alerta me arrancó del sueño y, en dos minutos, ya llevaba la chaqueta y el distintivo.

El ladrillo rojizo de Hayes & Associates recibía de pleno la luz del mediodía. Martha Weinstein, la recepcionista, nos aguardaba junto a las patrullas; sus hombros hundidos delataban que no había pegado ojo.

Zach detuvo el SUV negro. Las luces estroboscópicas, aunque apagadas, seguían imprimiendo destellos azules que me cegaban un instante; la adrenalina todavía me corría por dentro: otro paso hacia el cincuenta y uno.

—¿Lista? —Me tendió una botella de agua.

—Lo estaré en cuanto cruce esa puerta.

Me obligué a beber un trago; el agua me revolvió el estómago, dispersando astillas de ansiedad por todo el diafragma. Maggie bromeó con volver a ponerme la vía intravenosa si seguía ignorando la hidratación, pero su mirada parecía un diagnóstico más que a chiste. Al fondo del almacén, un ventilador industrial rugía, arrojando calor sobre las lonas que cubrían tres cadáveres a medio procesar.

Maia repasaba las bolsas de evidencia con la parsimonia de quien revisa la lista de la compra. Cada muestra etiquetada con tinta roja: SK-D3, SK-D3-B, SK-D3-C2. Un repertorio de horrores empaquetados en papel *craft*. Me acerqué, movida por un reflejo forense, y vi que una de las bolsas contenía lo que parecía un pañuelo infantil: algodón celeste, bordado con un osito. Arriba, un agujero chamuscado. Maia levantó la vista, tenía las gafas de protección empañadas, y dijo:

—Residuo ácido. El pH es de 2,1. Quienquiera que lo sacara del laboratorio intentó neutralizarlo con sosa, pero no enjuagó al 100 %. Resultado: quemadura química lenta.

El olor acre me devuelve un destello de infancia: el doctor Nick Grimm en la clínica Sweetbell, alineando botones de hueso y numerando nuestros silencios. Su voz suave ocultaba bisturís.

Apreté la botella. Entre mis dedos tembló el plástico.

—¿Cuánto tardaría en atravesar la piel?

—Minutos, si la piel es de un niño —contestó—. En un adulto bastan segundos, la culpa descompone antes que el ácido.

La frase me sacudió de lleno. Recordé a la doctora Valery Levington, mi instructora de psicología criminal en Quantico, frente al aula en 2018, cuando me advirtió «Sigue siempre el vector monetario; el dinero revela quién mueve los hilos del dolor».

Ryan asomó por la puerta lateral, tenía los auriculares puestos y el portátil apoyado en el antebrazo. Señaló la pantalla: un gráfico en forma de serrucho, picos y valles como latidos caóticos.

——Interceptamos pulsos de control a 432 MHz. Alguien activa y desactiva las cámaras de vigilancia del despacho cada ochenta segundos; es una táctica de fantasma.

Maggie resopló.

—Pues le cortamos los párpados. Julia, conmigo; Maia, cubre el flanco oeste.

Cruzar el almacén se convirtió en desfile militar. El ventilador soplaba olor a formol y caucho. El suelo era una cuadrícula dibujada por manchas de aceite. Tropecé con el borde suelto de una lona: debajo, una caja de plástico gris con el logo desvaído de Sweetbell Kids. La abrí; dentro había tubos criogénicos alineados como balas. Cada tapa llevaba un número y un emoticono sonriente. No supe qué dolía más, el cinismo o la sistematicidad.

—Muestras de suero —diagnostica Maia mientras enfoca con la linterna—. Puede ser de niños o del personal del despacho; hasta que hagamos la PCR no lo sabremos.

Un golpe seco retumbó al otro extremo. Algo metálico rodó, chocó contra un barril y quedó girando, con un runrún fino como una mosca furiosa. Maia gritó «¡Contacto!»; Maggie alzó la MP5. Yo inhalé sin querer: aire cargado de ozono y adrenalina pura.

El objeto resultó ser un cilindro de CO_2 médico del botiquín de primeros auxilios caído de su estantería. Bastó para que el gráfico de Ryan se disparara. Todas las cámaras se activaron a la vez, pupilas rojas brillando en el techo.

—Nos fotografían —avisó Ryan.

Maggie disparó al domo más cercano, y estalló en cascada el vidrio templado. Los demás domos respondieron con destellos rojos,

lo que originó un aplauso sarcástico desde la cabina remota.

Aplasté la botella vacía en mi puño y sentí un estallido íntimo, un ruido de plástico que imitaba mi esqueleto. Respiré hondo y la voz me salió firme.

—Ryan, saca el inhibidor de señal de 432 MHz. Vamos a enseñarles lo que es quedarse a oscuras.

El ventilador enmudeció cuando la red cayó. Y, en el almacén ahora silencioso, comprendí que a veces el control es tan frágil como una botella vacía.

Al subir al segundo piso me golpeó un olor mezcla de papel reseco y limpiador cítrico. Tres despachos alineados; de la puerta del fondo se escapaba una luz verdosa que auguraba desastre.

—¿La ventana ya estaba abierta? —pregunté.

—Sí —respondió Martha—. El señor Hayes detestaba el aire acondicionado.

Me calcé los guantes de nitrilo y empujé la hoja. Daniel Hayes, contable meticuloso, yacía sobre una lona blanca —idéntica a la de Sarah Mitchell—. Composición quirúrgica: brazos en cruz, piernas alineadas. Cuarenta y dos años, traje gris, el rostro petrificado en una sorpresa eterna.

El forense local, un joven con ojeras hondas y gafas gruesas, tragó saliva antes de explicar:

—La causa probable es asfixia; el surco se ajusta a un cable de acero. En cuanto a las incisiones… —Giró las manos del cadáver hacia la luz—. Observo siete cortes paralelos: apenas sangraron, son *post mortem* y no hay señales de defensa.

—Solicite toxicología y compárela con Sarah Mitchell —ordené a un técnico forense.

Engranajes de latón —ruedas mayores abrazadas por piñones diminutos— rodeaban el cuerpo en círculos concéntricos. Entre el anillo interior reposaba un botón, liso, del tamaño de una moneda; el número «37» resaltaba en hueso pulido. Lo había dejado a un palmo de la mano derecha, una firma imposible de ignorar. Activé la cámara: primer plano, escala métrica, referencia de color. Después marqué la evidencia y la deslicé en una bolsa sellada; el plástico

exhaló un crujido que rompió el silencio cargado de ozono y olor a aceite viejo.

De la lámpara colgaba un atrapasueños, y de este, a su vez, colgaba un engranaje grabado con una frase que helaba la sala: «A las 2:15, todo se detuvo».

Mientras los técnicos acababan de registrar la escena, la puerta se abrió con un clic seco. Una mujer de moño impecable y traje sin arrugas entró mostrando credenciales.

—Doctora Elena Cruz, psicología forense —se presentó con un apretón firme y mirada que tomaba el pulso—. La División de Análisis Conductual me envió tras leer la transcripción de tu sesión.

Zach alzó una ceja.

—Viaje relámpago.

—El patrón lo exige —respondió Cruz mientras rodeaba la lona—: simbolismo temporal, víctimas conducidas a colaborar en su propia muerte, una terapia retorcida que desemboca en su aniquilación.

Aquel tono clínico me heló la nuca.

La unidad de Delitos Tecnológicos llegó. Etiqueté el ordenador de Hayes y firmé la cadena de custodia; Ryan lo clonaría en Quantico. Mientras tanto, abrí los archivos recientes en modo solo lectura. El tercero resonó como un eco: «Daniel, tu progreso es excepcional. La quietud de los mecanismos será la expresión más pura de tu dolor transformado en belleza».

—Es un texto parecido al de mi protocolo —susurré.

Cruz asintió.

—He rastreado ese párrafo en foros de «terapia digital» sin regulación —explicó—. Es su firma.

Mi consola-espejo, sellada en una bolsa Faraday, parpadeó: «Memoria Liberada. Actualización de privacidad». Sin vibración, apenas un destello. Bloqueé la alerta y avisé a Ryan para captura remota.

—¿Memoria Liberada? —preguntó Cruz.

—Uso investigativo, bajo control —respondí. Sus preguntas sobre sueño y concentración fueron incisiones sin anestesia.

Junto a la ventana, bañada por el sol implacable que incendiaba la calle, Cruz se inclinó un paso hacia mí.

—Perseguimos a la misma red. Si compartimos datos, acortaremos la caza.

—¿Por qué está tan segura?

—El perfil es inconfundible: trauma reciente, estrés sostenido y un traslado que actúa de catalizador; usted encajaba antes incluso de instalar la aplicación.

—¿Candidata a qué, exactamente?

—Al siguiente nivel del experimento. Cuídese, agente Stein; acaba de dejar atrás la fase uno.

Cruz se giró y se perdió por el pasillo. Yo me quedé con el botón treinta y siete aprisionado en mi mano enguantada, mientras, una oleada de dudas revoloteaba bajo mi cabeza.

Los agentes del condado habían extendido una nueva franja de cinta amarilla para mantener a los curiosos a distancia. Desde el despacho interior vi dos figuras que avanzaban por el pasillo alfombrado con pasos indecisos. Eran un hombre y una mujer de unos sesenta años.

Él vestía un traje marrón claro pasado de moda; ella llevaba un bolso de mano del que sobresalía una carpeta azul. La madre de Daniel Hayes, adiviné por los rasgos en la línea de la mandíbula. El policía de la entrada alzó una mano y les indicó que se detuvieran. La mujer frunció el ceño, rebuscó en el bolso y sacó un tarro de cristal con galletas caseras. Lo ofreció como si pudiera servir de salvoconducto. El padre habló con voz queda; no lo oí, pero observé cómo formaba la palabra «hijo» en sus labios.

Un segundo agente se acercó y habló despacio, pronunciando cada sílaba con cuidado. La mujer pareció no comprender al principio, luego ladeó la cabeza con incredulidad. El frasco se le resbaló y chocó contra la alfombra; la tapa rebotó y un puñado de galletas se desparramó sin hacer ruido. El padre apretó los puños y pidió ver a «Danny». No había volumen en su voz, solo un hilo que se deshacía al salir. El agente negó con paciencia. Les explicó que necesitaban identificaciones y una declaración oficial. La madre levantó una mano temblorosa, como si pidiera turno en un aula, pero no encontró la frase que buscaba. Terminó por cubrirse la boca con los dedos y dejó que el llanto le cerrara los ojos.

Mantuve la distancia. Sabía que cualquier acercamiento rompería su último minuto de duda y lo convertiría en certeza. Ese momento acababa de arruinar sus vidas, y yo lo observaba desde el otro lado de la cinta, impotente. Recordé la voz temblorosa de Sarah que escuchamos en el audio recuperado, cuando hablaba de manos invisibles y pensé que el asesino coleccionaba algo más que cuerpos: coleccionaba el derrumbe de las personas que quedaban vivas.

Apunté el detalle en mi libreta: «impacto familiar inmediato, daño colateral deliberado». El juego no solo nos seleccionaba; también despojaba a cada víctima de su red de afectos. Mientras la mujer se arrodillaba para recoger los restos de galleta y el padre la ayudaba con manos torpes, sentí cómo el botón «51» me ardía de nuevo contra mi costado, como si supiera que se acercaba su turno.

De repente, Zach apareció a mi lado.

—Comprueba a Cruz en los Servicios de Información de Justicia Penal cuando lleguemos —pedí.

—¿Todo bien?

—Todavía no lo sé.

Durante el trayecto a Quantico, los números golpeaban mi cráneo: once, treinta y siete, cincuenta y uno. Sarah y Daniel están muertos. Yo, ¿cuándo? ¿Por qué esa secuencia? Las 2:15 detuvieron la vida de Hayes. ¿Qué hora detendría la mía?

Cada vez que observo el botón cincuenta y uno, escucho a la aplicación susurrar: «Prepárate para liberar lo que has mantenido oculto».

DÍA 2: Clínica interna

Viernes, 6:45 p. m.

La clínica interna de Quantico ocupa un pasillo blanco con tres boxes de observación; está pensada para estabilizar rápidamente a

los agentes tras entrenamientos o misiones.

El fluorescente zumbaba como un insecto atrapado. Ryan revisaba la saturación: 94 %, todavía baja. Maia acercó una botella de isotónico a la boca de Julia.

—Sabe a salmuera —gruñó ella.

—Mejor que sabor a catéter —respondió Maia sin perder la sonrisa.

Maggie apareció con dos cafés y el móvil en alto.

—Nos citaron a una auditoría interna a las diez. Nadie duerme, pero mañana habrá que fingirlo.

Ryan consulta la hoja grapada que el médico de guardia dejó tras la revisión de esta mañana.

—Corticoide tópico y media hora en observación —me recuerda.

La enfermera de turno asoma la cabeza al oírlo, recoge el frasco del carro y aplica la pomada con un gesto rápido.

Julia bufa, pretendiendo reír.—Genial. Tendré cuatro horas para fingir que sueño.

El pasillo olía a desinfectante y un reloj marcaba los minutos con clics de bisturí. Pensó que el hospital era el único lugar donde la gente aceptaba sin protestar que el tiempo doliera. Cuando cerró los ojos, escuchó a Maggie susurrar: «Tres cosas que podemos ver…». El ancla de respiración se deslizó en su mente como metrónomo; por primera vez en veinticuatro horas la presión en el esternón cedió un par de milímetros.

SUSURROS DIGITALES

Día 2: Quantico, sala de reuniones
Viernes, 2:30 p. m.

El café de la sala sabía mal y me raspaba la lengua, pero era lo único que mantenía mis manos quietas alrededor de la taza de poliestireno.

Llevaba tres horas frente a los expedientes del caso Hayes. Los fragmentos de la sesión con Memoria Liberada se filtraban en mis pensamientos como veneno. Sobre todo, la voz de Richard: seguía resonando en mi cabeza con la cadencia con la que convertía la palabra «disciplina» en una jaula dorada. Sacudí la cabeza y forcé la atención en el presente. En la sala, el equipo, el caso.

Maggie ocupaba la cabecera con su serenidad contenida, señal de que se avecinaban decisiones de peso. A su derecha, Ryan Howe escribía en su portátil; a mi izquierda, Maia Mills pasaba perfiles psicológicos en su tableta. Al otro extremo, Zach colgó una llamada de los investigadores de Dumfries. Nathan Carver, apoyado en la pared, anotaba en su libreta y nos observaba como un científico que estudia insectos sometidos a estrés.

—Informe de situación —dijo Maggie, cortando el aire cargado—. Empecemos por la pieza más anómala. ¿Qué sabemos de la doctora Elena Cruz?

Ryan alzó la mirada.

—Sus credenciales son correctas, pero no perfectas. Georgetown confirma que trabajó allí solo seis meses, no tres años. Y sus artículos sobre rituales homicidas se publicaron «después» de los casos que describen.

—No predice, documenta —añadió Maia—. Redacta la crónica de algo que ya presenció.

La idea me heló el estómago: Cruz no investigaba a Daniel Hayes; lo auditaba.

—¿Paradero? —preguntó Maggie.

—En teoría, volvió a su despacho de Richmond —respondió Zach —. En la práctica, su móvil está apagado y no contesta correos. Se ha esfumado.

Carver dejó la libreta sobre la mesa.

—El patrón apunta a una manipulación de largo alcance —dijo con su vacilación habitual—. Si Cruz está implicada, no trabaja sola. Necesita recursos, acceso a bases de datos federales. Podría ser reclutadora, evaluadora… o supervisora.

Mi móvil clonado, conectado al sistema de Ryan, emitió una alerta. En la pantalla compartida apareció un gráfico detallado de mis fases REM de la última noche. El escalofrío fue casi audible.

—Ese teléfono no vuelve a tocar una red pública —afirmó Zach.

—Y el origen es privado —añadió Carver—. ¿Cómo obtuvieron datos biométricos de un agente federal?

—Orden de rastreo inmediato —indicó Maggie—. Quiero a Salud y Recursos Humanos revisando cualquier filtración HIPAA que toque a este equipo.

El teléfono fijo sonó. Ryan filtró la llamada y activó el altavoz.

—Agente Stein —respondí.

—Julia, habla Alan Ferguson. Consultor en seguridad digital. La Policía de Richmond me contrató para investigar anomalías en aplicaciones de salud mental. Creo que seguimos la misma pista.

Hice un gesto para que todos atendieran. Su voz sonaba calmada, pero urgida.

—¿Cómo consiguió mi número? —pregunté.

—Es mi trabajo. Lo importante es lo que hallé en los servidores de Memoria Liberada.

Maggie intervino:

—Explíquese.

—Su perfil está en vigilancia intensiva, agente Stein. Registran ubicación GPS, llamadas, movimientos mediante acelerómetro y generan contenido a la medida en tiempo real.

Vi a Maia mirar a Maggie. Carver apretó la mandíbula.

—¿Incluyen historiales médicos? —murmuré.

—Esa parece su base de selección. Y el objetivo es claro: activar un trauma concreto. No es terapia; es condicionamiento dirigido.

—¿Quién dirige la operación? —preguntó Maggie.

—Aún sigo el rastro. El cifrado es militar, pero encontré una IP que transmite ahora mismo desde un radio de cuatro kilómetros de su piso, agente Stein.

El silencio fue denso. Maggie tomó la decisión al instante.

—Zach, coordina SWAT y respuesta cibernética. Julia se queda. Nadie se acerca a ese punto sin mi orden.

Colgué. La información era oro puro; el momento, demasiado oportuno.

—Opiniones —pidió Maggie.

—Los datos encajan —dijo Ryan—, pero llegan cuando más los necesitamos. Puede ser una trampa.

—O espera que lo pensemos —objetó Maia.

Carver señaló el reloj del proyector:

—Si Ferguson es legítimo, ¿por qué no apareció antes? Si no lo es, ¿por qué darnos la ubicación?

La pantalla de Ryan mostró un nuevo mensaje:

«Julia, tu progreso ha sido excepcional. Tu mente está lista para la fase final».

—Citación y amenaza —dijo Maia.

—El mismo lenguaje que recibió Hayes —añadí.

Maggie se puso en pie.

—Ryan, desmenuza todo lo que envíe Ferguson. Zach, pide al CJIS expedientes completos de Cruz y Ferguson. Maia, perfílalos. Julia mantiene la aplicación, pero sin sesiones privadas.

—Podemos desinformar —propuse—. Alimentarles de datos falsos.

Carver negó con un leve gesto.

—Si llevan meses observándola, detectarían cualquier anomalía.

La idea me golpeó: ¿cuánto de mi vida conocen?

Ryan alzó la voz.

—Ferguson acaba de entregar archivos técnicos. Parecen legítimos, pero el nivel de acceso es extremo. O es el mejor *hacker* que he visto, o posee credenciales internas.

Maggie miró el reloj.

—Nueva reunión mañana, ocho en punto, tras el informe del SWAT. Hasta entonces, nadie se mueve en solitario.

Cuando la sala se vació, Carver se acercó.

—Julia, ¿cómo te encuentras de verdad?

—Estable —mentí.

—Los ecos del esfuerzo a que te sometió la aplicación duran días. No subestimes la carga.

Sus ojos mostraban curiosidad clínica, no empatía.

—Gracias por la advertencia —respondí.

—Quiero asegurarme de que estés… preparada.

La palabra me erizó la piel: sonó a promesa.

Día 2: Piso de Julia, Triangle, Virginia

Viernes, 8:30 p. m.

El equipo de contravigilancia no halló dispositivos, lo que solo confirmaba la habilidad del intruso. Era un fantasma. Los ruidos normales del edificio sonaban como señales cifradas.

Saqué el botón «51». Maggie me permitió conservarlo, encerrado en una cápsula acrílica. Bajo la lámpara, el hueso pulido brillaba como una verdad que no quería nombrar.

El monitor seguro mostró una alerta:

«Sesión programada a las 3:00 a. m. Se recomienda descanso previo».

Apagué la pantalla, verifiqué que el móvil del protocolo espejo quedara en su base aislada y anoté la hora. Me acosté temprano. No esperaba dormir.

Mi cuerpo tardó en ceder, pero al fin caí en una somnolencia turbia. El visor seguro del móvil seguía anclado al cargador aislado; su pantalla mostraba el icono verde fijo que confirmaba conexión con el «espejo» de Quantico. Registré ese detalle antes de cerrar los ojos, un gesto automático de quien comprueba la cerradura.

Cuando el sueño llegó, lo primero que sentí fue la temperatura. El aire perdió tres grados sin que la sábana se moviese. Abrí los ojos dentro del sueño y descubrí un corredor suspendido en un espacio sin paredes. Bajo mis pies había una superficie lisa, sin textura. La luz no proyectaba sombras ni tenía origen visible. A ambos lados flotaban botones de hueso dispuestos a la altura de los hombros. Cada pieza rotaba despacio en sentido horario. Reconocí el brillo poroso que solo da el hueso pulido.

Avancé un paso y escuché un clic suave. El sonido se repitió cada vez que un botón completaba su giro. Los números aparecían con nitidez: treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis. Con el siguiente paso, la fila mostró el once a mi izquierda. La superficie de ese botón presentaba una grieta oscura desde el borde hasta el centro. Una brisa fría impregnada de olor a ozono salió de la fisura. Retrocedí, pero el pasillo se alargó, obligándome a caminar.

Llegué frente al cincuenta y uno. Este botón rotaba más rápido que los demás y cada vuelta terminaba en un golpe seco, más profundo que el clic de los números inferiores. Extendí la mano y lo toqué. El hueso ardía. Retiré los dedos; el botón se detuvo y la fila entera dejó de girar. El silencio siguiente fue total.

La luz descendió de intensidad. Una vibración leve se inició bajo la superficie; percibí la frecuencia en los tobillos y la respiración se aceleró. Una figura apareció al fondo del corredor. Su contorno surgió de la penumbra sin proceso intermedio, igual que una imagen que se activa en un monitor. Llevaba bata médica salpicada de manchas rojizas secas. No podía ver el rostro porque la cabeza estaba inclinada, pero el ángulo del cuello sugería atención absoluta.

La figura levantó la mano derecha y sostuvo un pincel de mango blanco. Del extremo goteaba pintura carmesí espesa. Sin mover los labios, habló. La voz llegó clara, sin reverberación.

—Termina tu autorretrato.

Las sílabas vibraron en mi pecho más que en los oídos. Sentí un latido detrás de la frente: una pulsación sincronizada con el botón cincuenta y uno. Quise responder, pero la garganta no produjo sonido alguno. La figura giró el pincel y señaló el hueco que el botón cincuenta y uno había dejado en la fila opuesta.

—Tu lugar está vacío.

Intenté retroceder, pero el suelo se volvió blando, cedió un milímetro bajo los talones y emitió un crujido seco. La fila derecha comenzó a desprender botones. Cada pieza caía en vertical y desaparecía antes de tocar un fondo que no existía. Escuché el golpe de cada desaparecido, un eco hueco que retumbaba en la caja torácica. El último sonido coincidió con un olor metálico fuerte, similar al que sentí en el estudio de Sarah.

Quise cerrar los ojos, pero los párpados no respondieron. La figura dio un paso hacia mí y el entorno se contrajo, reduciendo la distancia sin que la figura desplazara realmente el cuerpo. El pincel se alzó hasta quedar a la altura de mis ojos.

Entonces, otra voz irrumpió, cortante, muy cerca del oído derecho. Reconocí el timbre al instante.

—Julia, siempre fuiste fácil de romper.

Richard. Su entonación era exacta. El aire a mi alrededor se densificó. El pasillo se quebró en líneas alargadas, como si alguien hubiera rasgado una tela. Sentí un tirón en el estómago y el suelo desapareció.

La gravedad volvió con la misma brusquedad con la que se había ido. Abrí los ojos en la oscuridad real de mi dormitorio. El reloj digital marcaba las 3:15 a. m. Mi camiseta estaba saturada de sudor y la lámpara de pared junto a la cama parpadeaba. El visor seguro vibró sobre la mesilla a pesar de que las notificaciones estaban silenciadas. La pantalla mostraba una línea roja que antes no existía:

«Sesión interrumpida. El proceso continuará».

El latido en la sien coincidía con el clic imaginario del pasillo. Sentí la habitación más pequeña, como si las paredes hubieran avanzado durante el sueño. Un golpe sordo sacudió el cristal. Era apenas una rama zarandeada por el viento, pero el crujido clausuró la escena con una certeza brutal: el Curador ya no se limitaba a la pantalla aislada. Había atravesado la barrera y reptaba dentro de mis ciclos de sueño. Con él, Richard regresaba desde el rincón donde mi memoria lo había mantenido inmóvil.

A las 3:15 a. m. me despertó una voz. No era la aplicación; no estaba en mi cabeza. Provenía del rincón más oscuro del dormitorio.

Era la voz de Richard, muerto hacía más de una década.

Dieciséis minutos después —según el despertador marcaba las 03:31 a. m. del sábado—, un grito ahogado me sacó de la cama.

VOCES EN LA SOMBRA

DÍA 3: Piso de Julia, Triangle, Virginia
Sábado, 3:17 a. m.

El aire volvió a mis pulmones con un jadeo que rasgó el silencio de la madrugada. Estaba de rodillas en el suelo de mi dormitorio, con el corazón desbocado.

No hubo un ruido que justificara el sobresalto, solo el ruido lejano de un camión en la Ruta 1. Mi camiseta estaba empapada en sudor. Y la voz seguía ahí, resonando dentro de mi cráneo, no como un pensamiento propio, sino como una transmisión ajena y hostil.

Richard.

«Eres patética, Julia. Siempre fuiste la débil de los dos».

La claridad de la frase era obscena. No era el eco de un sueño, sino cada inflexión exacta, cada matiz de desprecio. Me senté en el borde de la cama, y mis piernas temblaban con una fuerza que jamás querría admitir ante nadie.

Nathan Carver había advertido sobre los efectos residuales, pero esto era diferente. Era como si la sesión no solo hubiera abierto una puerta a mis recuerdos, sino que hubiera instalado una antena que transmitía directamente la emisora de mis traumas.

El botón número «51» descansaba en su cápsula acrílica sobre la mesilla. Lo tomé; su peso era a la vez familiar y repugnante. Necesitaba agua, movimiento, cualquier estímulo que me sacara de

la trampa de mi propia mente. Caminé hacia la cocina, que estaba inusualmente oscura. La bombilla del porche se había fundido. Me pareció extraño. La había cambiado hacía apenas dos semanas.

En ese momento, la alerta saltó en el monitor seguro de mi salón.

«FBI. Agente Gabriel Ruiz. Debo hablar contigo sobre Memoria Liberada. Dispongo de poco tiempo. Denny's, Ruta 1. Ven sola».

La pantalla se apagó. Me quedé inmóvil, respirando con el mismo anclaje 4-2-8 que le enseñé a la cadete Thompson —cuatro tiempos de inhalación, dos de retención, ocho de exhalación— hasta que el temblor retrocedió de las manos a los codos. El piso olía a sudor nocturno y café frío, y cada sombra parecía alargar los hombros de Richard en la penumbra.

A tierra, Julia, vuelve a tierra. Toqué el marco de la puerta (frío, liso), deslicé la yema sobre la esquina astillada (áspera, real), conté los pasos exactos hasta la cocina: nueve tablones, uno crujía. En el reflejo del microondas, la pupila izquierda aún estaba dilatada; la derecha, clavada en el punto medio. Signo de disparidad simpática. Carver diría que es adrenalina residual; Hans Freeman lo llamaría «asimetría traumática».

El mensaje de Ruiz latía dentro de mi cabeza («Denny's. Ruta 1. Ven sola»). Demasiado genérico para un protocolo oficial. Demasiado personal para una trampa corriente. Empujé la ventana del fregadero: el asfalto mojado brillaba bajo la farola estropeada. Una intermitencia irregular, como un código Morse que no acertaba a descifrar.

Abrí el cajón de emergencias y saqué la mochila de emergencia número tres: Glock, cargador adicional, Narcan (nalaxona), kit de sutura reducido y un colgante NFC recién impreso con la palabra «RAZÓN» grabada en braille. Ryan lo diseñó después de que me quedara disociada en Triangle; al pasarlo por el móvil, lanza un audio de mi propia voz, recordándome el nombre de la primera víctima, Sarah Mitchell, la artista hallada el jueves por la mañana en su estudio de Gray Hollow, con el botón 11 depositado junto a su cuerpo, y la promesa de no añadir otro botón a la colección. Lo

activé: «Hola, Julia. Si escuchas esto, vuelve al presente. La memoria no es un juez; es materia prima».

La voz grabada sonaba más firme que la mía. Me obligué a contestar en voz alta: «Presente». El eco fue patético pero efectivo; la jaula mental crujió y se abrió lo justo para que entrara oxígeno.

Revisé el botón «51» en su cápsula. Aun allí, bajo el metacrilato, parecía latir. «No lo necesitas para respirar». Lo repetí hasta que las palabras perdieron sabor, igual que un chicle que se va masticando.

Encendí la luz del pasillo, el piso quedó expuesto: papeles sobre la mesa, fotos de escenas de crimen pegadas con *washi-tape*, una taza con el logo de Quantico y grietas en el esmalte. Mi vida convertida en mapa forense.

El reloj parpadeaba «03:29 a. m.». Casi una hora hasta la cita. Tiempo suficiente para cruzar Triangle, barrer el Denny's y colocar una vigilancia discreta… pero el mensaje era claro: «Ven sola», no «llega sola». Cualquier desviación perdería a Ruiz y, quizá, la única pista que —desde el interrogatorio a Lind ayer por la mañana— podía vincularlo definitivamente con Memoria Liberada.

Abrí la aplicación interna del Buró, generé una baliza GPS codificada y la programé para ser enviada a Maggie exactamente a las 3:52 a. m. Una única emisión de tres segundos: coordenadas, nivel rojo, clave «Péndulo». Si no cancelaba antes, ella sabría que algo había ido mal y que el reloj de arena se había invertido.

Me cambié de camiseta; la vieja cayó al suelo con un chasquido húmedo. La nueva prenda, suave y gris, envolvía mi piel. Por fin, los latidos encontraron su ritmo. Saqué la llave del cargador, comprobé que el ruido blanco del locutorio seguía tapando cualquier llamada entrante, y bajé por las escaleras de incendios, contando los peldaños como si fuesen los dientes de un engranaje gigante.

«Anclaje personal: vista, tacto, olor, sonido, gusto». El manual de Maia. «Vista»: neón rojo de la tienda abierta las 24 horas. «Tacto»: acero frío de la barandilla. «Olor»: gasolina y pino mojado. «Sonido»: mi propia respiración. «Gusto»: cobre, miedo.

Arranqué el motor. El motor del V-6 ahogó los susurros de Richard al fondo de mi mente. La noche seguía llena de fantasmas, pero yo al menos conducía el coche y la narrativa.

Todos mis instintos me advirtieron que era una trampa. El manual del Buró gritaba «¡NO!». Pero la lógica del caso era ineludible. El asesino acababa de demostrarme que conocía mis secretos más profundos. Quizá este era el siguiente paso del juego: ofrecerme una pieza de su tablero. Era un movimiento del adversario, sin duda. Pero podía ser un movimiento diseñado para que yo lo ignorara. Y eso era un riesgo que no podía correr.

Marqué el número de emergencia del equipo, hablé por *bluetooth* en el coche.

—Carver. —Respondió después del segundo timbre. Su voz tenía esa claridad de quien estaba de guardia y se mantenía despierto.

—Nathan, soy Julia. Acabo de recibir un contacto. Un supuesto agente, Gabriel Ruiz. Conoces los detalles.

—¿Dónde quiere encontrarse?

—En el Denny's de la Ruta 1. Insiste en que vaya sola.

En el silencio que siguió, casi podía ver a Carver desmenuzar la situación en variables y ramificarla en posibles decisiones.

—No vas a ir sola. Dame veinte minutos. Nos desplegaremos de forma encubierta. Si hay un agente implicado, amigo o enemigo, el caso acaba de cambiar de dimensión.

DÍA 3: Cafetería Denny's, Ruta 1
Sábado, 4:30 a. m.

El aire del Denny's estaba impregnado de ese olor dulzón a sirope de arce y a café quemado. Gabriel Ruiz ocupaba el reservado más apartado, una elección táctica que dominaba las dos salidas. Era delgado, con unas ojeras tan marcadas que parecían moratones y una palidez de falta de sol. Su espalda recta era por el adiestramiento federal, pero sus barridos cortos y constantes con la cabeza revelaban el hábito de quien teme que se acerquen por detrás.

Carver y Maia vigilaban desde dos coches distintos. Ryan, desde Quantico, controlaba las cámaras. Maggie y Zach venían en camino.

—Agente Stein. —Gabriel se levantó parcialmente cuando me acerqué—. Gracias por venir.

Me senté frente a él.

—Explíqueme qué sabe sobre Memoria Liberada y por qué debería creerle.

Se frotó el antebrazo izquierdo. Un tic compulsivo.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera del radar oficial? —pregunté.

—Dos años, dos meses y diecisiete días —respondió sin vacilar.

Miró nerviosamente hacia las ventanas.

—Yo investigaba suicidios anómalos en Richmond. Gente normal, todos usaban aplicaciones de salud mental. Cuando conecté tres casos con la misma *app*, él se ofreció a colaborar.

—¿Quién?

—El doctor David Anderson. Un psicólogo clínico. Sus credenciales eran impecables, pero falsas. Para cuando quise enfrentarme a él, ya era tarde. Tenía acceso a todos mis archivos, a mis sesiones de terapia, a todas mis vulnerabilidades.

—¿Qué tipo de acceso?

Se remangó la camisa del brazo izquierdo. La luz amarillenta de la cafetería iluminó las cicatrices. Eran paralelas, deliberadas, ya cerradas. Idénticas en su patrón a las de Sarah y Daniel.

—Me obligó a repetir el ritual —susurró con voz áspera—. Fingí estar profundamente sedado, eché mano de mi entrenamiento de resistencia y, cuando bajó la guardia para ajustar la ligadura, corrí.

—Necesito que describas el proceso, Gabriel.

—Estaba bajo hipnosis o alguna inducción química. Seguía sus órdenes. Era como ver una película en la que yo era el protagonista, pero no el actor. Mi mente era un espectador aterrorizado.

—¿Qué recuerdas exactamente de él?

—Fragmentos. Está… sellado aquí. —Se tocó la sien—. Pero oigo su voz en mis sueños, una frase que repetía, con un tono de ánimo perverso: «Vamos, cabrón… hazlo sangrar bonito».

Un estremecimiento me recorrió. Antes de poder añadir nada, Gabriel perdió el poco color que le quedaba. Una fina capa de sudor

perló su frente.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste o bebiste algo?

—Solo… el café de aquí —balbuceó.

Intentó incorporarse, pero sus músculos no respondieron. Se desplomó sobre la mesa. Seguía respirando, pero no reaccionaba. Le tomé el pulso: era lento y filiforme. Llamé al 911 y activé la alerta del equipo.

Maia fue la primera en entrar, y se movía con una rapidez y una calma que resultaban impresionantes en medio del caos. Se calzó los guantes mientras corría y comprobó sus constantes vitales. Carver entró unos segundos después. En ese instante, la alerta apareció en la pantalla de mi móvil, que era el espejo del que estaba en Quantico:

«Gabriel habló demasiado. Algunos secretos requieren un silencio permanente».

Carver leyó el mensaje por encima de mi hombro.

—La precisión de la sincronización es… extraordinaria. Sabía exactamente cuándo haría efecto el veneno.

Ryan aisló el *log* y yo sellé el teléfono de Gabriel en una bolsa Faraday. Los paramédicos tardaron ocho minutos en llegar. Mientras cargaban a Gabriel en la camilla, abrió los ojos.

—Busca a David Anderson en Richmond —susurró—. Pero ten cuidado… no es quien aparenta ser.

La ambulancia partió con las sirenas aullando. Quedábamos nosotros, un rastro de café frío y la certeza de que, otra vez, íbamos varios pasos por detrás del asesino.

Amaneció mientras transportaban a Gabriel Ruiz al Hospital Regional de Stafford. A las 9:30 a. m., Zach regresó a la base. Maggie, Carver y yo atravesamos sus pasillos asépticos con la sensación de que el círculo empezaba, por fin, a cerrarse.

EL CÍRCULO SE ESTRECHA

DÍA 3: Hospital Regional de Stafford, Virginia
Sábado, 9:30 a. m.

EL PASILLO olía fuerte a ambientador de hospital. Seguía a Maggie por el pasillo; detrás venía Carver, anotando con la mirada perdida, como si sus notas guiaran sus pasos.

Gabriel Ruiz no estaba tumbado, sino sentado. La bata le dejaba el esternón a la intemperie, el catéter seguía en vena y el monitor marcaba un pulso firme que él ignoraba. Aun así, alzó dos dedos en un saludo irónico.

—¿Todo en orden, Gabriel? —pregunté en voz baja mientras me detenía a su lado.

—Aguanto bien; la mano todavía obedece —respondió con una media sonrisa—. Avísame si empiezo a oxidarme.

Junto a la cama se plantó un interno de bata pulcra.

—Doctor Andrew Lang —se presentó—. Residente de Anestesiología. El análisis confirma un derivado de etomidato fabricado a medida: debería haberlo mantenido inconsciente seis horas. Pero el paciente, a la tercera hora ya pedía café y noticias del tiempo. Además… —Tocó la pantalla—. Su sistema autónomo colabora mejor de lo normal; controla la frecuencia con una precisión que no es corriente.

Maggie se inclinó con cortesía.

—Gracias, doctor Lang. Ahora quisiéramos unos minutos a solas con el paciente.

Lang asintió y salió. Entonces Maggie se acercó a Ruiz.

—Soy la agente especial Margaret Holt. Gracias por confiar en nosotros, Gabriel. ¿Podría repetir los detalles sobre David Anderson? Cualquier matiz nos ayudará a localizarlo.

Le acercó el vaso; él bebió un sorbo con respeto, como si el líquido doliera.

—La oficina de Anderson está en Brookfield Plaza, ala C —empezó Ruiz, tomándose un segundo—. Primero te topas con una puerta sin pomo, solo un lector biométrico que parpadea azul cuando detecta la mano. Al abrirse, te recibe una mujer con una sonrisa tan fija que parece efecto de anestesia… imposible saber si está contenta o simplemente programada.

»Dentro todo es minimalista: sofás de cuero negro, una alfombra mullida que se traga cada paso, ni un cuadro ni un portarretrato a la vista. —Hizo una pausa, como si oliera el recuerdo—. Y un perfume persistente a té verde con un toque de menta que se mete en la ropa. Nada más. Todo pensado para que recuerdes la sensación, no el lugar.

Carver apoyó dos nudillos en la barandilla.

—Casi indetectable —murmuró.

—Un tipo que borra sus huellas antes de dejarlas —murmuró Ruiz—. Volví con la patrulla y el ala ya no existía. Los cables habían sido arrancados, encontré zócalos recién pintados que aún olían a disolvente. Ni una viruta en el suelo. Si no lo hubiera visto antes, creería que fue un sueño.

Gabriel añadió el resto. La voz de Anderson: registro medio, modulada a intervalos exactos, sin una sola inflexión. Edad aproximada, cuarenta y cinco; cabello castaño; estatura corriente y rasgos neutros, creados para fundirse con la multitud.

Maggie dejó que el silencio asentara cada dato, luego le tocó el hombro.

—Por hoy basta. Descanse de verdad, Gabriel. El descanso también es un arma.

Al salir, me detuvo a media luz del pasillo.

—¿Tu lectura?

—Habla hasta la línea que considera segura. Aún decide si somos salvavidas o soga.

—Trabajaremos para que nos vea como lo primero —dijo Maggie. La mano con la que buscó el móvil tembló un milímetro, casi de forma imperceptible.

Nos detuvimos en la tercera planta, Psiquiatría. El ambiente despedía menos olor a alcohol y más a café recalentado. Frente al despacho 317 aguardaba Marcus Lind, con una corbata impecable y la sonrisa precisa de quien se dispone a defender una tesis.

—Agentes —saludó—. El director me ha solicitado que les resuma mis hallazgos sobre su testigo directo de los métodos de David Anderson. Pasen, por favor.

El cubículo olía a papel plastificado. Lind encendió una lámpara que recortó un óvalo dorado sobre la mesa.

—Ocho meses rastreando suicidios con «estímulos personalizados». —Empecé—. ¿Cuándo comenzó todo?

—Newport News. Una víctima con historial limpio se abrió las venas después de una sesión nocturna con su *app*; el forense recogió la frase literal: «Haz que sangre bonito». Hallé otro caso idéntico en Cincinnati. Al tercero entendí que alguien reciclaba un guion.

Desplegó la carpeta: fotografías nítidas de cuerpos dispuestos en círculos precisos. Como en las escenas de Sarah y Daniel. Tragué la náusea.

Carver apoyó dos dedos sobre una de las imágenes, midiendo cada contorno.

—¿Procedencia?

—Profesionales acreditados —respondió Lind—. Me enviaban las tomas y solicitaban mi opinión sobre la simbología de la disposición. Supuse que era un grupo de estudio disperso.

En ese instante, Maggie irrumpió; acababa de blindar el ala con el director médico y se colocó a mi izquierda, cerrando la pinza.

—Doctor Lind, ¿ha tratado personalmente con David Anderson?

—Dos correos y una llamada. Mostró interés en mi «neurocartografía traumática». —Inspiró, reuniendo valor—. Me remitió este borrador como referencia.

Depositó un texto encuadernado sobre la mesa. Carver lo reconoció al instante: era suyo, jamás difundido fuera del comité de revisión. Parpadeó, incrédulo.

—Ese informe nunca llegó a publicarse —susurró Carver; no había enfado en su voz, solo pura incredulidad.

Lind tragó saliva. Unas gotas de sudor se agruparon en la línea de su cabello.

—Entonces, alguien se infiltró —murmuró—. Yo pensé que tenía un borrador interno, no una filtración.

El silencio permitió oír el tictac del reloj.

Maggie cerró la carpeta; el chasquido sonó a veredicto.

—Por ahora quedará bajo supervisión federal. Richmond será frontera suficiente. No la cruce. Y revise cada correo antes de abrirlo; cualquier cita o mensaje podría ser una trampa como el veneno que casi mata a Gabriel Ruiz.

Lind asintió; todo su aplomo cabía ahora en el vaso de agua que olvidó ofrecer.

El teléfono vibró contra mi cadera; la pantalla se iluminó con un número bloqueado redirigido desde Quantico. El mensaje era breve: «Interesante charla con el doctor Lind, Julia. Pronto repasaremos tus trabajos inéditos».

Se lo mostré a Maggie. Ella pasó el pulgar y borró la alerta con un gesto exacto; el protector del dispositivo crujió apenas.

Antes de abandonar el hospital, firmó la custodia de Ruiz en enfermería: la burocracia nunca descansa, ni siquiera cuando todo se precipita. Enfilamos hacia Quantico bajo un cielo que aún retenía el olor a la lluvia de madrugada. En el retrovisor, Stafford se redujo a una nube blanquecina; lo que no se disipaba era la sensación de que cada pieza encajaba con demasiada facilidad, como si alguien nos aventajara una jugada.

Faltaban trece horas y media para mi próxima sesión con Memoria Liberada. Cerré los ojos un segundo. Nadie gobierna los sueños, pero sí puede programar la hora en la que se encienden.

A las 10:30 a. m., ya en Quantico, el ascensor se abrió en nuestro piso. El acceso al Centro de Operaciones permanecía abierto y silencioso. Allí nos esperaba alguien que cambiaría de manera radical el curso de nuestra investigación.

PROBLEMAS INTERNOS

DÍA 3: Centro de Operaciones, Quantico
Sábado, 10:30 a. m.

A LAS 10:30 en punto, sonó el aviso del ascensor y sus puertas cromadas se abrieron. Primero llegó el golpe rítmico de tacones, luego el aroma tenue de bergamota que desplazó el olor a café. La agente avanzó por el pasillo erguida; la luz blanca se reflejaba en su impecable americana azul oscuro, y en la hebilla pulida de su maletín de piel. Sus ojos recorrían las consolas de control, las pantallas en reposo y nuestros rostros, como si calculara, con la misma precisión, el tiempo que gastábamos y hasta el oxígeno que consumíamos en esa sala sellada. Al alcanzar el umbral del Centro de Operaciones, alzó la mirada y fijó su atención en mí.

—Agente especial Margaret Holt —dijo la visitante con voz cortante—. Diane Morrison, Oficina de Responsabilidad Profesional. Necesitamos conversar.

La agente Morrison sujetaba una carpeta gruesa que sostenía con firmeza.

Maggie se incorporó con calma estudiada.

—No constaba ninguna visita de Asuntos Internos.

—Las auditorías eficaces jamás avisan —respondió Morrison, sentándose sin pedir permiso—; menos aún cuando planean sobre un caso de alto perfil indicios de negligencia y mala praxis.

El aire se tensó; de pronto olía a café recalentado y a metal tibio. Ryan dejó la línea de código suspendida en la pantalla, los dedos anclados sobre el teclado. Maia devolvió el archivador al estante y el clic resultó limpio. Zach, todavía conectado al hospital para finiquitar la burocracia de Ruiz, frunció las cejas, mientras Carver alzaba la vista y hacía girar el bolígrafo con esa curiosidad incolora que reserva a los perfiles más peligrosos.

—¿Qué irregularidades? —preguntó Maggie con voz suave aunque afilada.

Morrison abrió la carpeta; los aros metálicos sonaron a grillete.

—Para empezar, usaste una aplicación civil sin permiso. Además, sometiste a una agente —dijo y me señaló con el mentón— a hipnosis sin la supervisión médica adecuada. Y, por si fuera poco, pasaste por alto la coordinación con las demás jurisdicciones.

—Todo consta en los informes —rebatí—. Ajustamos los protocolos a la urgencia y salvamos vidas.

—¿De veras? —Alzó una fotografía: el botón «51»—. Según su propio registro, la agente Stein lo halló hace tres días y demoró horas en reportarlo. Esa dilación vulnera la directriz básica treinta y dos.

Sentí un golpe en el estómago. Ese dato solo lo conocían quienes estaban en la sala.

Maggie intervino con firmeza.

—La decisión fue mía. La agente Stein actuó bajo mi autorización directa.

—La misma autorización —sonrió Morrison, como una depredadora— que costó un agente en el caso Eclipse y forzó un acuerdo extrajudicial. ¿Cuántas bajas suma su estilo de liderazgo?

El nombre de Eclipse anudó los hombros de Maggie, pero su voz salió templada.

—Ese incidente no guarda relación con el presente expediente.

—Discrepo —repuso Morrison—. Evalúo su juicio bajo presión. Y ahora entrevistaré a su personal, uno por uno. Empezaré con la agente Stein.

—La investigación está viva —objetó Maia.

Morrison dejó caer un documento con sello rojo.

—Orden firmada por el director adjunto. Cualquier obstáculo lo interpretaremos como obstrucción.

Mientras hablaba, analizaba la estancia con la precisión de un microscopio. Cuando su mirada se posó sobre Carver, dejó de ser curiosa; fue reconocedora.

—Agente Stein —dijo—, la espero en la sala B dentro de diez minutos; venga sola.

Se encaminó a la puerta y antes de cruzarla lanzó otra estocada.

—He observado que un civil maneja material clasificado. —Clavó los ojos en Carver—. Revisaremos también eso. Sus borradores sobre estados disociativos son… iluminadores.

Carver apretó la libreta hasta emblanquecer los nudillos. La puerta se cerró. El silencio se hizo denso.

—Vaya ejemplar —gruñó Zach desde la pantalla—. ¿De dónde la sacaron?

—Escaladora profesional —murmuró Maggie, masajeándose las sienes—. Lleva años intentando un puesto en la UAC. Cree que si nos derriba, asciende.

—Ha citado tus textos, Carver —dije.

—Si ha leído borradores no publicados, alguien le abrió una puerta blindada —musitó él—. Eso no es rutina.

Las teclas crujían bajo los dedos de Ryan.

—Doce años en el Buró —masculló—. Ni una mancha en su expediente. Eso huele demasiado limpio.

—O sabe limpiar sus huellas —añadió Maia.

Maggie se volvió hacia mí.

—Julia, Morrison muerde donde huele una fisura. No le regales ni una grieta.

Asentí y caminé hacia la sala B con un zumbido persistente en las sienes. Que Morrison mencionara el botón «51» —un dato blindado al núcleo del caso— y se interesara por los borradores inéditos de Carver significaba que manejaba información que no había salido de nuestro canal cifrado. O alguien del equipo filtraba datos, o ella compartía pasillo con el asesino. ¿Cómplice involuntaria o la mano que desliza las piezas?

Abrí la puerta. Morrison estaba sentada con la espalda recta, la americana no tenía ni una arruga. Sobre la mesa, la grabadora estaba lista para registrar; el piloto rojo parpadeaba con constancia de metrónomo. Al verme, curvó los labios lo justo para mostrar los incisivos. Su saludo fue preciso, sin rastro de calidez.

Diane pulsó el botón REC con gesto teatral. El piloto rojo parpadeó y mi *smartwatch*, enlazado al sistema biométrico del Buró, empezó a registrar cada variación de mi pulso; el valor inicial marcó 78 lpm. Tomé nota mental. Ella vio el movimiento de mis ojos y sonrió como quien detecta un punto débil.

—Comencemos por Sweetbell —dijo Morrison—. El centro cerró hace nueve años, pero su nombre figura en los registros que encontramos del doctor Nick Grimm. ¿Cuál era su vínculo real con él?

El nombre me golpeó más fuerte que la pregunta. El pulsioxímetro trepó hasta noventa y dos pulsaciones. Sentí el tejido de la silla ceder bajo los muslos; el aire olía a desinfectante reciente. Inspiré despacio, apoyé las manos bien planas sobre la mesa y mantuve la voz firme.

—Fui paciente infantil en un programa experimental. No hubo contacto posterior.

Morrison bajó la mirada al expediente. Sus cejas se alzaron una fracción de milímetro: la sorpresa fabricada era una maniobra clásica para que el entrevistado se explaye. Anoté el estímulo en silencio; pretendía echarme el anzuelo, pero no pensaba regalarle más hilo del necesario.

—Sin contacto, pero su firma aparece en el registro de visitas de 2016.

Aquí giré la táctica. Dejé que mis labios se tensaran solo lo suficiente para que ella creyera haber tocado un punto sensible, luego solté el aire de golpe.

—Visité el lugar como investigadora. Caso federal 16-314. El informe está al alcance de cualquier auditor con acceso de nivel cuatro. ¿Lo ha leído?

Pude observar el primer parpadeo rápido —ocho décimas de segundo—, que indica búsqueda de memoria reciente, no certeza.

La grieta en su seguridad asomó. Aproveché.

—Háble me de su fuente, agente —pronuncié el título con toda la formalidad posible—. Alguien le entregó ese registro con dato parcial. ¿Quién?

Su mentón se alzó dos grados. Se puso a la defensiva. Desvió la pregunta con la mirada a la carpeta.

—Yo formulo las preguntas —replicó sin perder el tono—. Según los *logs*, usted retrasó seis horas el reporte del botón «51». Durante ese lapso realizó llamadas desde un número desechable asignado al caso Eclipse. ¿Motivo?

El monitor subió a 101 lpm. Di un sorbo a un vaso de agua. Conté dos silencios completos; vi cómo sus pupilas se estrechaban, impacientes.

—Verificar una pista anónima que resultó ser humo. Lo añadí al suplemento C-14. Está archivado.

Señaló mi pulsera.

—Su pulso no coincide con la tranquilidad que declara.

—La pulsera registra mi reacción ante el acoso —contesté sin alzar la voz—. Si desea datos clínicos, solicite a Maia Mills los niveles de cortisol tras la sesión de anoche.

Morrison apretó los labios. Ese sellado labial duró un segundo exacto, lo que marcaba frustración. Sus dedos giraron un bolígrafo negro con el clip doblado —detalle subrayado en mi mente— y cambió de frente.

—¿Por qué descargó Memoria Liberada sabiendo que estaba bajo investigación? Podría constituir conducta negligente.

El bolígrafo giraba; observé cómo el pulgar temblaba a la altura de la primera articulación. Su sistema nervioso empezaba a traicionarla.

—Para entender la ruta de ataque —respondí—. Y resultó útil: localizamos a Gabriel Ruiz gracias a la telemetría de la *app*.

Morrison apoyó los codos, acercó el torso.

—Ruiz está en coma inducido —lo sedaron tras una recaída esta madrugada—. Su palabra pesa poco.

Era un intento de minar nuestra evidencia. Incliné la cabeza.

—Tiene razón. Por eso esta mañana enviamos al laboratorio de biotoxinas la taza de café que Ruiz bebió en el Denny's. Encontraron trazas de carbofurano, un insecticida prohibido de acción rápida. Registro de cadena de custodia firmado por mí, por la doctora Cruz y por Zach Curtis. Si desea cuestionarlo, cítelos también.

Mi pulso descendió a 88 lpm. Ella tomó nota. Vi que su dedo índice rozó la tapa de la grabadora. Es un pequeño tic que suele aparecer cuando el interlocutor busca cerrar tema. Antes de que lo hiciera, lancé mi contraataque.

—Ahora una duda mía, agente. ¿Cómo obtuvo mis borradores médicos sin acceso a mis archivos cifrados? Solo existen dos copias. Una la tengo yo; la otra está en el servidor sellado de Carver y tiene registro interno. Alguien le entregó material fuera de protocolo. Quiero su nombre para el acta.

Un pestañeo triple y un desplazamiento ocular al ángulo superior izquierdo: «recuerdo visual inventado». Dato muy útil. Morrison tardó medio segundo en recomponer el gesto.

—Lo examinaremos en su momento —respondió con rigidez.

Pulsó STOP, cerró la carpeta con fuerza medida y se levantó. En la puerta se giró.

—Esto no termina aquí, agente Stein. Prepare su agenda.

Cuando salí, el monitor indicó 84 lpm. Tomé aire. Había ganado la primera escaramuza, pero la vibración leve en mis dedos dejó claro que la guerra interna, entre mis recuerdos y la presión externa, solo acababa de empezar.

REPRESENTACIÓN LEGAL

DÍA 3: Centro de Operaciones, Quantico
Sábado, 3:30 p. m.

LA ENTREVISTA con Morrison me dejó un mal sabor de boca y un cosquilleo punzante en los pies. Cada vez que parpadeaba repasaba sus preguntas, segura de que cualquier frase mía quedaría diseccionada, archivada y convertida en munición contra el equipo. Para mantener la mente ocupada, me hundí en las transcripciones de Memoria Liberada, subrayando respiraciones entrecortadas y picos de frecuencia cardíaca que, al releerlos, parecían señales morse enviadas por otra versión de mí misma.

El clic contenido de los tacones de Martha interrumpió mi concentración. Se asomó al marco de la puerta; llevaba las manos entrelazadas a la altura del vientre, gesto que en ella equivalía a una alerta grave.

—Agente Stein, un abogado en recepción insiste en hablar con alguien del caso. Afirma representar a la familia de una de las víctimas.

—¿Tiene cita?

—Ninguna, pero enseña credenciales del FBI. Su nombre es Richard Blackwood, Oficina del Consejo General.

La aparición de un abogado federal sin aviso previo era la última curva que necesitábamos en una carretera ya resbaladiza. Aun así,

indiqué a Martha que lo condujera a la sala de conferencias C y le prometí estar allí en cinco minutos. Antes de moverme, avisé a Maggie. Su ceño se plegó, tenso.

—Blackwood… me suena de compensaciones laborales y pleitos internos —murmuró—. Escúchalo, pero no regales nada sensible.

Respiré hondo, repasé mentalmente los protocolos y caminé hacia la sala, donde me encontré con la antítesis andante de Diane Morrison. Richard Blackwood irradiaba calidez paternal; bordeaba los sesenta, tenía cabello entrecano peinado con impecable simetría y lucía un traje azul marino que proclamaba confiabilidad desde la solapa hasta el bajo del pantalón. Sin embargo, sus ojos marrones tenían la intensidad de quien observa, mide y archiva.

Se alzó al verme.

—Agente Stein, gracias por recibirme sin cita —dijo, tendiéndome la mano. La estreché, notando una presión firme y calculada.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Blackwood?

Se sentó, abrió un maletín de cuero cuya pátina hablaba de años y juicios, y extrajo una carpeta.

—Represento a los padres de Sarah Mitchell. Están devastados y necesitan respuestas. Traigo algo que, creo, su equipo debería ver.

Depositó sobre la mesa una fotocopia amarillenta. En el encabezado se leía Sweetbell Kids Resort. Un soplo de cloro y vainilla química se filtró en mis recuerdos: el aroma de pasillos encerados y archivadores metálicos.

Blackwood no perdió detalle del modo en que mis pupilas se contrajeron.

—Sarah participó en un programa terapéutico infantil de Sweetbell —explicó—. Encontré registros que sus padres jamás vieron.

—Sweetbell cerró hace años. ¿Cómo obtuvo esos documentos?

—He representado a exempleados en relación con exposición a químicos, daño psicológico… Conservo cajas de archivos que la empresa preferiría enterrar.

Se inclinó, bajó la voz un grado.

—¿Sabía que Sweetbell condujo un proyecto experimental en los noventa? Lo llamaban «numeración terapéutica». Hipnosis profunda,

inmersión sensorial, un número asignado a cada niño.

El «51» ardió contra el forro de mi chaqueta.

—¿Qué más descubrió?

—Lo suficiente para detectar un patrón. Niños del programa que terminaron en suicidio, accidentes o desapariciones. —Deslizó una lista hacia mí; mi propio nombre saltaba a la mitad—. Curiosamente, muchos se alistaron en cuerpos de seguridad. El trauma fue convertido en vocación.

Mi pulso se aceleró, pero mantuve la voz estable.

—¿Qué pretende con todo esto?

Suspiró, dejando que sus hombros cayeran lo justo para subrayar la carga.

—Justicia. Llevo años intentando hundir a Sweetbell, pero siempre se escurren: destruyen registros, hacen limpieza de activos. Pensé que ustedes agradecerían las pruebas, más aún cuando —dijo e hizo una pausa exacta— han surgido otras víctimas con perfiles parecidos.

Un latido retumbó en mi oído.

—¿Cómo supo de esas víctimas?

—Tengo contactos. Cuando cierto patrón aparece, me avisan.

Se levantó; la silla emitió un leve chirrido.

—En mis oficinas guardo historiales clínicos, nóminas y grabaciones de las sesiones. Todo obtenido legalmente, dentro de la fase de intercambio de pruebas. El terapeuta principal era… fascinante. Los niños lo llamaban «Nick».

El nombre golpeó mi caja torácica como un mazo. Blackwood depositó su tarjeta y se marchó sin más dramatismo, dejándome con carpetas y un enjambre de dudas.

Regresé al despacho de Maggie. Ella hojeó los documentos; su mandíbula se marcó mientras pasaba las páginas.

—Esto huele a coincidencia forzada —dictaminó—. Morrison entra sabiendo demasiado y ahora aparece un abogado con la pieza que nos faltaba. Indaga todo sobre él: historial, casos, vínculos con Sweetbell.

Me sostuvo la mirada.

—Y si realmente estuviste en ese programa, necesitamos el registro médico. Oficialmente.

Asentí con un nudo en la garganta. Cuando volví al corredor, Carver hablaba por teléfono en tono bajo; colgó al verme.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Visitante inesperado. Richard Blackwood. Dice tener grabaciones y listas completas de Sweetbell.

Se lo resumí en dos frases: antes de cerrar en 2003, la empresa dirigió un programa con hipnosis y numeración; Blackwood posee las pruebas. El bolígrafo de Carver dejó de girar entre sus dedos.

—¿Explicó cómo terminó con historias clínicas de menores?

—Afirmó que salieron de demandas civiles.

—Eso roza varias violaciones. A menos —dijo afilando cada palabra— que su motivación supere la ética… o que no sea quien dice ser.

Carver se alejó, y la sospecha quedó suspendida en el aire como si se tratara de estática antes de la tormenta. Volví a mi cubículo con la sensación de que las paredes se estrechaban. Entre la inquisición de Morrison y la oferta envenenada de Blackwood, los círculos de confianza se reducían, y el nombre Nick Grimm, el terapeuta jefe del programa de hipnosis y numeración de Sweetbell, repicaba en mi memoria, convocando imágenes que quizá nunca quise rescatar, pero que ahora se negaban a permanecer enterradas.

RETRATOS ROTOS

DÍA 3: Residencia Carter, Richmond, Virginia
Sábado, 4:20 p. m.

EL TERCER ESCENARIO disipó cualquier duda: no perseguíamos a un asesino impulsivo, sino a un narrador meticuloso, un académico de la muerte que componía su obra cuerpo a cuerpo y aguardaba, paciente, a que nosotros —su audiencia escogida— descifremos la sintaxis de sus actos. Durante las casi tres horas que nos separaban de Stafford, con el motor temblando bajo los pies y el ruido de la sirena perforándome la cabeza, comprendí que el patrón no se detendría hasta que reveláramos cada regla que lo regía.

Maggie conducía como si quisiera soldar las ruedas al asfalto. A su lado, Zach repasaba los protocolos en un susurro monocorde; detrás, Ryan y Maia compartían pantalla enumerando desvíos de tráfico y ventanas de llegada. Nadie comentó la notificación que había hecho vibrar mi teléfono en pleno interrogatorio a Marcus Lind aquella mañana en el hospital de Stafford, cuando, apenas salí del despacho, un número bloqueado me lanzó aquel aviso anónimo: «Interesante charla con el doctor Lind, Julia. Pronto repasaremos tus trabajos inéditos.» Nuestro enemigo iba un paso por delante y disfrutaba de mostrárnoslo.

Richmond exhalaba el aliento tranquilo de un campus decimonónico: robles centenarios, ladrillo restaurado y farolas led

maquilladas de faroles de gas. La casa de Emily Carter, profesora de Literatura Comparada, encajaba con sólida elegancia en ese decorado. Al subir los anchos peldaños de roble, Zach recitó el perfil:

—Cuarenta y dos años, doce artículos indexados, libro en prensa sobre resiliencia postraumática; sin antecedentes, sin hijos, divorciada hace cinco años.

Yo templaba la adrenalina enumerando mentalmente cada paso del protocolo. Ajusté los guantes, empujé la puerta. La casa olía a madera encerada y tinta añeja; por debajo latía un rastro metálico, denso: la sangre aún húmeda en la alfombra.

El estudio —octogonal, forrado de cerezo— recibía una luz crepuscular. Emily no yacía en el suelo: permanecía sentada, con la espalda erguida en un sillón granate. Las arterias radiales habían sido abiertas con cortes limpios; la sangre se había deslizado por la tapicería hasta formar a sus pies una corona oscura. Su cabeza cedía en un ángulo ambiguo, entre súplica y triunfo.

La luz rasgaba el barniz del sillón y, al agacharme, un destello negro me hizo detener la respiración. Bajo la mano derecha de Emily, camuflado entre la sangre ya seca, descubrí un botón de hueso pulido. Su diámetro era idéntico al que hallamos en Gray Hollow; el reverso mostraba restos de la misma resina incolora. Giré la pieza con las pinzas. En el grabado aparecía el número «42». Fotografié la posición exacta, lo introduje en una bolsa de evidencias y sentí que el esquema macabro completaba otro número en la serie.

—El método evoluciona —murmuró Zach, agachándose sin tocar nada—. El asesino realiza su ritual de manera precisa, pero la puesta en escena se vuelve más elaborada.

Tenía razón. El asesino ya no mostraba solo el resultado; citaba sus fuentes. Un círculo de libros rodeaba el sillón, abiertos en capítulos sobre memoria fragmentada y culpa del superviviente. De autores como Herman, Van der Kolk o Neimeyer. Sus páginas más cercanas estaban empapadas en sangre. Teoría convertida en praxis.

De una lámpara colocada como foco colgaba un atrapasueños incompleto. En lugar de espejo, dejaron un peón de ajedrez ennegrecido por el fuego. En el aro, grabado a buril, se leía: «Peón.

Reina. Ceniza». El mensaje perforó mi estómago. El peón era Emily; la reina… ¿Quién? ¿Yo misma? ¿Otra pieza aún no sacrificada?

Neville, el forense, ajustaba su cámara.

—Incisiones de siete milímetros, sin daño colateral; hoja número once. Por la lividez, la sentaron *post mortem*.

Una figura apareció en el umbral. Nathan Carver tenía la corbata floja y el rostro aún lívido. Había tardado porque se quedó en Stafford obteniendo copias de las fotos clínicas que Lind recibía de colegas; necesitábamos comprobar si coincidían con nuestras escenas. Su sombra se alargó sobre el parqué.

—Progresión metodológica notable —dijo con voz analítica—. El ejecutor ya no exhibe trauma; lo contextualiza. Retórica aplicada a la carne.

A Carver se le escapó un titubeo —una pausa antes de decir «violaciones»— que delató que incluso él sentía la presión.

Ryan conectó su portátil a un concentrador de red independiente.

—Conexión segura. Emily usó Memoria Liberada catorce días, picos entre las 2:00 y las 4:00 de la mañana. El interlocutor se hacía llamar «Consultor de Recuperación Avanzada». Índice de personalización 0,87. Alguien afinó cada sesión a su historial.

—¿Coincidencias con los mensajes que recibe Julia? —preguntó Maia, ya junto a la puerta.

—Docenas de patrones idénticos y dos frases calcadas —confirmó Ryan.

Carver cerró su libreta:

—La bibliografía es militante. Quien diseñó esto domina la discusión sobre neuroplasticidad narrativa. O posee doctorado, o falsifica a nivel doctoral.

—Julia, mira esto —susurró Maia.

Sobre un escritorio, entre dos tomos de Sylvia Plath, descansaba un cuaderno de bocetos. Maia había fotografiado su posición; me dio guantes nuevos. Abrí la tapa y encontré docenas de dibujos a lápiz de una niña de ocho o nueve años —ojos desmesurados, expresión disociada— retratada en la misma habitación. En esta había una cama con colcha azul, escritorio con lámpara flexible, cortinas

florales. ¿Mi habitación de la infancia? En cada página figuraban las iniciales: M. L.

El suelo pareció inclinarse. No era una pista; era una violación. Alguien había saqueado mis recuerdos y se los había entregado a una víctima antes de matarla.

—¿Te resulta familiar? —susurró Maia, notando que la sangre me abandonaba el rostro.

—No estoy segura… es un *déjà vu* descolocado —mentí por puro instinto de autopreservación.

Carver, ya a mi lado, hojeó otra página.

—Observación prolongada; la luz varía por estaciones. Registro obsesivo. Julia, ¿segura de que no lo reconoces?

—Marcus Lind —contesté. Las iniciales encajaban.

Zach giró la cabeza.

—¿El psiquiatra al que interrogamos esta mañana?

Asentí; Maia retrocedió, incrédula.

—¿Crees que Emily retrataba a la hija de Lind?

Zach consultaba su móvil.

—Lind impartió en 2022 un seminario llamado Trauma y Creatividad; Emily figura como asistente.

Recordé lo que Lind había confesado esa mañana: colegas le enviaban fotos brutales «para su opinión experta». Llevaba años orbitando estos círculos.

—Coincidencia lingüística del 92 % entre el «consultor» de la aplicación y los artículos de Lind —añadió Ryan—. Es él… o alguien que usa su prosa.

La habitación pareció encogerse, como si las paredes avanzaran un palmo hacia mí.

—Y conoce la dramaturgia policial lo bastante bien como para guiarnos pasillo a pasillo —agregó Carver sin atisbo de admiración.

Sellamos la escena poco después de las seis. El cuaderno fue embalado con prioridad «1». Necesitaba saber que existía fuera de mi mente.

En la ruta de regreso, Maia conducía; Carver ocupaba el asiento a mi lado. Su silencio era el de quien observa a una colega al borde del colapso.

—Julia —dijo al fin—. Cada escena es un capítulo de tesis. Pero el cuaderno… el cuaderno es para ti.

En ese instante, mi consola-espejo —el clon seguro de mi móvil— parpadeó. Memoria Liberada: «Nueva sesión avanzada disponible. Perfil en apertura óptima. Inicio recomendado 2:00-3:00».

Según el Protocolo Espejo, cualquier alerta debía quedar bloqueada y duplicada al laboratorio; hice ambos toques. La pantalla se apagó, pero sentí la vibración fantasma en el hueso del esternón.

El sospechoso dejaba de ser sombra, tenía nombre: Marcus Lind. Y, peor aún, parecía conocer mis cicatrices mejor que yo. Habíamos hablado con él esa misma mañana; ahora se revelaba como autor, editor… y lector privilegiado de mi memoria.

Carver apretó el borde del asiento.

—El perfil cambió. No busca gratificación; compone un tratado académico y personal, contigo en el centro. No eres un número, eres su caso principal.

Lo sabía, pero oírlo me erizó la piel. Los crímenes eran capítulos y el final aún estaba sin escribirse. El peón carbonizado giraba en mi mente. Peón. Reina. Ceniza.

Cuando el SUV entró en Quantico, supe que no dormiría. En menos de seis horas la aplicación exigiría tributo, y el cuaderno de Lind aguardaba en la sala de evidencias.

Entonces vibró mi móvil personal —fuera del protocolo— sobre el salpicadero. Valery Levington me escribió: «Julia, necesito verte. "Corner Café", Triangle. Hoy 20:00. Ven sola». Adjuntó la foto de un expediente sellado con cinta roja. Vi mi nombre garabateado en la portada.

Respondí: «Voy». Quedaban cuarenta minutos, el tiempo justo para respirar hondo, cargar la Glock y decidir cuánta luz arrojar en el ático olvidado de mi memoria.

La noche cambiaba las reglas.

El parabrisas del SUV recogía la lluvia en filamentos plateados que se deshilaban a la velocidad del limpiaparabrisas. Cada barrido dejaba una posdata de silencio, como si el agua quisiera recordar lo que el asfalto prefirió olvidar. Estábamos en el kilómetro 42 de la I-95 y no había ni un alma a la vista.

2018, otoño tardío, Valery Levington llega a Quantico

Los recuerdos aparecen de golpe, superpuestos a la carretera como si alguien los proyectara en el parabrisas. Valery cargaba tres archivadores y un termo color menta; juraba que el café premolido era «el código Morse del cerebro». Yo aún vestía el uniforme de la Academia, la funda de la Beretta me rozaba el costado y el pulso se me disparó cuando la vi atravesar el vestíbulo. No por su belleza evidente, sino por la rapidez con que inspeccionó la sala, tomando nota de cada salida y cada cámara, en menos de dos segundos: puertas, cámaras, líneas de tiro. Era puro instinto de supervivencia: había calculado la ruta de salida antes incluso de sentarse.

—Recluta Stein —dijo, leyendo mi placa—. ¿Sabes qué mata la creatividad? —preguntó sin pausa—. La sobreconfianza.

Depositó los archivadores, abrió el de color granate. Guardaba informes clínicos de veteranos de guerra sometidos a terapias inmersivas. Mi nombre, subrayado en amarillo en la página 37.

—Tu artículo sobre reconstrucción de la identidad tras el trauma es brillante, pero ignora quién financia el experimento —sentenció—. Alguien siempre paga la investigación. Encuentra al patrocinador y sabrás quién mueve los hilos.

Volví al presente justo a tiempo de esquivar un camión cisterna. El rugido del motor fue tan intenso que agarré el volante con ambas manos. El «Vector monetario». Lind, Morrison, Sweetbell. ¿Quién financiaba la orquesta?

Frené en la salida 152-A. El Corner Café se escondía tras un letrero con luces azules parpadeantes. En la guantera encontré la foto de 2018. Nosotras dos en la ceremonia de fin de curso, ella alzando mi mano derecha con gesto de árbitro, como si declarara una victoria que yo misma no veía. Apuntó al pin dorado de la Academia, prendido en mi chaqueta, y dijo: «La cicatriz también es medalla si aprendes a leerla».

Sonreí al recuerdo. Pero la sonrisa murió al ver un Tesla blanco aparcado junto al local. La matrícula era de Maryland, tenía los cristales tintados y el motor estaba en absoluto silencio. No encajaba con el paisaje de surtidores herrumbrosos y camionetas polvorientas.

Bajé. El pavimento soltó vapor al contacto con la llovizna. El cartel del café emitía su parpadeo azulado: COFF E 24 H. Una «E» muerta, como un diente caído. Paré junto a la puerta trasera y palpé el bolsillo interno; el botón se había quedado atrás, era una elección consciente: ese será mi símbolo hoy, no el botón 51.

Empujé la puerta de madera desgastada. El tintineo de una campanilla dio paso a un olor delicioso a canela, a grasa y a filtro de aire viejo. Valery estaba en la penúltima mesa. Llevaba chaqueta de cuero y el pelo recogido. Leía *Neuromarketing del trauma* como quien hojea un menú. Alzó la mirada, y en sus iris verdes vi el reflejo de tres pantallas abiertas y una notificación emergente.

—Llegas a tiempo —dijo, sonriendo—. Siempre pensé que tu puntualidad salvaría vidas. Quizá hoy salve la tuya.

Y cerró el libro, como si bajara el martillo de una subasta.

EL REENCUENTRO

DÍA 3: Corner Café, Triangle, Virginia
Sábado, 8:12 p. m.

—HOLA, cadete de honor —saludó Valery con una media sonrisa mientras dejaba el libro sobre la mesa—. Hace cuatro años que no te veía sin un muro de correos de por medio.

—¿Y sigues usando mi viejo apodo? —respondí, encajando su mano con un apretón rápido.

—Si algo funciona, no lo cambio —replicó, soltando un leve suspiro—. Pero no he venido por nostalgia.

Valery cerró el libro en cuanto me senté y deslizó una carpeta manila sobre la mesa. Abrió la carpeta. Dentro había informes con sellos genéricos, fechados durante mis primeras semanas en Quantico: «Evaluación de respuesta somática, Registro de sueño. Noche 14, Cuestionario de imaginación guiada (fase B del experimento de resiliencia)».

—No autorizaste esto, ¿verdad?

—Ni yo ni ningún supervisor legítimo —susurró, señalando los párrafos—. Miden frecuencia cardíaca en «simulacros personalizados» que no constan en tu expediente; transcribieron conversaciones privadas en la residencia. Todo rotulado como «Datos longitudinales para estudio de resiliencia postrauma».

La náusea me subió con sabor a hierro. Aquello que yo llamaba coraje no era un mérito propio; era un dato más en su hoja de cálculo. Llevaban años aflojando y apretando, a conveniencia, el tornillo de la prensa que rodeaba mi mente.

Valery bajó aún más la voz.

—Revisé expedientes de tu promoción. Al menos cuatro muestran el mismo patrón: trauma infantil, seguimiento sigiloso, asignaciones que replican ese trauma. Esos agentes están muertos, desaparecidos o incapacitados.

Deslizó un *pendrive* negro hasta mi mano.

—Copia cifrada. Dásela a Ryan; si alguien localiza quién saqueó los servidores del Buró, es él. Mañana presentaré la denuncia formal en Washington.

Antes de responder, mis sentidos se tensaron. Al otro lado del local, la doctora Elena Cruz —a quien apenas había saludado en la escena de Daniel Hayes— cerró el libro que fingía leer. Había llegado sin que yo la viera.

Valery siguió el rumbo de mi mirada y se incorporó de golpe.

—Esa mujer no ha venido por casualidad. Pégate a la pared; no le des a nadie la oportunidad de acercarse por tu espalda, Julia.

Se esfumó del café. Vi que caminaba a paso ligero bajo la luz amarillenta de las farolas del aparcamiento, desapareciendo entre los coches. Me quedé con la taza fría y el *pendrive* ardiendo en la palma.

Cruz aguardó tres minutos antes de acercarse; se sentó sin invitación.

—Agente Stein —saludó con un leve asentimiento—. No tema, la cadena de custodia está a salvo; vengo por el cuadro completo.

—Nos vimos hace unas horas, doctora. ¿Va a decirme que mi vida es otro experimento? —espeté, recordándole que nuestra «relación» se limitaba a aquella irrupción.

—No hablo de un complot gubernamental —respondió tranquila —. Llevo cinco años siguiendo una red laxa: psicoterapeutas expulsados, profesores que coleccionan expedientes, mecenas privados fascinados por el trauma. Comparten hallazgos, herramientas y… sujetos de prueba.

—Sujetos como yo.

Asintió.

—Quienes convierten su trauma en desempeño extraordinario son piezas codiciadas; los observan, los documentan y, llegado el momento, los empujan al límite.

Sacó fotos de agentes que yo conocía —Rina Chen, Michael Rodríguez—, muertos en escenarios que reflejaban sus pesadillas.

—¿Dónde encaja Marcus Lind?

—Su tesis sobre la «cartografía ilustrada del trauma» se filtró en simposios; alguien la transformó en método. ¿Mata él? Dudo que se ensucie, pero presta su material; a veces sin saberlo. Esta mañana en Stafford lo vimos rodeado de fotografías clínicas que le envían para «consultas». Tu derivación y la de Gabriel Ruiz hacia su hospital no fue casual.

Me obligué a sostenerle la mirada.

—Dame una razón para creerte.

Sus ojos dejaron ver un dolor decantado.

—Mi hermana Nora. Su expediente fue manipulado igual que el tuyo. Murió en 2009, suicidio «impulsivo». Reconstruí cómo la guiaron a revivir su trauma y documentaron la caída. No dejaré que repitan la historia. Coleccionar pruebas contra esta red es mi vida.

Apoyó los nudillos sobre la mesa.

—Mis fuentes indican que planean una «obra final». Tu perfil aparece con prioridad máxima. El dolor, para ellos, es materia prima; los cuerpos, el lienzo. Tú proporcionas la «resiliencia clave». No es arte oficial, es la afición mórbida de un círculo que comercia con sufrimiento.

—¿Qué quieres a cambio?

—Intercambio real de datos. Yo tengo nombres y cuentas de financiación; tú, un equipo con acceso forense. Exponerlos exige atacar desde dentro y fuera del sistema.

Señaló el *pendrive* de Valery.

—Ábrelo. Verás que parte de tu correo nunca salió de Quantico. Fue redirigido a buzones de esa red. Te leen desde hace años.

Me puse en pie; el peso de estas nuevas informaciones me hundía los hombros.

—Si esto es cierto, mis próximos pasos decidirán cuánto tiempo nos queda.

—Por eso debes moverte rápido —dijo, poniéndose en pie a la vez.

Afuera, parecía una noche cualquiera, pero yo sabía que un coleccionista aguardaba mi colapso. Mientras caminaba hacia el coche, me juré no regalarle ese placer. Si él coleccionaba, yo rompería. El juego empezó sin mi permiso, pero ahora conozco las reglas, y la primera regla de un iconoclasta es clara: romper al coleccionista antes de que él te convierta en pieza.

JUEGO NUMÉRICO

Día 3: Afueras de Triangle, Virginia
Sábado, 10:05 p. m.

Cruz giró el sedán y se adentró en callejones. Valery había desaparecido bajo las farolas del aparcamiento como un fantasma, dejándome con un *pendrive* que pesaba como una granada en mi bolsillo. Me quedé inmóvil junto a la puerta, observando el reflejo distorsionado de las luces de neón en los charcos del aparcamiento. Mi mente era un remolino, un caos de información que luchaba por encontrar un orden.

Valery y sus expedientes robados. Cruz y su red de coleccionistas de traumas. Blackwood y las cintas de mi propia infancia. Tres fuentes de información, tres aliados potenciales, tres posibles trampas. Me sentía como una jugadora de ajedrez enfrentándose a tres partidas simultáneas, sin saber si alguno de los otros jugadores estaba realmente de mi lado.

Cada ascenso, cada caso resuelto, cada felicitación… ¿Cuánto de ello había sido real y cuánto una simple manipulación para moverme a la siguiente casilla del tablero? La pregunta era un vacío que se abría a mis pies, amenazando con tragarme. ¿En quién podía confiar si mi propio historial, mi propia identidad como agente, era una mentira cuidadosamente construida?

Me obligué a respirar, a aplicar las mismas técnicas de anclaje que le recomendaba a las víctimas. «Siente el suelo bajo tus pies. El aire frío en tus pulmones. El peso de tu arma en la cadera». Protocolos. Hechos. Realidad tangible.

Mi teléfono vibró, me sobresaltó. Era un número desconocido. Un mensaje.

«Tengo el expediente "STEIN J." íntegro y un seguro de vida con tu nombre. Estaré a tres millas, polígono Riverside, nave 14-B. Si vienes sola, verás por qué no puedo confiar en nadie más.»

Mi primer impulso, el que me habían taladrado en Quantico, fue ignorarlo. Era un cebo de manual. Pero el mensaje venía acompañado de un archivo de imagen. Lo abrí con los dedos entumecidos. La fotografía mostraba el interior de un coche oscuro; sobre el asiento del copiloto había una carpeta de manila. Y en la etiqueta, escrita a mano con una caligrafía pulcra y familiar, estaba mi nombre: «STEIN, J.». Era la letra de Elena Cruz.

Dudé treinta segundos, que se sintieron como treinta minutos. La parte de mí forjada en la academia gritaba: «Protocolo. Informa. No vayas». Llama a Maggie. Activa al equipo. Establece un perímetro. Pero la voz de Maggie, en nuestra última conversación, ya sonaba acorralada. ¿Y si el sistema al que debía informar ya estaba comprometido? La advertencia de Valery sobre los servidores del Buró resonaba en mi cabeza.

La otra parte de mí, la niña que aprendió a forzar cerraduras desde dentro de un armario, la agente que había encontrado un botón de hueso humano en su chaqueta, susurraba una verdad más peligrosa: «No tienes a quién informar. El sistema está comprometido. Estás sola». Cruz había mencionado información crítica. Esto era un riesgo monumental, pero quedarme quieta, esperar a que las piezas se movieran solas, era un riesgo aún mayor. Era una sentencia de muerte.

Dejé el teléfono de servicio sobre el asiento y saqué la consola-espejo —mi móvil seguro, enlazado con Quantico—. Tecleé una única palabra: «¿Dónde?».

Las coordenadas GPS aparecieron al instante. Un punto a menos de tres millas, en una zona de naves industriales junto al río. Era una

trampa. Lo sabía con cada fibra de mi ser. Pero era la única trampa que me ofrecían, y tenía que ver quién la había puesto.

Encontré a Cruz esperando en un sedán gris al final de una calle sin salida, con el motor encendido y las luces apagadas, una silueta anónima en la oscuridad. Me acerqué con la mano en el arma, barriendo cada sombra, cada hueco entre los contenedores de basura. La puerta del copiloto se abrió desde dentro.

Al subir, el calor del interior del coche contrastó con el fresco de la noche. Olía a café y a la tensión de quien lleva demasiadas horas sin dormir. Noté que sus manos, habitualmente firmes y seguras, temblaban de manera ligera sobre el volante.

—Esto va más allá de lo que pude contarte en el café —dijo sin preámbulos e inició la marcha, alejándose de las luces de la ciudad —. Hay algo personal que necesitas saber.

Condujo por callejones serpenteantes que apestaban a óxido y aceite rancio, y por último se internó en un sendero de tierra apenas visible entre robles. Los faros del coche cortaban la oscuridad, revelando un túnel de ramas que parecía cerrarse tras nosotras.

Mi mano derecha tanteó la pequeña cápsula de polipropileno, donde resguardaba el botón «51». Aun sellado, aquel fragmento óseo me recordaba que seguía siendo una pieza numerada en un juego que aún no comprendía.

—¿Siempre has sido tan paranoica? —pregunté, observando cómo verificaba el retrovisor cada quince segundos.

—Desde que descubrí que mi hermana Nora no se suicidó — respondió con la voz tensa y desprovista de emoción—. Y desde que me di cuenta de que me había convertido en un objetivo de la misma red que la mató.

Su «lugar seguro» era una casita de tablones astillados, al final de un camino de grava, con el jardín devorado por la maleza y las ventanas oscuras. Parecía un lugar que el tiempo había decidido olvidar. Un escondite perfecto.

Dentro, la sala era un quirófano documental. Me quedé paralizada en el umbral, abrumada por la escala de su obsesión. Mapas empapelaban una pared entera, punteados con alfileres de colores que conectaban ciudades y fechas con un entramado de hilo rojo. No eran simples mapas. Eran ecosistemas de violencia, tableros de corcho donde se superponían informes forenses, recortes de prensa y fotos satelitales. Vi notas escritas a mano, diagramas de flujo que conectaban un suicidio en Seattle con una sobredosis en Miami, todo unido por el fino hilo rojo de la manipulación psicológica. Archivadores metálicos grises se alineaban con precisión militar contra la otra pared, etiquetados con fechas y códigos alfanuméricos. Olía a una mezcla densa de cartón húmedo, tinta añeja y el leve tufo eléctrico de un ventilador viejo que removía el polvo sin llegar a limpiarlo.

Cruz cerró tres cerrojos en la puerta y se apoyó contra ella, como si quisiera contener al mundo exterior.

—Aquí no llegan oídos ajenos —declaró, y me guio hasta un archivador metálico que destacaba del resto. Requirió dos llaves distintas para abrirlo. Al hacerlo, emergió una carpeta gastada, cubierta de cinta de embalar—. Esto es personal, Julia. Y explica por qué sé tanto sobre tu caso. Y sobre el mío.

La carpeta contenía documentos fechados en 2016: pruebas de estrés psicológico, gráficos de neuroimagen, transcripciones de sesiones «terapéuticas». Encabezando cada lote, un logotipo que no reconocí: MindBridge Solutions.

—MindBridge era la versión experimental de Memoria Liberada —explicó Cruz, su voz era ahora un susurro cansado—. Se promocionaba como una herramienta de autoterapia de vanguardia para profesionales del orden público, militares, cualquiera expuesto a un alto nivel de estrés. En realidad, era una sofisticada operación de recolección de datos. Recopilaba perfiles de trauma y los subastaba en foros privados a inversores clínicos sin escrúpulos, fundaciones y… coleccionistas.

Se frotó las sienes, un gesto de agotamiento profundo.

—Yo era agente en la Unidad de Delitos Contra Menores. Mi historial encajaba a la perfección con sus criterios de selección:

trauma infantil documentado pero superado, estrés postraumático controlado, alta funcionalidad… Para ellos, yo era una mina de oro. Un espécimen perfecto.

Mi perfil coincidía punto por punto. El programa de Sweetbell, la Academia, mi carrera… todo encajaba.

—Fui sujeto de observación durante dieciocho meses sin saberlo —continuó—. Me ofrecieron participar en estudios sobre resiliencia. Sesiones «gratuitas» de evaluación cognitiva, meditación guiada que, en realidad, medía mi umbral de disociación… Cuando descubrí que mis datos, mis miedos más profundos, circulaban en el mercado negro, intenté denunciarlo.

Su voz se endureció, afilada por el recuerdo de la impotencia.

—Los servidores de MindBridge desaparecieron en veinticuatro horas. Los fundadores se disolvieron en una red de pseudónimos y empresas fantasma. El FBI abrió una investigación que se cerró por «falta de pruebas». Desde entonces, he dedicado mi vida a rastrear a quienes compraron esa base de datos. A entender su red.

La miré, y por primera vez no vi a la doctora enigmática y calculadora, sino a una compañera de trinchera. Otra superviviente marcada por la misma cicatriz invisible. El mismo perfil. El mismo dolor reconvertido en una funcionalidad casi inhumana para poder seguir luchando.

Revolvió en otra carpeta y sacó un listado.

—Estos son registros de transacciones recientes de la *dark web*. Tu perfil completo, todo tu historial, aparece referenciado seis veces en los últimos dos años. Para ellos no eres la agente Stein. Eres el «Sujeto 51».

—El mismo número del botón —susurré, y la conexión me golpeó con fuerza física.

—Exactamente. Cada compra de tu expediente enlaza con una célula distinta de La Red. La Red —así llamamos al mercado clandestino que comercia con perfiles de trauma—. No obedecen a una jerarquía central, pero comparten metodología, recursos y un mercado de datos.

—¿Quiénes son los compradores finales?

—Hay de todo. Fundaciones pantalla que investigan el trauma con fines poco éticos, coleccionistas privados fascinados por la psicología de la supervivencia… y un consorcio que siempre firma sus adquisiciones como «El Catálogo». Tu expediente aparece en su lista interna bajo la categoría de «Piezas Maestras».

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo saqué con desconfianza. Mensaje de Valery. «La Dra. Cruz no es quien dice ser. Juega en ambos bandos».

La doctora-detective. El momento era demasiado perfecto, una jugada de desinformación de manual. Guardé el teléfono sin decir nada. Otra pieza en el tablero, otra decisión que tomar.

—Cruz, tu palabra vale únicamente si sobrevive a una verificación. ¿Tienes algo más sólido que me demuestre que no eres parte de su juego?

—Por supuesto. —Abrió otro cajón y extrajo una serie de fotos de crímenes—. Escenas que esa red clandestina —el mercado ilegal de perfiles de trauma— ha perfeccionado durante años. La evolución de su arte.

Las imágenes eran nauseabundas. Cada una con un número en rojo pintado en la escena: «07», «19», «34», «42…»; «Sarah, #11»; «Daniel, #37»; «Emily Carter, #42». El patrón no era lineal. Era una selección cuidadosa.

—Tú eres oficialmente el «Sujeto 51». Faltan pocos números para que alcancen su «obra maestra final».

Justo en ese momento, el débil sonido de un motor que se acercaba rompió el silencio de la noche. Cruz se abalanzó hacia la ventana y atisbó a través de un hueco en la persiana.

Un SUV negro había frenado con brusquedad frente a la casa. Tres figuras vestidas con ropa táctica y pasamontañas se desplegaron con una eficiencia militar. Eran mercenarios. Profesionales.

—Ya están aquí —susurró Cruz, su rostro era una máscara de fría determinación.

Me entregó una mochila táctica que ya tenía preparada junto a la puerta.

—Estas carpetas son tu póliza de seguro. Toda mi investigación. Si me capturan, sigue adelante. Gabriel Ruiz conoce las contraseñas de los antiguos servidores de MindBridge.

—Esta mañana lo visité y charlamos un minuto; estaba consciente, incluso se quejó de la comida del hospital. Pero a media tarde sufrió otro bajón. Presión por los suelos, arritmia. Y los médicos decidieron sedarlo de nuevo y dejarlo en observación intensiva.

—Despertará —replicó Cruz—. Ese colapso fue, en parte, una jugada suya: necesitaba tiempo y la excusa perfecta para quedar bajo vigilancia segura. Confía en él.

El primer martillazo contra la puerta hizo que toda la casa vibrara.

—¡Agente Stein! —gritó una voz desde afuera—. ¡Solo queremos conversar!

El tono era extrañamente calmado, casi amable, lo que lo hacía muchísimo más aterrador.

—¿Salida posterior? —pregunté, con la adrenalina inundando mi sistema.

Cruz señaló un dormitorio al fondo del pasillo.

—La ventana da al bosque. Si me capturan, no intervengas. Tu única carta es demostrarles que expondrás todo si me eliminan. Es la única garantía de que me mantendrán con vida.

Mi instinto de agente, mi lealtad, me gritaba que la sacara, que lucháramos juntas. Pero mi entrenamiento táctico entendía su lógica perversa. Viva y con la información en mi poder, yo era una amenaza para ellos. Muerta, solo era otra estadística. Dejarla atrás era la única jugada táctica que garantizaba que ambas tuviéramos una oportunidad. Fue la decisión más fría y difícil de mi carrera.

Corrí hacia la ventana del dormitorio y la abrí de una patada. Aterricé sobre la tierra húmeda del exterior. Me deslicé bajo un seto denso y crucé al patio vecino justo cuando escuché cómo la puerta principal cedía con un estrépito de madera astillada. Los gritos de Cruz mientras la sometían llegaron amortiguados pero claros.

—¡No se resista, doctora! ¡Solo queremos hablar!

El sonido de una lucha. Un grito ahogado de dolor. Luego, un silencio ominoso.

Corrí entre las ramas, con el corazón acelerado, siguiendo unas pequeñas cintas fosforescentes que Cruz había dejado atadas a los árboles, una ruta de escape planificada con meses de antelación. Veinte minutos después, la arboleda terminó en la carretera local 604. Recordé sus últimas palabras antes de que entráramos: «Si todo sale mal, corre hacia la 604. Hay un coche de huida en el antiguo apartadero. Las llaves están bajo el asiento del conductor». No era suerte. Era su paranoia, su meticulosa planificación, lo que me estaba salvando la vida. Encontré el viejo Ford sin dificultad.

Mientras arrancaba el motor, que tosió antes de cobrar vida, mi teléfono vibró. Era un MMS. La imagen me heló la sangre: Cruz en el suelo del salón, con sangre en la sien, claramente golpeada, pero respirando. Los tres hombres de negro la estaban cargando en una camilla improvisada. El texto era conciso:

«La doctora necesitaba atención médica urgente. La estamos trasladando a un lugar seguro para su recuperación. Si valoras su vida, mantén silencio sobre esta noche. Tienes 48 horas para decidir tu próximo movimiento. El Catálogo».

Era una amenaza velada como oferta de negociación. La habían herido durante la captura, lo suficiente para justificar un «traslado médico» que podría terminar en cualquier parte… o en ninguna.

Miré el reloj del coche: «11:15 p.m.» Primero, necesitaba un lugar seguro para analizar el contenido de la mochila. Luego, necesitaba que Ryan descifrara el *pendrive* de Valery.

El coche devoraba el asfalto. En mi mente, las piezas del rompecabezas empezaban a formar una imagen: Cruz capturada pero viva, usada como moneda de cambio. Gabriel fingiendo estar peor de lo que está para protegerse. Y en algún lugar, Marcus Lind seguía siendo el sospechoso perfecto… quizá demasiado perfecto.

Me aferré a la mochila. Contenía el registro de cada cicatriz que La Red había coleccionado. Y tal vez, la llave para que no coleccionaran ninguna más. Si querían su obra maestra, tendrían que enfrentarse a mí en mi propio tablero. Y yo siempre juego para ganar.

EL HOSPITAL Y LA TRAMPA

DÍA 3: En ruta, Virginia
Sábado, 11:16 p. m.

EL FORD AVANZABA por la 604; el motor vibraba con un ronquido que llenaba la cabina mientras avanzaba rumbo a Richmond, obsesionada con localizar a Cruz. Dentro olía a vinilo gastado y aceite recalentado: un recordatorio áspero de que seguía al mando. Cada parpadeo me devolvía la imagen de Elena, la sien ensangrentada, arrastrada por aquellos hombres. Dejarla fue la única jugada con un mínimo margen de supervivencia para las dos, pero el paladar seguía cubierto de un amargor a ceniza que no se disipaba.

ERAN las 11:21 p. m. y la 604 se estrecha entre pinares que, a estas horas, parecen negros bajo la noche cerrada. El haz de los faros rebota en los guardarraíles empapados y esculpe figuras que se deshacen antes de que mi mente alcance a nombrarlas. Cada cien metros, un reflector roto convierte la oscuridad en abismo; el velocímetro marca 67 mph, pero el tiempo parece dilatarse como caucho caliente.

Pienso en la primera vez que conduje sola de noche: Fort Bragg a Quantico, noviembre de 2014, 400 km con una daga de culpa clavada en el esternón. Entonces, aprendí que la carretera es un confesionario sin cura. Estás solo tú, tu respiración y la cinta asfaltada pidiendo sacrificios.

A las 11:25 p. m. Ryan envía un «OK» cifrado: subred limpia, espejo estable. Respiro. El dron con cámara térmica sobrevuela cinco kilómetros por delante y envía la imagen que se superpone en el HUD: siluetas vacías, cero calor humano. Sin embargo, mi instinto cosquillea. Algo, o alguien, nos observa desde un lugar que todavía no existe en el mapa.

Recito la letanía de Maia: ver, oír, oler, saborear, tocar.

«Ver»: pinos erguidos como lanzas.

«Oír»: ruedas sobre grava suelta.

«Oler»: ozono y brea húmeda.

«Saborear»: café requemado, cobre.

«Tocar»: la empuñadura rugosa de la Glock contra la cadera.

—No duermas, Ford —susurro como si el coche fuera un compañero de patrulla.

A las 11:35 p. m., al fondo aparece la gasolinera abandonada de Oak Hollow. Había tres surtidores oxidados, marquesina desplomada. El GPS insiste en que siga recto, pero la corazonada ruge como motor V-8. Freno, luz intermitente, meto segunda. Luces largas. El letrero muerto rezaba «LIVE SAFE» —«Vive seguro»—, ironía perfecta.

Descubro huellas recientes en el barro; neumáticos anchos, como en una huida precipitada. Alguien repostó aquí hace menos de una hora. Bajo del Ford, con la linterna a la altura del pecho y el arma apuntando al frente. El silencio es tan denso que cada gota de lluvia resuena como un casquillo.

El interior de la tienda huele a moho y plástico quemado. Encuentro envoltorios de compresas militares —marca del hospital de Sweetbell—y un tapón de sangre, ya marrón, sobre el mostrador. Grupo O negativo, sonríe mi cerebro forense. Lind tiene ese tipo de sangre; también Elena Cruz.

Sobre la caja registradora, un recibo arrugado que indicaba «00:47 h», pago en efectivo. Detrás, una cámara CCTV destrozada a culatazos, pero el disco duro late todavía. Desmonto la carcasa, guardo el SSD en una bolsa antiestática. Ryan lo exprimiría como un limón hasta sacarle la firma térmica del intruso.

Un crujido afuera. Cuando me giro, no encuentro nada. El viento agita la verja y canta un chirrido que me rasga el tímpano. Mi sombra, alargada por la linterna, parece la de otra persona. Hombros más anchos, decisión más pura. No eres Richard; eres Julia reescrita.

Recojo una cajita metálica tirada junto al surtidor 3: pastillas B-Z (bromazilona militar). Se trata de un bloqueador de memoria a corto plazo. Si quien firma como "Nick" lleva bloqueadores de memoria, pretende que ningún testigo recuerde nada: el mismo método que usaba en Sweetbell. El hallazgo hace chispa con una idea: si el verdugo teme recordar, la víctima debe obligarlo a mirar.

A las 11:41 a. m., regreso al Ford. El dron muestra un punto de calor naciendo en sentido opuesto. Faros gemelos; distancia 2,4 km y acortando. Enciendo el motor. Giro y acelero.

Los walkie-talkies piratas crepitan entre chasquidos de estática: «Péndulo». Esa es su palabra clave cuando cambian de fase. El libreto sigue siendo suyo; el escenario, desde ahora, lo reescribo yo. La carretera admite muchas verdades; yo solo necesito una para vivir.

La mochila táctica de Cruz ocupaba el asiento del copiloto, compacta y cargada con años de su propia obsesión. En cierto modo, también con la mía. Palpé mi chaqueta. Allí llevaba tres *pendrives* conseguidos en solo dos días. El azul, cortesía de Valery, abarrotado de expedientes clandestinos de la Academia. El pendrive rojo que Cruz me pasó antes del tiroteo contiene —según ella— todas las rutas de financiación de La Red.

Y el transparente, el que Ryan volcó hace apenas unas horas, con los archivos cifrados que Alan Ferguson envió por canal seguro tras su llamada. Tres jinetes del «apocalipsis digital»; juntos contenían más pólvora que la Glock descargada que dormitaba en el

fondo de mi mochila de agente, reliquia de un reglamento que esta noche había quedado obsoleto.

«Tienes 48 horas». El mensaje del Círculo Numérico era un reloj de arena digital. Pero no podía esperar. Cuarenta y ocho horas era tiempo suficiente para que movieran a Cruz a un agujero negro del que nunca saldría. Tiempo suficiente para que Marcus Lind, el peón o el rey en este juego, desapareciera. O para que el asesino encontrara a su próxima víctima.

«Siempre corriendo, Julia. Nunca enfrentando».

La voz de Richard era un veneno, un susurro que se enroscaba en mi agotamiento.

—Cállate —murmuré a la cabina vacía.

No estaba corriendo. Estaba reposicionándome.

En una zona con mejor cobertura, detuve el coche en el arcén y saqué mi teléfono móvil. Accedí a una base de datos de centros médicos privados que usábamos para casos delicados. Si iban a «trasladar» a Cruz para «atención médica urgente», no la llevarían a un hospital público del condado. Necesitarían un lugar discreto, controlado.

Filtré por clínicas privadas con alas de alta seguridad en un radio de treinta millas alrededor de la zona de la captura. Tres resultados. Uno de ellos, la Clínica Zaragoza al sur de Richmond, tenía en su junta directiva a un nombre que activó todas mis alarmas. Un inversor vinculado a una de las fundaciones pantalla que Cruz había mencionado en su refugio. Era una posibilidad remota, una corazonada nacida de la desesperación, pero era la única que tenía.

Maldije en voz baja. Regresar a Richmond era arriesgado, pero dejar a Cruz en manos de Lind —o de la gente que lo respaldaba— era peor. Abrí la aplicación de transporte. La red podía estar vigilada, pero seguir en el Ford equivalía a pasear con una diana luminosa en el techo. Solicité un coche limpio para el último tramo. El primer conductor aceptó sin hacer preguntas mi destino: 2012 Cary Street, un polígono casi abandonado donde pensaba cambiar otra vez de vehículo y borrar huellas.

En cuatro minutos llegó un taxi. El chofer, un cincuentón con cara de haber conducido toda su vida, ni siquiera levantó la vista cuando

le di la dirección. Perfecto, cero curiosidad.

El GPS marcó cuarenta y ocho minutos. Un universo de tiempo para que la paranoia floreciera. Mientras las luces de la autopista se convertían en un borrón hipnótico, mi mente buscaba conectar los puntos. El mensaje de Valery seguía vibrando en mi memoria: «La Dra. Cruz no es quien dice ser... No confíes en nadie del equipo». ¿Era una advertencia genuina o un intento de La Red para aislarme aún más? ¿Y Gabriel Ruiz, fingiendo un coma para protegerse? Tenía sentido. Era una jugada que yo misma habría considerado. «Confía en las manos que tiemblan», había dicho. ¿Las de Maia en el hospital? ¿Las de Blackwood al hablar de su hijo? «Desconfía de las que permanecen seguras» —me advirtió Carver—; sus manos nunca temblaban.

A las 11:48 p. m., el taxista me dejó a una manzana del destino. La calle Cary, alumbrada por farolas moribundas que parpadeaban como velas a punto de extinguirse, parecía un cementerio industrial. El aire olía a metal oxidado y a lluvia inminente. Pero mi objetivo no era el Almacén 12, el lugar de la cita de medianoche. Era una trampa, lo sabía. Una distracción. Mi objetivo real era el Hospital Zaragoza, tres calles al norte.

La clínica era una fortaleza de cristal tintado y ladrillo moderno, un edificio de aspecto discreto que gritaba «dinero y secretos». Entré por la puerta de urgencias, con la placa del FBI en la mano, proyectando una autoridad que apenas sentía.

—Agente Stein, FBI. Busco a una mujer que ingresó por una herida en la cabeza hace aproximadamente una hora. Se llama Elena Cruz.

La recepcionista, una joven cuyos ojos delataban el aburrimiento del turno de noche, revisó su sistema con desgana.

—Habitación 214 —dijo al fin—. Pero está bajo custodia privada. Hay dos guardias en la puerta. No se permiten visitas.

—¿Órdenes de quién?

—Del doctor Marcus Lind. Figura como su médico responsable.

Mi sangre se heló. Lind. Por supuesto. La había llevado directamente a su territorio.

Subí por las escaleras, evitando el ascensor. En el pasillo silencioso del segundo piso localicé a los dos hombres. Eran corpulentos, vestían trajes baratos que no conseguían ocultar el entrenamiento. Custodiaban la puerta 214. Me acerqué con la seguridad calculada de una agente federal en su jurisdicción.

—FBI. Necesito ver a la paciente.

—Órdenes estrictas —gruñó el más alto, sin apartarse—. Nadie entra.

Mi móvil vibró. Mensaje de Valery L.: «Acabo de ver a Lind entrando al Zaragoza por la puerta de servicio. Ten cuidado. Tercera víctima confirmada en Richmond: Thomas Reed, músico. Gabriel despertó hace una hora; finge seguir sedado por precaución. No confíes en nadie del equipo».

Los guardias se tensaron cuando di un paso más.

—Un momento —dije, levantando una mano y retrocediendo—. Necesito hacer una llamada de confirmación.

Me alejé por el pasillo, fuera de su alcance auditivo, y marqué a Maggie. Sabía que su línea podía estar comprometida, pero necesitaba que supiera dónde estaba. Era mi única póliza de seguro.

—Estoy en el Hospital Zaragoza. Cruz está aquí, herida pero estable. Y Marcus Lind la tiene bajo custodia.

—¿Lind? —La voz de Maggie se endureció—. Julia, sal de ahí ahora mismo. No te muevas. Envío refuerzos.

—No hay tiempo, Maggie. Y no puedes enviar a nadie, no es seguro.

Pero no podía esperar. Volví hacia la habitación justo cuando una alarma de incendios comenzó a sonar, un chillido que rompió la calma del hospital. Los guardias miraron confundidos hacia los aspersores del techo. Era mi oportunidad. En medio de la confusión, mientras las puertas se abrían y los dos guardias corrían hacia el panel de incendios, me deslicé pegada a la pared y entré en la habitación 214.

Cruz estaba en la cama, conectada a un goteo y a monitores que pitaban suavemente. Un vendaje limpio cubría su sien izquierda. Estaba consciente, pero noté sus ojos vidriosos por los sedantes.

—Julia… —susurró, y el esfuerzo pareció costarle todo—. Lind… no es… solo él…

—¿Qué quieres decir, Elena?

—Manipulado… como todos… el verdadero… está más cerca…

La puerta se abrió de golpe. Marcus Lind entró, no con bata médica, sino con ropa de calle. Sus ojos, normalmente tranquilos y analíticos, ahora estaban desorbitados por el pánico.

—¡Agente Stein! ¡Tiene que salir de aquí! ¡No es seguro!

—¿Por qué la tiene bajo custodia, doctor? ¿Por qué figura como su médico?

—¡Porque alguien quiere matarla! ¡Y a mí también! —Su voz estaba al borde de la histeria—. Recibí una llamada anónima. Me dijeron que si no la protegía, si no la mantenía aquí, yo sería el próximo. Me enviaron fotos de mi consultorio, de mi casa… ¡Soy un peón, agente! ¡Todos somos peones en su juego!

La alarma de incendios cesó tan abruptamente como había comenzado. En el silencio repentino, escuchamos pasos decididos que se acercaban por el pasillo.

—Váyanse —susurró Cruz con una urgencia renovada—. Ambos. Es una trampa para los dos.

Lind y yo intercambiamos una mirada. Por primera vez, vi en él no a un maestro manipulador, sino a otro profesional aterrorizado, atrapado en una red que no comprendía.

—Hay una salida de emergencia al final del pasillo —dijo Lind rápidamente—. La usé para entrar sin ser visto.

Salimos justo cuando los «guardias» entraban en la habitación.

En la escalera de emergencia, que olía a metal y a polvo, Lind jadeaba, intentando recuperar el aliento.

—Llevo meses recibiendo «sugerencias» anónimas sobre casos. Casos que encajaban en mi investigación. Pensé que era colaboración académica de colegas. Pero después de lo de Emily Carter… me di cuenta de que me habían estado usando. Me estaban alimentando con información para que construyera el perfil que ellos querían.

—¿Quién le enviaba esas sugerencias?

—Firmaba sencillamente como «Nick». Al principio pensé que se trataba de Nicholas, un colega de Baltimore con quien había perdido el contacto, pero cuando lo llamé hace dos días me dijo que no tenía idea de lo que le hablaba.

Otro alias, otro fantasma.

Mi teléfono de servicio, que había vuelto a encender, vibró. Una llamada entrante de la Policía de Richmond.

—Agente Stein, habla el sargento Davis. Tenemos otra escena. Thomas Reed, músico de veintiocho años. La firma es idéntica a sus casos anteriores. Y hay algo más… encontramos el nombre del doctor Lind escrito con sangre en la pared. Pero el forense dice que la sangre tiene al menos doce horas. Reed murió hace menos de dos.

Miré a Lind, que se había puesto pálido como un muerto. Alguien lo estaba incriminando en tiempo real, con una premeditación escalofriante.

—Doctor, necesita desaparecer. Ahora mismo. Es el chivo expiatorio perfecto.

—¿Y Cruz?

—Yo me encargo de ella. Váyase. Y manténgase oculto hasta que esto termine.

Lind asintió, con los ojos llenos de un terror que no necesitaba fingir, y desapareció escaleras abajo, convirtiéndose en un fugitivo.

Volví sigilosamente a la habitación 214. Los falsos guardias se habían ido. Se habían llevado a Cruz. Pero sobre la almohada dejaron una nota:

«La doctora ha sido trasladada para su seguridad. Si quiere verla con vida, venga sola al almacén original. Medianoche. Traiga los tres *pendrives*. El número 13 ya está pintado. No permita que Lind sea el 14. El Círculo se cierra».

Miré mi reloj: 11:56 p. m. Cuatro minutos. La cita en Cary Street. Era una trampa obvia. Pero Cruz estaba viva, Lind estaba siendo incriminado, y yo tenía las únicas pruebas que podían detener esto.

Mientras corría por las escaleras de servicio hacia la calle, una certeza cristalizó en mi mente: Marcus Lind no era el titiritero. Era otra marioneta, más elaborada que las demás, diseñada para que

todos lo persiguiéramos a él. Y el verdadero maestro seguía oculto, moviendo los hilos desde una distancia segura.

Cuatro víctimas confirmadas. Y yo estaba corriendo directamente hacia lo que podría ser la número cinco… o la liberación final de esta pesadilla.

LA GALERÍA DE LOS ECOS

DÍA 3: Almacén 2012 Cary St., Richmond
Sábado, 11:57 p. m.

El taxi gris se alejó en cuanto descendí, a tres manzanas del almacén; el taxi desapareció calle abajo y sentí cómo la lluvia menuda apagaba los últimos restos de calor del capó. Saqué la Glock y comprobé la recámara. Los tres *pendrives* —el azul de Valery, el rojo de Cruz y el transparente que Ryan copió con los archivos de Ferguson— repicaron dentro del bolsillo con cremallera de mi cazadora. Cada uno albergaba verdades capaces de incendiar una carrera, incluso una vida. Me ajusté la capucha, inhalé el olor rancio de vinilo y aceite, y avancé hacia el edificio.

Un candado abierto colgaba de la verja, oscilando al compás del viento. Tras él, la puerta de acero estaba ligeramente entornada y exhalaba un aliento inconfundible de desinfectante industrial mezclado con vainilla artificial: dulzor que prometía cualquier cosa menos limpieza moral. Empujé con la mano izquierda y entré en un vestíbulo detenido en otra década. El linóleo estaba cuarteado, había archivadores corroídos y un mostrador cojo. Sobre dos puertas macizas, un cartel recién atornillado brillaba con pintura negra: «GALERÍA DE EXHIBICIÓN». Empujé unas hojas y traspasé el umbral.

La gigantesca nave interior estaba bañada por luz de quirófano. El silencio se imponía.

Apenas di un paso, advertí una abertura lateral, un corredor que no figuraba en los planos de inspección. El aire allí se sentía más frío y olía a algodón húmedo. El pasillo se curvaba en suave espiral y las paredes sostenían decenas de mascarillas quirúrgicas enmarcadas en metacrilato, cada una con una placa: número, iniciales, fecha. El tejido, amarillento o manchado, parecía chirriar en seco cuando me acercaba; era el sonido que produce la memoria al congelarse.

Me detuve en la mascarilla «03», «Jacqueline Pierce», «1999». El interior olía a trementina rancia. Dos pasos más y apareció «11», «Sarah Mitchell», «2024» —la artista a la que yo misma había encontrado tendida sobre una lona—. El escalofrío que me cubrió no era simple empatía, era reconocimiento. Avancé, contando golpes de corazón. Al llegar a la mascarilla treinta y cuatro, la tela estaba intacta, pero alguien había dibujado sobre ella un electrocardiograma verde, detenido a media sístole; tres puntos rojos marcaban la parada. En la etiqueta se leía «E. A.–Pte». Viva aún, o reservada para la próxima función. Saqué el móvil y tomé una foto. Sabía que ese número me alcanzaría más adelante.

Al final del pasillo, un panel táctil emergía de la pared. Cuando posé la mano, la pantalla mostró el bastidor «51» —vacío—, palpitando en ámbar, y luego se oscureció. Tuve la certeza de que el sistema me reconocía tanto como yo a él.

Regresé a la nave principal sin apartar la vista del pedestal central, donde un marco gris esperaba alzado sobre acero inoxidable. Frente al pedestal estaba Elena Cruz. Tenía la cabeza gacha y una vía en la vena, su respiración era profunda por efecto del sedante. A un metro, una grabadora de casete y una caja de cartón con rotulador: «Empieza por el principio–N». Abrí la tapa, introduje la cinta rotulada como «51–Primera sesión» y presioné REPRODUCIR.

—¿Cómo te llamas? —preguntó una voz masculina, grave, sin la pátina metálica de la aplicación.

—Julia —respondió una voz infantil que me heló la médula.

—Te daré un número. Cincuenta y uno. Recuérdalo.

El pulso se me disparó y la sala se contrajo. Nick no se limitó a explotar un trauma, lo había sembrado con mi consentimiento infantil.

Un estruendo metálico cercenó la revelación. Puertas de acero echándose encima con un ¡clang! que retumbó sobre el hormigón. Las luces viraron a rojo y un silbido serpenteó desde las rejillas del techo. El olor dulzón a almendra amarga —ácido cianhídrico—, me devolvió horas de laboratorio. Una voz sintética salió de un altavoz escondido, modulada hasta resultar inhumana.

—Bienvenida, número cincuenta y uno. Las puertas se abrirán cuando termine la exhibición… o cuando el aire se consuma.

Mis piernas se movieron antes de la orden consciente; localicé un panel gris con la leyenda «OVERRIDE MÉDICO», rompí la tapa acrílica con un golpe de la culata de mi Glock y accioné la palanca. Un relé soltó un chasquido seco.

—Protocolo de evacuación activado. Apertura en sesenta segundos.

No era tiempo suficiente para registrar toda la nave, pero sí para acopiar pruebas críticas. Deslicé la silla de Cruz tras una columna maciza de hormigón —el punto más cercano a la única corriente de aire fresco que sentí— y me lancé por un corredor secundario.

La primera estancia recreaba un despacho de psiquiatría con una fidelidad obscena: diván de cuero impecable, alfombra persa sin polvo, una credencial enmarcada de «Marcus Lind, MD».

Sobre el escritorio, un portátil abierto mostraba a Lind charlando con una figura ennegrecida cuya voz procesada reconocí como Nick. Discutían, con tono académico, la manera exacta de convertir a Thomas Reed en cebo vivo para el FBI. Un temporizador destellaba, cinco minutos en cuenta regresiva. El sistema de aspersión comenzó a rociar un líquido cristalino con olor a éter. El mensaje en pantalla era un ultimátum: « Deja los pendrives y saca a la doctora… o descúbrelo cuando el agente químico de limpieza empiece a arder».

Respondí tomando capturas y arrastrando el video a mi *pendrive* transparente. En el cajón hallé un *dosier* titulado «Transferencia de culpa–Dr. Lind». Detallaba cómo falsificar su voz, adulterar recetas, enlazarlo contablemente con las víctimas. Fotografié cada página.

Mi móvil vibró. Mensaje anónimo: «Has visto demasiado. Únete a la colección». Al mismo tiempo, las cerraduras se rearmaron y el cronómetro saltó a noventa segundos.

Una chispa automática prendió el líquido derramado; el fuego se deslizó por la moqueta, silencioso.

Cargué a Cruz sobre los hombros en un movimiento aprendido en la Academia, giré y corrí por el pasillo con las llamas chupando el oxígeno detrás. Golpeé la salida de emergencia con todo mi peso; la hoja cedió un instante antes de que el despacho ardiera.

El bochorno me golpeó la espalda y caí sobre la grava húmeda, pero mantuve a Cruz protegida bajo mi torso. Una lluvia de fragmentos llameantes aterrizó a medio metro de nuestros pies.

Rodé hasta la sombra de un contenedor, respiré despacio y marqué el número directo de Maggie Holt.

—Incendio provocado en Cary Street. Cruz está viva. Encontré material que demuestra que Lind es señuelo. Necesito ambulancia y forense.

No hubo titubeo en su respuesta.

—En ruta.

Las sirenas no tardaron en poblar el aire con su lamento azul. Cuando el primer camión dobló la esquina, capturé la imagen de las llamas devorando la galería; luego revisé el móvil: la pantalla astillada aún mostraba la foto del bastidor 51, vacío, parpadeando en una promesa que ya no era amenaza, sino detonante.

Quince minutos después respiraba oxígeno medicinal dentro de la ambulancia. Dormité dos horas, y mi sueño profundo fue interrumpido por destellos de máscaras numeradas.

A las ocho en punto, Diane Morrison reclamó al equipo completo. El enemigo había sacrificado un museo entero para borrar huellas, pero la partida continuaba y, por primera vez, yo tenía sus piezas catalogadas. Una galería de ecos, dispuesta a quebrarse si los *pendrives* correctos llegaban a la luz.

INTERROGATORIO CRUZADO

DÍA 4: Centro de Operaciones, Quantico
Domingo, 8:00 a. m.

LA DOCTORA ELENA CRUZ pasó la noche estabilizada en la UCI de Richmond —contusión craneal y leve intoxicación por humo, sin daños neurológicos permanentes— y permanece bajo custodia federal. Las imágenes de la «Galería de Exhibición», el vídeo que muestra a Lind dialogando con la voz enmascarada de Nick y las fotografías de las mascarillas numeradas fueron descargadas al servidor protegido de Ryan; las copias físicas (pendrives azul, rojo y transparente) quedaron precintadas en la caja fuerte de Evidencias Especiales, firmadas por Holt y por mí. Solo entonces sentí que teníamos, al fin, una baliza contra el vacío.

Al mismo tiempo, Holt activó un perímetro de búsqueda para Ruiz: patrulla aérea del estado en la I-95, aviso a hospitales privados y rastreo de la última señal biométrica de su brazalete. «Si aparece un solo bit nuevo sobre él, interrumpimos lo que sea», sentenció.

Antes de salir hacia la reunión con Morrison, recibí el parte de Stafford: Gabriel Ruiz seguía en la UCI, bajo custodia de dos alguaciles federales. Los médicos prevenían «unas horas críticas», pero hablaban ya de un posible despertar en un lapso de entre veinticuatro y treinta y seis horas. Aun así, al cruzar el umbral del cuartel intuí que Morrison ya había olfateado nuestro cansancio.

El domingo había amanecido con una tensión palpable en el aire. Morrison había establecido su base de operaciones en la sala de conferencias A y la había transformado en una sala de interrogatorios improvisada, un territorio hostil en nuestro propio cuartel general. Había convocado a todo el equipo para entrevistas individuales, empezando a las ocho en punto. La precisión militar del horario, en un domingo, era un mensaje claro. Esto era una cacería.

Fui la segunda en ser llamada, después de Ryan. Cuando salió de la sala, su rostro, habitualmente animado, estaba pálido y tenso.

—Ten cuidado —murmuró al pasar—. Sabe cosas. Cosas que no debería saber.

Morrison me esperaba detrás de una mesa cubierta de carpetas, grabadoras digitales y lo que parecían ser transcripciones de nuestras comunicaciones internas. La luz fluorescente creaba sombras duras en su rostro, lo que le daba un aspecto aún más severo y depredador.

—Siéntese, agente Stein —ordenó sin levantar la vista de sus notas—. Tenemos mucho que cubrir.

Me senté y noté de inmediato cómo había reorganizado la sala para maximizar la incomodidad psicológica. Tuve que alzar la barbilla para alcanzarle la mirada. Mi silla era más baja que la suya, la luz me daba directamente en los ojos, y no había dónde apoyar los brazos cómodamente.

—Empecemos con la noche del jueves —comenzó Morrison—. Usted encontró evidencia de una amenaza directa en su piso. ¿Por qué esperó seis horas para reportarlo?

—Como expliqué antes, necesitaba verificar…

—No me interesa lo que explicó antes —me interrumpió—. Me interesa la verdad. ¿Estaba protegiendo a alguien? ¿A la agente Holt, quizá?

—No había nada que proteger. Seguí el protocolo, dadas las circunstancias.

Morrison sonrió, con esa sonrisa de tiburón que ya empezaba a odiar.

—¿El protocolo? Interesante. Porque según el manual de procedimientos, sección 7.3.2, cualquier amenaza directa a un

agente debe ser reportada de inmediato. No después de seis horas. De inmediato.

Abrió una carpeta y deslizó una fotografía hacia mí. Era una imagen de seguridad en la que yo aparecía entrando en mi piso esa noche.

—Las cámaras de seguridad de su edificio muestran que llegó a las 10:47. La llamada a la agente Holt se realizó a las 4:52 de la mañana. Eso son más de seis horas, agente Stein. ¿Qué estuvo haciendo durante ese tiempo?

La precisión de su información era inquietante. ¿Cómo había conseguido esas imágenes tan rápido?

—Estaba procesando la situación y asegurándome de que mi piso era seguro.

—¿Sola? ¿Sin apoyo? ¿Sin siquiera informar a su supervisora? —Morrison se inclinó hacia adelante—. Eso suena más a encubrimiento que a protocolo.

Antes de que pudiera responder, su teléfono vibró. Lo miró y frunció el ceño.

—Discúlpeme un momento —dijo mientras se levantaba—. Tengo que atender esto. No se mueva.

Salió de la sala y me dejó sola con las carpetas, una táctica obvia para probar mi autocontrol. Sabía que era una trampa, dejarme con la tentación de mirar, pero aun así, mi vista se desvió hacia los documentos. Pude ver parte de una transcripción: era una conversación entre Maggie y alguien del Departamento de Justicia, fechada tres semanas atrás. ¿Por qué tendría Morrison acceso a eso?

La puerta se abrió, pero no era Morrison quien entraba. Era Richard Blackwood.

—Oh, disculpe —dijo con su tono afable—. Estaba buscando la sala de conferencias B. Tengo una reunión con… —Consultó su reloj —. Bueno, parece que llegué temprano.

—¿Qué hace aquí en domingo? —pregunté, mi suspicacia activada al instante.

—Los casos de compensación no esperan por días hábiles. —Sonrió—. Además, escuché que había cierta… agitación en su

equipo. Asuntos Internos puede ser muy disruptivo para una investigación activa.

—¿Cómo sabe sobre...?

—Quantico es un lugar pequeño, agente Stein. Las noticias viajan. —Se acercó un paso y bajó la voz, creando una falsa atmósfera de confidencialidad—. Si necesitan ayuda legal, mi oficina está disponible. He visto a buenos agentes ser destruidos por tecnicismos. Sería una lástima que eso le pasara a su equipo.

Había algo en la forma en que lo dijo, una amenaza velada disfrazada de oferta de ayuda.

—Estamos bien, gracias.

—Por supuesto —asintió—. Solo recuerde, a veces el enemigo no es quien perseguimos, sino quien dice protegernos.

Con ese comentario críptico, se fue, justo cuando Morrison regresaba.

—¿Estaba alguien aquí? —preguntó con los ojos entrecerrados por la sospecha.

—Richard Blackwood. Dijo que se había equivocado de sala.

Morrison tensó la mandíbula casi imperceptiblemente.

—¿Blackwood? ¿Qué hace él aquí?

Así que se conocían. Interesante.

—Dijo que tenía una reunión.

—Hmm. —Morrison volvió a sentarse, pero pude ver que el encuentro la había descolocado—. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. Sus seis horas de silencio.

El resto del interrogatorio fue brutal. Morrison diseccionó cada decisión, cada acción, mientras buscaba inconsistencias que pudiera usar contra Maggie. Cuando al fin me dejó ir, dos horas después, me sentía como si hubiera corrido un maratón.

En el pasillo, me encontré con Maia saliendo del baño. Tenía los ojos rojos.

—¿Tan mal? —pregunté.

—Me hizo llorar —admitió—. Sacó a relucir cosas sobre mi hermana, sobre por qué me uní al FBI. Dijo que mi juicio estaba comprometido por mi historia personal. Que Maggie me había reclutado específicamente por mi vulnerabilidad.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Maia parecía genuinamente afectada—. ¿Y si tiene razón? ¿Y si Maggie nos eligió a todos porque estamos… dañados?

Antes de que pudiera responder, Zach apareció por el pasillo, frotándose la muñeca vendada —se la torció al ayudar a los bomberos en Cary Street unas horas antes; nada grave.

—Mi turno —bromeó—. Deséenme suerte.

—Zach, deberías estar descansando; sigues en observación médica.

—Morrison insistió. Dijo que ausentarme parecería insubordinación. —Alzó los hombros—. Además, alguien tiene que respaldar a Maggie.

Mientras se alejaba, noté movimiento en la oficina de Recursos Humanos. A través de la puerta entreabierta, vi a Blackwood, que estaba hablando en voz baja con alguien. Me acerqué discretamente.

—… los registros que necesita están aquí —decía una voz que no reconocí—. Pero no entiendo por qué…

—Es para el caso de compensación —respondió Blackwood—. Los empleados de Sweetbell que trabajaron en el programa necesitan ser notificados de sus derechos.

—¿En domingo?

—El tiempo es esencial. —Su tono se endureció—. ¿Hay algún problema?

Me alejé antes de ser descubierta, pero la conversación me dejó inquieta. ¿Qué registros estaba buscando Blackwood? ¿Y por qué la urgencia?

Encontré a Maggie en su oficina, revisando documentos con una expresión sombría.

—Morrison está siendo muy agresiva —le informé—. Y Blackwood está aquí, buscando registros de empleados.

Maggie levantó la vista con brusquedad.

—¿Blackwood? ¿Qué hace aquí en domingo?

—Eso mismo pregunté. Maggie, creo que se conocen. Morrison reaccionó cuando mencioné su nombre.

Maggie se reclinó en su silla, mientras se masajeaba las sienes con un gesto de profundo agotamiento.

—Richard Blackwood trabajó en la oficina del inspector general hace años. Antes de pasar al sector privado. Es posible que él y Morrison se hayan cruzado.

—¿Crees que están trabajando juntos?

—No lo sé. Pero es demasiada coincidencia que ambos aparezcan justo ahora, cuando estamos cerca de algo grande.

Un grito seco partió el silencio del pasillo; salimos de la sala a toda prisa y encontramos a Zach apoyado contra la pared. Llevaba la muñeca derecha vendada desde el incendio de Cary Street y se había resbalado cuando Morrison trató de arrebatarle la carpeta médica de Cruz, con las constantes postincendio que sostenía con la mano sana. Los papeles se habían desparramado por el suelo.

—¡Insubordinación! —bramaba Morrison—. ¡Me ha negado acceso a su historial clínico!

Zach, aún algo encorvado, intentó recuperar la compostura.

—Porque usted no tiene autoridad para exigirlo sin orden firmada —replicó, controlando el temblor de la muñeca lesionada.

Richard Blackwood apareció desde el arco del corredor —nadie lo había oído acercarse— y ayudó a Zach a reponerse; le pasó un brazo por los hombros con una calma sorprendente.

—Diría que está excediendo sus atribuciones, agente Morrison —comentó—. El agente Curtis conserva sus derechos incluso durante una auditoría interna.

Morrison lo fulminó con la mirada.

—No se entrometa, Blackwood. Esto no le compete.

—Al contrario —respondió él sin alterar el tono—. Cuando detecto un abuso de autoridad, mi competencia es inmediata. Agente Curtis, si necesita representación, basta con que lo pida.

Zach se irguió del todo, respiró hondo y asintió, más sereno.

—De momento, puedo defenderme solo, gracias. Pero agradeceré que conste su ofrecimiento.

Pisando los informes esparcidos, Morrison soltó un bufido, giró sobre los talones y se marchó sin decir otra palabra. Blackwood la

siguió con la mirada hasta que dobló la esquina, luego se agachó y empezó a recoger los documentos con Zach.

—Procure no forzar la muñeca —murmuró—. Esa venda indica reposo, no pulseada burocrática.

Zach esbozó una sonrisa tensa.

—Créame, lo intento… aunque a veces la burocracia duele más que el esguince.

Se estrecharon brevemente la mano, como en un pacto silencioso, y regresamos cada uno a nuestro puesto, con la certeza de que la mañana apenas empezaba a complicarse.

La tensión en el pasillo era eléctrica. Morrison y Blackwood se miraban como dos depredadores que disputaban un mismo territorio. Y en medio, nosotros, sin saber si estábamos presenciando una batalla entre enemigos o una elaborada actuación entre aliados.

—Todos a sus puestos —ordenó Maggie con autoridad—. Agente Morrison, regrese. A mi oficina, ahora. Blackwood, agradezco su ayuda, pero le pido que se retire.

Mientras todos se dispersaban, me quedé ayudando a Zach con sus papeles.

—¿Viste eso? —susurró—. Por un segundo, cuando se miraron… fue como si se estuvieran comunicando sin palabras, ejecutando un guion que solo ellos conocían.

Tenía razón. Había algo profundamente equivocado en toda esta situación. Morrison excavando en nuestro pasado, Blackwood apareciendo con información crucial, ambos aquí un domingo, ambos presionando desde ángulos diferentes.

¿Estaban trabajando juntos para desmantelar nuestro equipo? ¿O había algo más grande en juego?

Mientras volvía a mi escritorio, vi el tablón de evidencias. Todas esas víctimas, todos esos números. Y en algún lugar, un asesino seguía libre mientras nosotros nos desgarrábamos desde dentro.

Un pitido sordo surgió de mi móvil antes siquiera de llegar a la puerta. En la pantalla parpadeaba una alerta Prioridad-1 del Hospital de Stafford: «Código Gray UCI–traslado no autorizado. Paciente RUIZ, Gabriel. Destino quirófano desconocido». Diez segundos después, llegó otro mensaje: «Personal de guardia desconoce

paradero. Seguridad interna activada». Sentí el vacío seco de un disparo mal encajado. Acabábamos de perder a nuestro único testigo.

Treinta minutos después llega un último mensaje: Supervisor UCI: «Paciente Gabriel Ruiz ha ingresado en UCI. Paro cardiorrespiratorio a las 08:20. Maniobras de RCP fallidas. Hora oficial de defunción: 08:32. Paciente RUÍZ, Gabriel, fallecido».

El mensaje parpadea en la pantalla y el aire se me hace denso. La rabia me golpea primero, un nudo hirviente en el estómago; después llega la certeza helada de que Nick acaba de borrar nuestro último hilo de verdad. Aprieto los puños contra la mesa, conteniendo el temblor que me sube por los brazos. No permitiré que Gabriel se quede en una estadística: encontraré a quien firmó su sentencia y lo haré pagar.

HUELLAS FALSAS

Día 4: Hampton Inn, Richmond
Domingo, 2:30 p. m.

La doctora Cruz había despertado alrededor de las once de la mañana; el equipo médico la dejó marchar con puntos de sutura y una dosis de analgésicos. Maggie la recogió directamente en la clínica y la instaló en el Hampton Inn bajo escolta.

Mientras ajustábamos el plan, el nombre de Gabriel Ruiz flotaba como una alarma silenciosa. Desde las 07:18 a. m. el hospital seguía sin localizar su camilla ni al celador que firmó el traslado. Ryan había activado una búsqueda geolocalizada, pero —por ahora— cada pista caía en un callejón sin salida. Maggie ordenó que cualquier novedad sobre Ruiz interrumpiera nuestras comunicaciones en tiempo real: «Si aparece un solo bit nuevo sobre él, lo priorizamos sobre todo lo demás.»

El café sabía a quemado, pero era lo único que me mantenía la mente despejada mientras la tarde avanzaba.

Los paneles de corcho rebosaban con el material que Julia rescató del almacén antes de que el fuego lo devorara: fotografías en alta resolución, capturas descargadas por Ryan y varias páginas chamuscadas que la doctora Cruz llevaba encima cuando la sacaron de la ambulancia. Todo lo demás son copias digitales extraídas del NAS forense que Ryan aisló de madrugada.

Maggie había tomado la sala de conferencias del Hampton Inn y la había convertido en búnker provisional. Escogió Richmond por dos razones tácticas. Mantener a Cruz cerca del hospital que la estabilizó —por si aparecían efectos secundarios de la aspiración de humo— y, sobre todo, trabajar fuera del alcance inmediato de la agente Diane Morrison, cuya auditoría podía confiscar pruebas o cerrar la operación si regresábamos a Quantico.

Había mapas colgados con cinta de pintor, fotos de escenas alineadas sobre el cabecero de una cama arrimada a la pared y las capturas que logré antes de que el almacén saltara en llamas. Nada delataba que hacía doce horas aquello fuera un salón anodino con cuadros de barcas sobre un lago.

Elena Cruz, envuelta en una manta prestada, permanecía anclada a la silla reclinable improvisada. La mirada se le había afilado, pero cada frase le salía como si arrancara astillas de granito.

—Se movía como un cirujano —insistió, tocándose el vendaje de la sien—; con pasos silenciosos, gestos mínimos, imposibles en un asesino improvisado. Y, sin embargo, también de forma teatral. Hablaba como si recitara un guion.

A su lado, Maia sujetaba el cuaderno petrificado entre las manos; anotaba de manera compulsiva cada detalle, utilizando preguntas cortas que forzaban a Cruz a describir olores, sonidos, texturas.

Ryan, rodeado de portátiles y cables, alzó la vista de una tabla de códigos-firma con su sello horario. El método más simple de demostrar que nadie había tocado los archivos.

—Coincide con los accesos al servidor —informó—. Las credenciales médicas parecen auténticas, pero arrastran microerrores de formato: obra de un falsificador de alto nivel, no de un médico real.

Maggie se inclinó sobre la ampliación del «mapa de caza» —aquel panel de corcho lleno de flechas rojas que salvé del incendio— y golpeó el borde de la mesa con el nudillo, dos toques secos que sonaron a veredicto.

—Fíjense en la tipografía, en la escala de colores, incluso en el pie de página—dijo, deslizando el dedo por la lámina—. Este expediente que apunta a Lind está construido con la misma plantilla

de perfilado que usamos en Quantico. Reproduce nuestros indicadores de riesgo al milímetro, como si alguien hubiese calcado el formulario y rellenado las casillas a su antojo.

Nathan Carver, que llevaba casi una hora inmóvil frente a las fotos, emergió de su silencio; avanzó despacio, como si midiera cada paso. Sus hombros —habitualmente relajados, con la elasticidad de un gato doméstico— se tensaban ahora hasta parecer cuerdas de piano recién afinadas. Se colocó junto a Maggie, hundió dos dedos en el borde de la impresión y exhaló un soplo breve, el mismo que suelta antes de encajar una pieza crucial en el perfil de un asesino.

—Ese «Protocolo de transferencia de culpa»… —dijo, hojeando una copia plastificada—. Quien lo diseñó entiende cómo pensamos los perfiladores federales. No solo la psicología del asesino, también la de los investigadores. Nos deja la carnada exacta para que mordamos.

—Los papeles hablan de una «Fase final» y de mi «transformación» —añadí—. ¿Qué significa «transformación» en ese glosario enfermo?

Carver deslizó el pulgar por el canto de la libreta, un gesto distraído, como si quisiera aligerar el peso de aquella palabra.

—Convertirte de testigo a sujeto, o quizá de cazadora a pieza central. Según el patrón, el autor no se conforma con quitar vidas. Las cincela hasta que alcanzan un estado emocional que considera «arte». Quiere empujarte justo al borde para rematar la… *performance*.

Un escalofrío me recorrió la columna. Sentí el tacto imaginario del visor de Memoria Liberada, ese asalto a las tres de la mañana que me dejaba temblando como si algo hubiera arrancado un trozo de mi infancia y lo hubiera colocado frente a mí con focos de galería.

El teléfono vibró; parpadeó «Sgto. Davis–RPD».

—Stein.

—Tenemos la escena de Thomas Reed lista. Hay material nuevo, agente; yo… no había visto nada igual —dijo, dudando—. Apunta al doctor Lind, y es contundente.

Corté. Deseé que el café fuera más denso.

—Número catorce —anuncié.

Maia alzó la mano.

—Me quedo con Cruz. Hay que ordeñar memoria fresca antes de que los sedantes la envuelvan de algodón.

—Ryan —ordenó Maggie—, rastrea los accesos al servidor incendiado. Hora y nodo, todo.

—Ya en ello —dijo sin levantar la vista—. Pero aviso, el atacante salta por una red gubernamental, no pública. El salto final está encapsulado; no localizo desde dónde.

Esa ambigüedad era peor que señalar un punto concreto: significaba «alguien con llaves maestras, en cualquier sala segura».

Carver se calzó la chaqueta en un movimiento elástico, natural.

—Voy contigo, Julia. Si están sembrando pruebas contra Lind, más vale documentarlas antes de que alguien retoque el decorado.

Zach, con la muñeca derecha enfundada en una férula y sostenida por un cabestrillo improvisado, alzó el móvil con la mano libre.

—Yo me quedo en la frecuencia abierta, cubriendo comunicaciones y alertas. El detective Tobías, de la Policía de Richmond, me debe favores. Haré que vigile a quienes se acerquen a este hotel.

Maggie aprobó con un gruñido.

—Nadie sale sin que yo lo sepa. Comunicación solo por canal encriptado, no chat estándar.

Casa de Thomas Reed, barrio Museum, Richmond
Domingo, 3:15 p. m.

El hedor metálico era lo primero que te golpeaba al cruzar el umbral. En la pared del estudio, la palabra «LIND» seguía pegada en sangre ya oxidada: el forense calculaba que llevaba más de doce horas coagulada. Demasiado para un crimen ocurrido apenas esta

madrugada. Alguien había firmado la escena antes de matar a Thomas Reed.

Los destellos rojos de las torretas convertían las molduras victorianas en arterias vivas; las sombras se movían sobre los frisos de yeso como si la casa respirara. Dentro dominaban dos aromas superpuestos: pachuli pesado —el ambientador bohemio de Reed—, y el hierro dulce que deja la sangre cuando se oxida sobre el aire.

Thomas Reed, músico de jazz experimental en ascenso, se había transformado en su propia instalación macabra. Permanecía sentado, espalda rígida, ante un Steinway de cola. Las manos se abrían, palma arriba, sobre las teclas de marfil; en los antebrazos, dos tajos netos sangraban todavía, tiñendo las notas graves con un rojo morado que parecía recién barnizado. Partitura final, redactada en hemoglobina.

Seguí el reguero de sangre hasta el interior del piano y levanté el atril. Entre las cuerdas graves, sujeto con un hilo transparente, pendía un botón negro del tamaño de una moneda. Cuando la linterna rozó la superficie, el número «14» brilló como una nota disonante en mitad del silencio. Corté el hilo con cuidado, embolsé la pieza y confirmé en voz baja: «Mismo material óseo, misma resina adhesiva. El Curador firma su cuarto movimiento».

Carver se agachó, linterna en mano, y murmuró sin apartar la vista del cadáver.

—Escalofriante nivel de precisión. Misma profundidad y ángulo de corte que vimos en Mitchell y en Hayes; ahora, además, introduce iconografía sonora. La postura, el instrumento, la resonancia emocional.

Rodeando el piano, instrumentos destrozados formaban un semicírculo ritual: cuerdas tensas como tendones rotos, un violín decapitado, una flauta partida por la embocadura. Parecía un quirófano donde la música hubiese sido diseccionada órgano por órgano.

El sargento Davis, con un temblor leve en los dedos y voz ronca por la cafeína, me alargó una bolsa de evidencia numerada.

—Tarjeta de cita con Lind para hoy a las diez. Y debe oír lo que hay en el contestador.

Pulsé PLAY. Surgió una voz que imitaba el tono lánguido de Marcus Lind:

«Thomas, si quieres sanar, ven solo; la confianza es la condición».

Había un silencio denso en el lugar que zumbaba como vapor a presión.

«Graba tus sueños. Nos servirán».

Carver frunció el entrecejo.

—Lind nunca ordena; su estilo es sugestión, no mandato. Esto huele a impostura.

—¿Montaje digital? —pregunté.

Una chispa acústica llegó por mi auricular: Ryan, conectado al canal forense.

—Probable síntesis de voz o «deep-voice» con IA —rectificó—. El timbre coincide al 88 %, pero la cadencia es rígida.

Sobre la mesilla reposaba un frasco de comprimidos rotulado como «Dr. M. Lind 150 mg», fechado tres días antes. Davis había telefoneado ya a la farmacia. Esta no existía. Etiqueta teatral, puro atrezo.

Revisé el estudio. Entre partituras hallé el diario de Reed: las últimas páginas hablaban de «pastillas que abren puertas» y de la voz de Lind susurrándole antes de dormir. Abuso inducido, dependencia química, obediencia condicionada.

—Condicionamiento a la carta —dictaminó Carver, hojeando las páginas con guantes de nitrilo—. El autor crea adicción al terapeuta fantasma, luego abre la jaula y les ordena volar… directo al matadero.

Mi móvil vibró con el patrón de emergencia de analistas. Era Ryan.

—Julia, regresa en cuanto puedas. He encontrado algo inquietante entre los metadatos del almacén… No es seguro hablar. Y, Julia, no confíes a ciegas.

La línea murió. Sentí el eco de la advertencia retumbar en las vigas del techo.

Carver alzó una ceja inquisitiva.

—¿Noticias?

—Ryan ha tirado de un hilo nuevo —respondí—. Hay que volver antes de que se enfríe.

Holt aprobó con un gesto y ya marcaba a Maia: «prepara la caja Faraday; lo que llegue entra muerto a la red».

En el recibidor, mientras el forense embolsaba cuerdas de guitarra empapadas, mis ojos se engancharon a una fotografía enmarcada. Aparecía Thomas Reed de pie con su banda, tomada durante una sesión de estudio. Al fondo, casi mimetizado con la penumbra, un hombre con bata blanca europea sostenía entre índice y pulgar un rectángulo metálico que reflejaba un destello: juraría que era un pulsioxímetro de acero bruñido, modelo exclusivo de la Clínica Zaragoza. Levanté la cámara y capturé el detalle; una sospecha incandescente —todavía sin forma clara— me ardía detrás de los pómulos.

DÍA 4: Hampton Inn

Domingo, 5:45 p. m.

El aire del cuarto de guerra olía a plástico recalentado y polvo; me raspaba la garganta mientras las pantallas escupían líneas verdes sobre un fondo sobe fondo negro. El zumbido eléctrico se mezclaba con mi propio pulso.

Ryan permanecía rígido; la sangre había abandonado su rostro hasta dejarlo casi translúcido.

—Miren esto —proyectó un registro ampliado—. El servidor incendiado opera en remoto. El tráfico rebota contra un enjambre de servidores internos del Gobierno; en el último salto se disuelve se disuelve dentro de varias intranets. No ubico la sala, pero la tarjeta de acceso es dorada.

Maggie clavó las palmas en la mesa, sus uñas blanquecidas por la presión.

—¿Podría venir de Quantico?

—O de Langley, o de cualquier subred federal. No es un pirata doméstico —aclaró Ryan sin levantar la voz.

Pasó a la siguiente diapositiva. Las marcas de tiempo coincidían con la creación del *dossier* que arruinó a Lind.

—El «Protocolo de Culpa» se compiló con nuestro propio motor de perfilado, el mismo que Carver, Maia y yo usamos a diario. Solo alguien con credenciales de nivel raíz pudo activarlo.

Nadie respiró durante tres, quizá cuatro, pulsaciones.

Mi móvil vibró y rompió el silencio. Mensaje sin remitente: «Has escarbado demasiado. Aceleramos el reloj. Fase Final empieza ahora. Nick».

Se lo mostré a Maggie. Ella reaccionó al instante: ordenó que todos pusiéramos los móviles en modo avión y guardáramos los portátiles lejos de cualquier conexión. Zach desenchufó el wifi de emergencia; Ryan usó un pequeño adaptador que solo permite sacar archivos, nunca meterlos, y aisló por completo el servidor donde guardamos las pruebas. Así nos aseguramos de que nada de lo que acabábamos de descubrir pudiera filtrarse ni ser manipulado.

Mientras cortábamos los últimos hilos, repasé la fotografía del músico; el pulsioxímetro de acero bruñido solo se vendía en la Clínica Zaragoza. Lo recordaba de un tríptico que Lind me había enseñado. Un hormigueo caliente me subió por la nuca.

Quise preguntar algo a Carver, pero él garabateaba con la cabeza casi pegada al papel. En su libreta solo cabían tres palabras: «COHERENCIA–TRAUMA–MIEDO».

El hombre de la bata copiaba aquella postura en un viejo video académico archivado años atrás. No lo mencionaré todavía. Primero debemos proteger la cadena de custodia; las piezas encajarán cuando el Curador —o Nick, o quien sea— juegue su última carta. Esa fotografía es nuestra grieta operativa.

Con el amanecer volviendo gris la moqueta, apagamos las luces y establecimos turnos de vigilancia. Cada cual descansaría, o fingiría hacerlo, con el arma cargada al alcance de la mano.

No cerraré los ojos. Si el enemigo pretende acelerar el cronograma, tendrá que franquear nuestra barricada, y pienso

devolver cada golpe con interés compuesto. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar?

EL CÍRCULO SE ESTRECHA

Día 4: Centro de comando, Hampton Inn, Richmond
Domingo, 8:30 p. m.

La luz del atardecer se cuela entre las cortinas de poliéster y baña las paredes *beige* con un brillo dorado. Ese destello debería relajarme, pero la tensión sigue incrustada tras cuatro horas sin apartar la vista de las pantallas. Aspiro el aire cargado: café de máquina demasiado aguado, sudor atrapado bajo la ropa y el tufo a plástico que se derrite en silencio dentro de los transformadores de los portátiles.

Ryan, parapetado tras tres pantallas, amplió la fotografía tomada en la casa de Thomas Reed. La imagen había sido limpiada de ruido digital, pero el rostro de la figura del fondo seguía borroso, como si una mano experta hubiese velado justo esa parte del negativo.

—Varón, unos ciento ochenta centímetros. —Señaló Ryan con el puntero—. Viste una bata de diseño europeo, bolsillos bajos y costuras reforzadas; cuesta mínimo quinientos dólares. Exactamente, el modelo que usa la Clínica Zaragoza para sus consultas vip.

Maia se inclinó sobre la mesa, ajustando las pupilas a los píxeles.

—Miren la posición de los pies —susurró—. Apoyo equilibrado, manos sueltas, hombros atrás. No está relajado, está calibrando la escena. Esa postura la enseñan en cursos de vigilancia.

—Como un etólogo observando animales —añadió Carver, hojeando su libreta sin levantar la mirada—. O como un cazador que decide si la pieza vale la bala.

Zach, sentado en el sofá con la muñeca lesionada sobre almohadones, se acercó y golpeó la pantalla con el canto de un bolígrafo.

—No está solo. Fíjense en esa sombra al costado. Es una silueta más baja. Probablemente de mujer. Y aquí... añadió e hizo *zoom* con dos dedos—, el tipo sostiene algo entre índice y pulgar. Un rectángulo metálico.

—¿Teléfono? —sugirió Maggie.

—O una grabadora de titanio —intervino Cruz con voz ronca—. He visto ese gesto en conferencias: disimulan la grabación sujetando el dispositivo como si fuera un marcapáginas.

El ruido de pasos en el pasillo cortó la discusión. Maggie apartó la cortina un palmo y soltó una maldición.

—Es Morrison, y trae refuerzos.

La agente especial Diane Morrison irrumpió con la precisión de una orden judicial. Vestía un traje gris sin arrugas, llevaba una carpeta de piel en la mano y lo acompañaban dos agentes uniformados que bloquearon la entrada sin moverse.

—Agente especial Holt. —Su voz sonaba cortante—. Han montado una operación no sancionada lejos de Quantico. Se acabó la excursión.

Maggie se irguió, cada una de sus vértebras se ajustó como una bayoneta.

—Tenemos autorización provisional del director adjunto para desplazar el puesto de mando mientras hacen la auditoría. Todo está en el sistema, con sello de tiempo.

—¿Autorización? —Morrison abrió la carpeta—. ¿También autoriza que la agente Stein se infiltre sola en propiedad privada sin orden, comprometiendo pruebas federales?

DÍA 4: Sala de conferencias temporal
Domingo, 2:20 p. m. Seis horas antes

LOS GUARDIANES de Morrison habían bloqueado las salidas con las Glock pegadas al muslo. El aire, denso con olor a cloro y metal, raspaba mi garganta; los chalecos antibalas crujían bajo la vibración monótona de las luces. Nada de supervisión, cero cortesías. Era una operación de control

—Marcus Lind está siendo incriminado con material fabricado —dije—. El asesino necesita un chivo expiatorio y pretende que cerremos el caso hoy mismo.

Morrison enseñó los dientes, alineados y sin emoción.

—¿Evidencia obtenida dónde, agente Stein? ¿En una escena alterada por su propio equipo? Sin cadena de custodia, solo cuenta como superstición.

Habíamos discutido durante horas que cada pista apuntaba a Lind con un pulso demasiado perfecto. El hallazgo de la cabaña no sorprendía a nadie del equipo; confirmaba, más bien, que la persona que mueve los hilos seguía ejecutando su plan.

—Los registros del almacén detallan accesos remotos desde una subred gubernamental —añadió Ryan—. Las cabeceras de los paquetes llevan certificados que firmamos en Quantico. Existe un topo o un clonador de identidades dentro del sistema.

—Conveniente, señor Howe —respondió Morrison—. Usted posee acceso total y la pericia para editar cada *log*. ¿Quién mejor para construir esa ilusión?

Una presión constante me oprimió el pecho. Cruz bajó la mirada; Maia tragó saliva. Era la fisura que Morrison buscaba.

Carver levantó la cabeza.

—Los registros no avalan esa teoría, agente Morrison. Howe ha estado con nosotros desde el primer asesinato, pero los archivos muestran que entonces solo abrió los informes; nunca los modificó. Las «huellas» que deja cada acción siguen intactas, así que no hay rastro de que alterara ninguna prueba.

Morrison inclinó la barbilla un grado.

—Doctor Carver, su puesto de consultor civil con acceso a protocolos reservados también está bajo revisión. No se relaje.

Un móvil vibró en el bolsillo de Morrison. Contestó. Treinta segundos sin palabras; colgó.

—Localización de Marcus Lind confirmada. Cabaña aislada en Henrico, coordenadas exactas. Salimos en diez.

—Demasiado limpio. Suena a cebo —indicó Maia.

Recordé el momento en que solté a Lind en la salida de servicio del Zaragoza. Aquella huida fue una decisión calculada —un peón útil corre más que un peón muerto—, pero ahora la escena parecía gritar que el asesino había contado con ello. Nadie alrededor de la mesa lo olvidaba; solo Morrison fingía que Lind había aparecido de la nada.

—O al escondite del asesino. —Morrison encogió los hombros—. Agente Holt, su equipo vendrá bajo mi mando. Es una orden interna ya registrada.

Maggie tensó la mandíbula hasta hacerla crujir.

—Mi gente permanece bajo mi supervisión operativa.

—Mientras la investigación por mala praxis siga abierta, quedan adscritos a mí.

Golpeó el maletín contra la mesa.

—Otro dato. El canal 8 de televisión emitirá en directo desde la cabaña dentro de una hora. La filtración proviene de «fuentes del FBI». Después depuraremos responsabilidades.

La puerta se cerró.

—Divide y vencerás —susurra Zach—. Paranoia de manual.

Ryan se frotó el puente nasal.

—En algo acierta. Alguien muy cercano filtra cada avance. Las coordenadas llegaron demasiado deprisa.

—Ryan —lo interrumpí—, nadie en esta mesa te apunta. Esa flecha está impregnada de veneno político.

—¿Y si la fuga no nace aquí? —Maggie apoyó los puños en la madera—. Cualquier supervisor con credenciales podría alimentar el incendio.

Carver cerró su libreta con un clic seco.

—O la propia Morrison, consciente o no. La ambición unida a la falta de visión favorece al último responsable.

Mi móvil vibró y llegó un mensaje: «La cabaña es el escenario. Tu metamorfosis será pública. Nick».

La alarma brilló en los ojos de Maggie. Activó el protocolo de crisis de un golpe: móviles en modo avión, puerta bloqueada, cargadores alimentados. El aire apretado olía a lubricante de pistola y a cables recalentados.

—Si el Curador nos reta en Henrico, iremos —declaré—. Grabaremos cada paso. Es nuestra única opción para romper su libreto y exponerlo.

Maggie asentó.

—Trampa o no, se acabó el juego de pasillos. Iremos con chaleco y plan B. Julia, llevarás un microtransmisor UHF. Ryan, abre un canal encriptado directo a un servidor sin Internet. Nadie se aleja del grupo.

Ryan extrajo un dispositivo del tamaño de una moneda y lo sujetó bajo mi solapa.

—La señal salta de frecuencia y usa cifrado de alta seguridad. Para bloquearla, tendrían que destruir la antena —explicó sin levantar la voz.

Carver me tocó el hombro, un gesto insólito en él.

—Recuerda la regla cincuenta y uno: su arma es tu miedo. Ancla los pies, respira en cuatro tiempos, mantén el foco. Haz que el escenario sea tuyo.

Asentí. El transmisor apenas pesaba, pero la tensión me tensó los hombros como si me colgaran placas de plomo. Preparada o no, el reloj ya corría.

Convoy hacia Henrico, Virginia

Domingo, 10:45 p. m. Tres horas después

Tres SUV negros avanzan por la campiña bajo un cielo de nubes densas. El motor vibra bajo mis botas y el olor a tapicería sintética compite con un leve tufo de diésel. Viajo en el vehículo central con Maggie, Carver y un agente de Morrison que no se presenta. En la radio solo cruje estática; Morrison ordenó silencio táctico.

Observo los campos de soja difuminarse detrás del cristal y repaso el rompecabezas: víctimas condicionadas, un terapeuta suplantado, un asesino que firma sus mensajes como «Nick» —el mismo alias que usaba mi terapeuta infantil, aunque todavía no sé si se trata de la misma persona— y un topo infiltrado. La imagen del hombre con bata, la silueta pegada a su hombro… y ese ritmo de voz, exacto y repetitivo, que reconozco, pero no identifico.

Todavía hay una pieza suelta. Dos, en realidad.

Primero, lo que Valery Levington me confió en el Corner Café sigue sin encajar: esos expedientes de la Academia que demuestran un seguimiento clandestino a varios cadetes, incluida yo. Si el Curador tiene acceso a ese material, podría anticiparse a cada uno de nuestros movimientos.

Y luego está Gabriel Ruiz. Desapareció del hospital con la misma precisión quirúrgica que el montaje en la casa de Reed, y nadie ha vuelto a verlo. Si Ruiz hablaba en serio cuando dijo que fingiría un bajón para ganar tiempo, quizá ahora mismo esté intentando pasarnos información… o quizá ya forme parte del catálogo del asesino.

Hasta que no sepamos qué hicieron con él y cómo obtuvo Valery esos archivos, el rompecabezas seguirá incompleto..

Repaso la ruta en mi cabeza. El nombre Sweetbell vuelve a relampaguear, persistente. Quizá la cabaña sea otra distracción. Nick podría querer a todo el FBI, a las cámaras y a la opinión pública mirando Henrico mientras él mueve fichas en el tablero real.

Miro a Maggie; aprieta su arma contra el muslo. Lo siente también. Falta poco para comprobar si la escena de Henrico es la emboscada o el espejo. Y esta vez no habrá margen para errores.

El transmisor oculto me quemaba la clavícula. Si el plan era convertir la siguiente hora en un espectáculo, yo pensaba darle un final que no esperaba.

Día 5: Suite improvisada del centro de comando, Hampton Inn, Richmond

Lunes, 12:35 a. m.

El pasillo del tercer piso estaba vacío. Maggie discutía logística con Zach desde la habitación contigua, y Carver revisaba fichas en el vestíbulo. Aproveché la calma breve. Activé la grabadora del visor seguro y elevé el móvil a la altura de la barbilla.

—Mensaje para la Julia de mañana —susurré—. Si todo sale mal en Sweetbell y no vuelvo, recuerda esto: no permitas que Nick te quite lo que ya has reconstruido. Respira cuatro, retén dos, exhala ocho. Y no olvides que todavía hay gente capaz de quedarse hasta el final. Ryan, Maia, Zach, Maggie… incluso Carver, con su libreta. No conviertas su ayuda en lastre. Si sobrevives, dales las gracias y sigue adelante.

Solté aire despacio. El ventilador del techo giraba perezoso; la luz amarilla dibujaba un óvalo sobre la moqueta gastada. Pulsé STOP y guardé el archivo en el espejo cifrado. La cápsula acrílica con el botón «51» reposaba sobre la mesilla; la tomé para notar su peso real.

Al girarme, encontré a Ryan apoyado en el marco. Llevaba una lata de refresco medio vacía y ojeras como líneas de carboncillo.

—No quise interrumpir —dijo—. Necesitaba aire.

Asentí. Él cruzó la habitación y dejó la lata sobre la cómoda.

—Cuando mi hermano Tom servía en Afganistán, me enviaba audios parecidos —comentó—. Uno cada mes, por si el convoy no regresaba. Los guardaba en un USB con forma de cohete; juró que lo lanzaría al espacio si todo salía bien. Volvió con un pulmón dañado y nunca habló de eso otra vez.

Tragó saliva, bajando la voz.

—Hace un año encontró una aplicación como Memoria Liberada y empezó a revivir cada patrulla bajo hipnosis. Pensó que le ayudaría.

Duró poco. Terminó en Urgencias con ataque de pánico. Desde entonces, no duerme más de tres horas seguidas. —Ryan sujetó el borde de la mesa y añadió—: Por eso, cuando te vi conectarte anoche, casi me dio un infarto. Si podemos cerrar esta *app*, cierro algo también para él.

Sentí que el aire olía a lata recién abierta y a sudor, mezcla agria que define los pasillos de hoteles en operaciones largas. Le ofrecí la cápsula del botón; él la sostuvo un instante, examinó el número cincuenta y uno y me la devolvió.

—Tu audio de mañana no será un réquiem —aseguró sin levantar demasiado la voz—. Lo escucharás tú misma y lo borrarás luego porque resultará innecesario guardarlo.

—Lo firmo —respondí.

Chocamos nudillos, sin ceremonia. Ryan salió rumbo a su trinchera de cables. Yo comprobé la hora: 12:47 a. m. Guardé la cápsula, pegué la grabadora al pecho para sentir su peso real y, por primera vez en muchas horas, la tensión aflojó un grado.

Día 5: Ruta estatal 33, camino a Sweetbell, Virginia
Lunes, 5:47 p. m.

El cielo empieza a aclararse con desgana. Muevo la cadera para acomodarme; la Glock golpea contra el cuero del asiento cada vez que el SUV cruza una junta del asfalto.

—Veintitrés horas sin pegar ojo —anota Zach desde atrás—. El rendimiento cognitivo cae un treinta por ciento.

—Recuérdame no pilotar un dron —responde Maggie sin apartar la vista de la carretera.

Al otro lado del cristal, los campos de soja forman un tapiz gris verdoso. Surtidores oxidados y letreros de moteles sin vocales flanquean la carretera. Apoyo la frente en la ventana: por un

instante, cada tallo parece un péndulo marcando la cuenta atrás hacia Sweetbell.

—La señal de canal 8 acaba de desplegar antenas móviles en Henrico —irrumpe Ryan por la radio interna—. Si llegamos después que ellos, perdemos la iniciativa táctica.

Maggie acelera. El tacómetro sube un punto y el motor ruge.

Al amanecer —pienso mientras el paisaje se difumina— todo se ve mejor… salvo para quien ya ha visto demasiado.

EL ESPECTÁCULO

DÍA 5: Condado de Henrico, Virginia
Lunes, 8:30 a. m.

La última orden de salida cruje por la radio y, sin perder tiempo, los tres SUV se lanzan a la autopista. El zumbido de los helicópteros se oye primero como un enjambre y, en segundos, se convierte en un trueno que hace vibrar las ventanillas del SUV. Cuando Maggie detiene el convoy al borde del claro, descubro un circo mediático digno de un estreno de Hollywood: tres helicópteros de canales distintos girando en círculos, sus rotores levantando nubes de polvo; seis furgones satelitales con antenas desplegadas como quijadas metálicas; reporteros con chalecos de colores chillones corriendo de un lado a otro mientras los camarógrafos buscan el ángulo perfecto.

—¿Cómo diablos llegaron aquí tan rápido? —murmuro, y noto que mi voz suena más cansada que incrédula.

El asfalto del claro hierve como una *premiere* macabra: furgonetas de TV, trípodes, focos que tiñen el amanecer de azul y rojo. Al otro lado de la línea policial, los objetivos se empalman por captar un gramo más de sangre.

Maggie avanza con la trenza apretada, el chaleco antibalas sobre sobre el chaleco táctico, con la tarjeta azul «DOJ-Priority» prendida en la bata, como un estandarte. La reportera de News-13 intenta colarse; Maggie la frena con el codo.

—Un paso más y tu cadena necesitará un respirador. —Voz suave, promesa real.

La multitud olfatea la amenaza y retrocede medio metro. Morrison se acerca; su camisa está arrugada, la corbata a medio anudar. Huele a colonia cara y a derrota.

—Los medios exigen un parte —dice, evitando mi mirada—. Necesitamos calmarlos.

—Calma y verdad no son sinónimos —respondo.

Un dron del canal digital Chronicle News sobrevuela la escena. Zach lo derriba con el inhibidor; cae como libélula herida. Los periodistas rugen; un abogado de piel aceitunada alza la voz, cita la Primera Enmienda.

—¿Estás loca? —dice Morrison y escarba en su bolsillo; ofrece un auricular Bluetooth—. Tienes tres minutos en directo. Sé flexible.

Flexibilidad, en boca de Morrison, significa amputar sin anestesia. Maggie recoge una carpeta azul, la sacude como espada.

—Julia habla, pero las reglas las pongo yo —informa, clavando la mirada en las cámaras.

El haz de micrófonos crece como un erizo metálico. Pulso el botón de grabación en el canal seguro de Ryan: cada sílaba irá cifrada a la nube espejo. Nick escuchará; que lo haga.

—Agente especial Stein —empiezo—. La prioridad es proteger al personal médico y a la paciente Elena Cruz. No habrá detalles tácticos hasta garantizar la cadena de custodia de pruebas. Les recuerdo que difundir información falsa obstaculiza una investigación federal y puede costar vidas.

Una mano se alza.

—¿Confirmas que la doctora Cruz estaba desarrollando un arma biológica?

La pregunta de la reportera es dinamita mediática. Respiro con el patrón 4-2-8 que Maia me enseñó —inhalo cuatro, retengo dos, exhalo ocho— y respondo:

—Confirmo que la doctora Cruz intentaba desactivar un programa que otros convirtieron en arma. Aunque su estado médico es estable, sigue siendo objetivo del asesino; por eso todavía

protegemos su vida, y por la de cualquiera que crea que el conocimiento vale más que el miedo.

Los camarógrafos se miran en silencio: no hay titular sangriento en esa frase, solo una verdad incómoda. Morrison suspira, mitad alivio mitad frustración. Le devuelvo el auricular.

08:35 h — El helicóptero de Daily Stream se acerca demasiado. Maggie señala al aire; Zach apunta con el láser de aviso. El aparato se aparta. Ryan manda un texto: "Buitres saciados. Tres minutos de ventana limpia." Tiempo para mover a Cruz del ala B a la zona presurizada.

—¿Listos? —pregunta Maggie.

—Nacimos listas —respondo. A mi espalda, las cámaras siguen grabando, pero el show real se trasladó fuera de su foco. Mi paso retumba: cada latido es una palabra que Nick tendrá que transcribir con sangre.

Fin del tablón mediático. Comienza la cirugía de la verdad.

Morrison, en el asiento delantero, brama por la radio:

—Quiero a toda esa gente detrás del perímetro. ¡YA! Esto es escena de crimen, no un *reality show*.

Ya es tarde. Apenas cierro la rueda de prensa del hospital y, sin respiro, otro set mediático brota aquí mismo. Una reportera rubia, con un peinado impecable a prueba de huracanes, apunta a la cabaña a su espalda y le habla a millones de espectadores: «… donde, según nuestras fuentes dentro del FBI, se oculta el asesino serial apodado "el Coleccionista"…».

—¿«El Coleccionista»? —repito, atónita—. Genial… nosotros lo llamamos "el Curador" y ahora la prensa le pone su propio alias.

—Los medios necesitan un relato sencillo —dice Carver, asomado entre los asientos—. Nombre corto, villano nítido. Las complejidades no venden.

Maggie termina de coordinar con los *sheriff* locales.

—Perímetro a doscientos metros. SWAT flanquea por el norte, el negociador viene en camino. Con esta prensa aquí, ni protocolo STU ni santo que valga…

No añade más. Todos lo entendemos: las maniobras quedarán expuestas en directo.

La cabaña espera cien metros más allá, modesta, de tablones oscurecidos; contraventanas cerradas, un porche con dos sillas de mimbre. Sin humo, sin luces, sin un maldito crujido. Demasiado quieta.

—¿Estás segura de que Lind sigue dentro? —pregunto a Morrison.

—La llamada anónima incluyó el modelo de coche, matrícula y estas coordenadas exactas. Quien fuera, sabía lo que hacía —responde, aunque el temblor mínimo de su mandíbula delata duda.

Uno de sus agentes corre desde la línea de patrullas.

—Señora, los medios dicen que recibieron la ubicación de una «fuente federal» hace más de dos horas. Tuvieron tiempo de armar todo el set.

Morrison palidece un instante; la sangre se le escapa del rostro.

—Dos horas… Ese dato se compartió con nuestro grupo hace apenas sesenta minutos.

La temperatura cae diez grados. Otra filtración, otra mano invisible anticipándose.

Por radio, la voz del negociador:

—Cabaña sin respuesta. Sin movimiento. Solicito aproximación visual.

—Concedido. Mantengan comunicación constante —responde Maggie.

A través de los prismáticos observo a dos miembros SWAT deslizarse entre los troncos, negros sobre verde, en una coreografía de manual. Las cámaras siguen cada paso. Un helicóptero baja un poco, buscando primeros planos.

Puerta principal abierta —informa un SWAT—. Interior… despejado. Signos de ocupación reciente: ropa, *laptop* encendida.

Diez minutos después, confirman lo evidente. Lind ya no está, pero estuvo. Y nos dejó migas de pan. Una bolsa de evidencia llega a manos de Morrison —por puro reflejo, me adelanto, pero ella se interpone—: «Julia, sé que creen que soy el monstruo. También soy víctima. Él me manipuló durante meses. Si me pasa algo, busca donde todo comenzó: el ala de terapia infantil, pabellón C, Sweetbell. Allí guarda su archivo maestro. M. L.»

Donde todo comenzó. Habla de Sweetbell. O quizá del ala pediátrica donde Nick preparó su primer lavado de cerebro. Carver, junto a mí, palidece una fracción.

—La nota es escrita con prisa, pero la caligrafía coincide con su firma de universidad —musita, y alza la vista—. Esto se siente menos confesión que SOS.

Antes de analizarla, un tumulto junto a la línea de prensa nos sorprende. Se trata de un hombre que emerge del bosque con los brazos en alto, tropezando en la hojarasca.

—¡Es él! —grita Morrison por radio—. ¡Es Lind!

Marcus Lind parece un náufrago, iba con la bata médica rasgada, el rostro arañado, los ojos febriles. Cojea hacia el torbellino de focos.

—¡No disparen! ¡No soy el asesino! ¡Me usan como pantalla! —ruge, pero su voz se pierde en el estrépito de los helicópteros.

Los reporteros se abalanzan, saboreando la sangre del directo. Morrison avanza con sus dos guardaespaldas, como directora ansiosa de un final ya escrito.

—¡Agente Stein! —Me alcanza con la mirada, desesperado—. ¡El Coleccionista está… más cerca de lo que piensan!

Un escalofrío me recorre la columna, pero Morrison ordena:

—Marcus Lind, queda arrestado por los asesinatos de Sarah Mitchell, Daniel Hayes, Emily Carter y Thomas Reed.

—¡No! ¡Tengo grabaciones, pruebas! ¡Él me lo ordenó todo! —Lind forcejea; los *flashes* estallan. La televisión nacional saborea la captura en vivo.

Mi móvil vibra en el bolsillo interior. Es un mensaje sin remitente visible.

«Buen show, ¿no crees? Mientras todos miran la mano derecha, la izquierda opera. Gabriel Ruiz acaba de sufrir "complicaciones imprevistas". Ya no testificará. Nick».

El mensaje brilla en la pantalla y noto el mismo latigazo que sentí al oír la hora oficial de defunción. No hay sorpresa; solo un fuego que me sube por la tráquea.

—Maggie —le enseño el móvil—. El muy cabrón presume.

Aprieta la mandíbula hasta que cruje.

—Pues que disfrute los últimos segundos de espectáculo —responde—. Ryan, congela los metadatos; Zach, rastrea ese fantasma.

Me guardo el teléfono. El helicóptero zurce un bucle sobre nuestras cabezas y, por un instante, deseo que su reflector encuentre a Nick allí mismo para acabar con esto. Pero la rabia necesita dirección, no ruido: levanto la vista, busco a Lind entre los flashes y pienso que, si Nick quiere una función final, yo escribiré el libreto.

Carver apoya una mano en la barandilla metálica del blindado; su cuaderno tiembla.

—Nick está limpiando el tablero. Un testigo menos, un chivo expiatorio en cámara. Sin contradicciones.

Morrison se acerca —ya con semblante de heroína para las cámaras—:

—Caso cerrado, agentes. Tenemos al responsable y evidencia suficiente para el fiscal.

—Todavía está vivo, pero no es Lind —respondo sin disimular la furia—. Y usted lo sabe, en el fondo. Esa evidencia es demasiado pulcra.

—La obsesión con teorías conspiratorias nubla su juicio, Stein. Tendrá que responder por ello —contesta, y su sonrisa no es para mí. sino para el *zoom* del canal 8.

El teléfono suena de nuevo. Era una llamada cifrada. Activo la grabadora, dejo el altavoz bajo.

—¿Agente Stein? —Una voz disfrazada, metálica—. Soy Nick. Hora de hablar sin intermediarios.

Le hago seña a Maggie para que se acerque.

—Escucho.

—Magnífico montaje, ¿verdad? Mientras el FBI aplaude su brillante captura, el verdadero coleccionista prepara la muestra final. Tú, Julia, mi pieza cincuenta y uno, la estrella de la sala. Si vienes sola, los demás vivirán lo suficiente para aplaudir.

—¿Dónde y cuándo?

—Allí donde aprendiste a contar hasta cincuenta y uno. Sweetbell. Medianoche. Trae tu valentía; la necesitarás.

—Si tocas a uno solo de los míos, te mato —escupo al auricular.

Su risa parece pertenecer a alguien sin alma.

—Esa cólera tuya pulirá el último detalle. Gracias también por el transmisor. Necesitaba una segunda cámara para inmortalizar tu transformación.

Corta, y el silencio se abate un instante sobre el caos mediático. Después, el ulular de los helicópteros vuelve a ensordecerme.

Entrego el móvil a Maggie.

—Sabe del transmisor. Nos espera.

—Entonces vamos con un plan que no espere —responde ella, y me sorprende la dureza en sus ojos.

Morrison posa para las cámaras a veinte metros; los focos tintan su chaqueta de sudor. Maggie llama a todo el equipo, me agarra del antebrazo y me arrastra a la retaguardia, donde el equipo SWAT (unidad táctica) reparte botellas de agua tibia y las lentes no alcanzan. Allí, en voz lo bastante baja para perderse entre los generadores, reparte órdenes:

—Equipo Alfa, Ryan y Zach, se queda en el Hampton Inn. Montarán un puente seguro y cifrarán cada mensaje dentro de una VPN oculta, creada por Ryan en caliente.

»Equipo Bravo, Maggie, Maia y yo, saldremos hacia Sweetbell en un vehículo sin placas. Un *marshall* que le debe favores a Maggie nos dará cobertura legal si algo se tuerce.

»Carver viajará con Morrison y Lind hasta Quantico. Vigilará la evidencia para que nada desaparezca en la cadena de custodia y enviará su posición cada treinta minutos. Confía poco en Morrison y menos aún en dejar a Lind sin escolta.

La estática de los *walkies* cosquillea mis oídos. Todo debe funcionar a la primera; una sola fuga y el Curador volverá a dictar el guion.

Carver asiente. Sus ojos, por primera vez desde hace días, revelan algo parecido al miedo.

—Sweetbell es un hervidero de amianto y ratas. Lleva filtros P95. Y no bajes la guardia. Nick diseña jaulas que parecen puertas abiertas —dice.

—Lo tendré —respondo; nuestras miradas se enganchan un segundo, como en un complot silencioso.

Antes de subir al SUV gris que nos prestan, lanzo una última mirada al escenario mediático: helicópteros, *flashes*, un doctor en bata custodiado como trofeo. El público seguirá viendo esa pantomima toda la mañana, sin sospechar que la verdadera función, el pase privado, ocurre a medianoche en el esqueleto putrefacto de una avícola abandonada.

El motor arranca. Con cada kilómetro de asfalto húmedo, dejo atrás las cámaras, a Morrison y su triunfo hueco. Pero no puedo sacudirme la certeza: Nick ha escrito el tercer acto con mi sangre. Y yo, la única que conoce su libreto desde dentro, soy también la única que puede reescribir el final.

Quedan quince horas para la medianoche. Quince horas para llegar a Sweetbell. Quince horas para decidir si esta obra acaba en aplausos… o en incendio.

REGRESO A LOS ORÍGENES

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, ala de carga
Lunes, 10:15 a. m.

El SUV sin placas traquetea sobre el asfalto parcheado mientras el olor a diésel y café reseco impregna el habitáculo. Maia conduce con la vista clavada en la línea amarilla; Maggie, en el asiento de copiloto, repasa en su tableta las fotos de Lind de niño en Sweetbell y las superpone mentalmente a los rostros de las víctimas; yo, en la parte trasera, examino una y otra vez las coordenadas que Nick envió.

Ryan y Zach se quedaron en el Hampton Inn para sostener el puente cifrado que crepita en mi auricular, y Carver acompaña a Lind —bajo la mirada de Morrison— camino a Quantico. Si ningún control estatal nos detiene, estaremos ante las ruinas de Sweetbell en poco menos de cuarenta y cinco minutos.

El móvil vibra; me llega un solo texto cifrado: «Ala norte sellada con gas VX de entrenamiento. Lleven filtros de carbón. Nick».

Nick sigue marcando el guion, y yo avanzo por la línea que él mismo ha pintado.

Maia baja a segunda cuando las cabañas derruidas del viejo Sweetbell Kids Resort surgen entre los pinos. En la fachada del pabellón principal parpadean focos led recién atornillados: señal de que el escenario ya está iluminado. Maggie asegura la pistola contra

el muslo y me sostiene la mirada; esto ha dejado de ser un espectáculo para la prensa: es el último umbral útil.

Salimos del SUV. El aire nos golpea con un olor áspero a cloro y madera húmeda. Inspiro despacio, dejo que el pasado me llene los pulmones y doy el primer paso hacia dentro.

El aparcamiento está desierto salvo por un montacargas herrumbroso y bidones azules apilados junto a la rampa. El logotipo medio borrado de Sweetbell Kids reluce bajo pintura fresca; la paradoja hiere más que la decadencia. Maia consulta su multigás portátil —lectura inicial: cloro 0,02 ppm, amoniaco en trazas, oxígeno normal—. Buenas noticias que saben a advertencia.

—El VX no está en aire ambiente —dictamina—, pero si Nick ha sellado el ala norte, puede inyectarlo por los conductos. Necesitamos cartuchos de carbón antes de traspasar esa puerta.

Maggie rodea una *pick-up* abandonada buscando ruta secundaria. La culata de su MP5 golpea la chapa y produce un ruido que resuena en las paredes vacías del pabellón, un eco artificial, procesado, como si ya estuviéramos dentro de un micrófono gigante.

Me agacho ante el suelo resquebrajado. Bajo la primera losa queda marcada una huella reciente. Era como la de una bota ligera, con suela antiderrapante, de talla infantil. Los latidos me retumban en la lengua. Niños, todavía. O un señuelo para romper mi coraje.

El portón del muelle de carga aparece anclado con candado nuevo, tipo LOTO. Maggie despliega la cizalla telescópica, pero Maia la detiene: un sensor adhesivo vibrométrico cubre el mecanismo; cualquier sacudida avisaría a quien vigile. Maia pega un imán de tierras raras que engaña al interruptor. El led cambia de rojo a verde y el candado se abre con un clic casi infantil.

Empujamos la hoja metálica. El olor a cloro viejo y serrín húmedo nos golpea. Sobre el suelo, líneas de tiza forman un tablero de rayuela; en cada casilla, un número romano y un emoticono sonriente. La nostalgia duele de forma cavernosa.

—No pises la casilla V —avisa Maggie—. Hay una imperfección en la superficie. Una placa de presión.

Mientras Maia toma muestras con hisopo, abro el canal cifrado Aurora-6; Ryan responde con estática y un aviso de texto: El nodo

principal está sufriendo un ataque. Solo podré darte ventanas limpias de cinco minutos y luego perderás la señal. Aprovecha cada una». Dos pulsaciones rápidas son mi forma de decir «recibido».

El espejo le devuelve la imagen de un pasillo donde las luces parpadean tres veces por segundo, un destello rítmico que se usa para desorientar y controlar la atención de quien lo atraviesa. Los cables suben al falso techo y se pierden rumbo al ala norte. Nick saluda sin hablar.

—Hay que cortar ese pulso antes de que empiece a jugar con nuestros reflejos —dice Maia, cambiando su filtro por uno CBRN de carbón activo.

Me ajusto el mío. El caucho huele a goma nueva; la garganta recuerda el latigazo químico de hace veinte años, pero la mano no tiembla.

Reagrupamos junto a la línea que separa el muelle del pasillo. Maggie marca señal táctica: dos nudillos en casco, uno sobre el pecho. Entramos en fila india.

Antes de cruzar, le envío a Ryan una señal breve con la palabra clave «RAYUELA» y coordenadas. Si todo sale mal, sabrá dónde empezar a excavar.

Contengo el aliento.

Piso la primera baldosa del tablero. El suelo cede un milímetro y un mecanismo se activa: tic-tic-tic, como metrónomo infantil. Luz estroboscópica. Las sombras de mi infancia se alargan en las paredes en un baile que huele a cloro y culpa.

Sigo contando pasos. Cuando llegue a diez —me prometo— empezará la caza, pero esta vez la mano del cazador será la mía.

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, ala norte (nivel –1)

Lunes, 10:32 a. m.

El ala norte se alza con las ventanas tapiadas y los muros hinchados por la humedad. Enciendo la linterna de cabeza y el haz revela motas de polvo flotando como ceniza.

—Filtro P-95 —me recuerda Maia mientras ajusta su mascarilla.

Nada más cruzar el umbral, el olor cambia: primero madera podrida; después, cloro viejo. La luz barre murales infantiles —osos sin ojos, arcoíris invadidos por hongos negros— que devuelven mi propia infancia como un arrastre de uñas sobre pizarra.

Llego a la tercera puerta y me detengo: un termómetro clínico cuelga de una cuerda y marca 17 °C. Demasiado frío para un edificio sin electricidad.

—Generador portátil, ala sur —murmuro.

El suelo cruje; bajo las tablas, el agua estancada golpea como respiración contenida. Maia encuentra un carrito oxidado con etiquetas de colores —«grupo A, grupo B, pruebas realizadas»— y yo ilumino un calendario de 1997 tachado hasta junio.

—Aquí empezó su laboratorio —susurro— y aquí piensa cerrarlo.

Maggie alza la mano: silencio. Desde el fondo llega un golpe hueco, seguido de un arrastre lento. Nick —o su señuelo— ya sabe que estamos dentro.

Doy el primer paso fuera de la arboleda interior y el olor auténtico de Sweetbell me golpea de lleno: ráfagas de madera podrida y cloro estancado que impregnan la tierra húmeda, mezcladas con el dulzor rancio de bidones de desinfectante abandonados en el pabellón principal. No necesito más pistas: estoy exactamente donde él quería que volviera. El amargor se me pegó a la lengua antes de que la nariz catalogara la mezcla. A mi izquierda, Maia ajustó con firmeza la banda elástica del filtro P-95.

—Comprueba que no se cuele aire —susurró Maia sin aminorar el paso.

Inhalé, conté dos, exhalé. La máscara no dejó filtrar aire por los bordes.

—Sellado —asentí.

—Si lo del gas VX es cierto, el cartucho de carbón nos compra quince minutos; con el P-95 solo frenamos polvo y aerosoles. Vigila la dirección del viento.

Llegamos al muelle de carga. Las planchas de metal gimieron bajo las botas. Maggie cubría la retaguardia desde el SUV. Escuché su voz amortiguada en el auricular:

—Cámaras térmicas ciegas. Señal inestable. Nick acaba de destrabar la puerta norte —informó Maggie.

El cerrojo eléctrico chasqueó. Empujé la hoja y un remolino de polvo se retorció a la luz de la linterna. El pasillo aparecía desnudo, salvo por el riel metálico de la vieja tirolina que cruzaba el techo del pabellón. Cada junta chirrió de forma distinta cuando la corriente de aire nos siguió hacia dentro.

—Atenta al suelo —advertí—. Hay charcos de solución cáustica. Evita las zonas irisadas.

Maia barrió el suelo con su linterna. Las baldosas originales, cuarteadas, dejaban ver un hormigón deslucido con bordes blanquecinos —cicatrices de lejía industrial—. El destello me devolvió un recuerdo brutal: turnos de limpieza en mi niñez, cuando los monitores tiraban cubos de químico hirviente sobre los pasillos del comedor para borrar cualquier rastro de vómito o sangre de rodilla de los niños que se lastimaban en los juegos. El dolor fantasma quemó la palma de mi mano; cerré el puño hasta que la sensación cedió.

Una cadena —resto de la vieja tirolina del pabellón— colgaba de la viga central. Al rozarla, el chasquido metálico recorrió la nave desierta y regresó con un retardo tan preciso que solo podía indicar micrófonos de escucha. Solté la cadena de inmediato.

Al fondo, un rótulo metálico abollado rezaba «CORREDOR B: Laboratorios 1-7». El número B-7 prendió como una brasa en mi memoria. Ahí dentro, décadas atrás, habían comenzado «las sesiones de mejora».

—Veo cuatro micrófonos ambientales distribuidos a intervalos regulares —avisé por el canal interno—. Nick nos escucha incluso cuando callamos.

Maia asintió, pegó un parche reactivo junto al marco de la puerta que lleva a la escalera metálica y esperó cinco segundos. El indicador permaneció blanco.

—Sin rastro de VX aquí —anunció—, pero no bajes la guardia, puede abrir los depósitos en cuanto pulse un mando.

Me adelanté por la escalera metálica, oxidada y empinada. Cada peldaño soltaba un crujido seco, como hueso viejo, y la barandilla dejaba un rastro de óxido polvoriento que se pegaba a mis guantes de nitrilo. El aire olía a hierro húmedo y a cable recalentado. En el tercer descanso, un temblor casi imperceptible trepó por las suelas. Los nuevos conductos eléctricos temblaban dentro del tabique; un transformador, oculto más abajo, trabajaba a plena carga. Nick alimentaba algo más que luces y cerraduras. Quizá bombas de aire, cámaras redundantes o un sistema de cierre químico.

Al alcanzar el último rellano, levanté la mano y detuve al equipo. Maia respiraba con la cadencia que le enseñé en Quantico; Maggie sostenía la MP5 a medio pecho, mirada fija en la sombra. Solo entonces me permití escuchar. Un goteo persistente chocaba contra metal, marcando los segundos como un metrónomo oxidado. El eco se expandía por el hueco de la escalera y volvía más lento, filtrado por la humedad. Conté los golpes del corazón en mis sienes: ochenta y cuatro por minuto, estables, todavía útiles. El siguiente paso nos llevaría al pasillo donde todo empezó, y esta vez pensaba controlar yo el interruptor.

—Última puerta —avisé por el canal interno—. A mi señal, entramos sin linternas; Nick se nutre del susto, no de nuestras rutinas.

Maia respondió con un leve apretón en mi antebrazo: luz verde. Llené los pulmones, recordé el ancla — suelo bajo mis botas, aire en la tráquea, latido firme—, solté despacio, encajé el hombro contra la culata y avancé hacia el vestíbulo que aquella niña de nueve años juró no volver a pisar. Ahora regresaba con la mira alzada y el dedo preparado para demostrar que el miedo podía cambiar de dueño.

La puerta se abrió veinte centímetros, lo justo para que una lengua de niebla gris nos golpeara la cara.

—¡Gas! —gritó Maggie—. Retirada táctica, dos pasos atrás.

No hubo tiempo: la compuerta se cerró de golpe entre nosotras. Sentí el chasquido de un cierre magnético y oí a Maia toser al otro lado.

—Julia, sigue— alcanzó a ordenar Maggie antes de que la estática devorara el canal.

Yo ya estaba dentro; ellas, atrapadas en la escalera. Nick acababa de aislar a su sujeto favorito.

Sala de distribución eléctrica, Nivel -1. Lo primero que percibí fue un rumor grave y sostenido de un transformador sobrecargado. El aire olía a ozono y a goma recalentada; focos led colgaban de cables sueltos, balanceándose como lámparas de interrogatorio. Nick sabía de atmósferas. Convertir un sótano técnico en un confesionario era arte oscuro.

Maia avanzó primera, con el sensor multigás en alto. En sus lecturas, 40 ppm de tolueno, 2 ppm de ácido fórmico y 0,8 % menos oxígeno que a nivel superficie. Suficiente para marear, no para matar; Nick quería lucidez forzada, no asfixia.

En el centro, una jaula de Faraday de malla gruesa. Dentro, un sillón dental antiguo, de cuero rasgado y manchas negruzcas como pecas de óxido. Atado al respaldo, un metrónomo mecánico marcaba 60 lpm; cada tic modulaba la iluminación estroboscópica. Fue imposible no pensar en péndulos.

—Aquí condicionó la respuesta de Cruz —deduje—. Luz más sonido: inducción. Después, estímulo aversivo.

Sobre la bandeja del sillón yacían electrodos TENS, jeringas de benzodiacepinas y un tubo de BZ-25. El mismo bloqueador de memoria hallado en Oak Hollow. El rompecabezas se cerraba.

Maia extrajo de su mochila el analizador de radiofrecuencias portátil que Ryan había preconfigurado y lo acopló al panel principal. Una chispa azul y el monitor se llenó de 128 canales activos: picos y valles como latidos digitales. Abrí la línea cifrada «Aurora-6»; Ryan respondió con voz amortiguada por el enlace hotel-satélite.

—Recibo telemetría. Eso es una ruleta rusa cognitiva. Con la ráfaga adecuada, puede tomar el control de los implantes auditivos civiles.

Maia masculló un «Bienvenido al siglo XXI».

Bajo el texto, un pedal rojo conectado a la mesa de relés. Maia dio un paso, pero lo detuve. Clásico ultimátum de Nick; daño si

activas, daño si ignoras. Necesitábamos salir de la ecuación y no negociar.

—Ryan, esquema eléctrico —pedí.

Un PDF llegó al visor táctico: cinco líneas de 240 V. Derriba dos y la jaula queda inerte; derriba tres y el edificio pierde soporte vital. Maggie señaló tres cables gruesos del cuadro eléctrico: «cortamos estos dos —Beta y Delta— y dejamos activo Omega para que siga funcionando la ventilación general». Maia alzó el cortafrío, preparada.

El metrónomo subió a 180 lpm. Ventiladores del techo vomitaron polvo blanco: talco fluorescente.

—¡Nanopartículas marcadoras! —alertó Maia—. Nos quiere fosforescentes para la caza posterior.

La luz ultravioleta nos hizo relucir de verde; la sustancia marcadora señalaba cada centímetro de piel como si fuese un punto de mira. Zach atacó el cuadro. Chispas, silencio; bombillas negras. El monitor quedó congelado en la imagen de Cruz; el pedal rojo se apagó.

Solo nuestro jadeo y el tic hueco del metrónomo roto. Maggie cortó la malla; entré. La pantalla estaba tibia, el monitor emitía un ronroneo eléctrico constante.

—Te tenemos, Nick —susurré—. No hay frecuencia que cubra tu miedo.

Maia descargó todos los datos captados y los guardó en un disco externo cifrado para Ryan. Zach selló los respiraderos con espuma expansiva. Y mientras subíamos la escalera al nivel 0, las luces de emergencia revivieron en ámbar tenue, como si el edificio exhalara aliviado.

Maia selló el último respiradero. Solo quedaba silencio y el tic muerto de un metrónomo sin corriente. Salimos con los registros de control en el bolsillo y la certeza de haber dejado a Nick sin su escenario. Ahora teníamos algo tangible: sus comandos, sus frecuencias y el lugar exacto donde empezó todo. El juego acababa de volverse nuestro.

EL COLECCIONISTA DE EMOCIONES

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, Sala C-12
Lunes, 1:15 p. m

ATRAVESÉ la puerta oculta y sentí que cruzaba a otra época. El nuevo recinto era aséptico: muros de cristal blindado, ventiladores que exhalaban aire helado, monitores que pulsaban datos en verde. Doce monitores alineados mostraban cada pasillo del complejo, todas en tiempo real. El olor a plástico calentado y ozono llenaba los pulmones; una vibración sorda me retumbaba en el esternón. En un instante comprendí que aquí se procesaba la verdad bruta, no un decorado nostálgico como el ala infantil. Tres camillas de acero —con Valery Levington, el abogado Blackwood y la doctora Cruz inmovilizados y monitorizados— ocupaban la pared derecha, expuestos como muestras clínicas.

Ryan irrumpió por el canal cifrado.

—Zach, me muevo. Nick ha tomado control local; necesito acceso físico.

Las cámaras exteriores captaron a la furgoneta donde viajaba Ryan saliendo rumbo al *resort*. Zach aceptó cubrirlo a distancia mientras seguía monitorizando la red cifrada (VPN).

Pude ver a Maggie en una de las pantallas, avanzando lentamente por un pasillo lleno de una neblina grisácea.

—Maia… —susurré, reconociendo la silueta inmóvil en otro monitor.

—La doctora Mills está bien —dijo una voz desde las sombras al fondo de la habitación—. Simplemente… descansando. El gas que uso tiene de forma distinta a cada sistema nervioso.

La figura que emergió de la oscuridad llevaba una máscara médica quirúrgica y gafas que distorsionaban sus rasgos. Su altura y constitución eran banales, deliberadamente neutras. Pero su voz… se trataba de esa voz que había escuchado en las cintas de mi infancia, que había dirigido mis pesadillas durante décadas.

—Nick —dije, y la palabra salió como un suspiro de reconocimiento y terror.

—En efecto. Aunque, como el doctor Carver notó correctamente, Nick es más bien una… función que un nombre. Una identidad que adopto cuando necesito acceder a ciertos aspectos de mi investigación.

Se acercó a un panel de control central, sus movimientos precisos y controlados. En las pantallas a su alrededor, podía ver datos biomédicos en tiempo real de los tres rehenes en la habitación contigua.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué nosotros?

Nick se detuvo, con las manos posadas sobre el panel de control. Por un momento, parecía considerar la pregunta con una seriedad académica.

—¿Alguna vez has observado a alguien llorar, Julia, y te has preguntado qué se siente exactamente? No el concepto intelectual de la tristeza, sino la experiencia física, visceral, de ese dolor que los hace sollozar.

La pregunta era extraña, pero había algo en su tono que me hizo prestar atención.

—Todo el mundo sabe lo que se siente estar triste.

—¿Todo el mundo? —Se giró hacia mí; aunque no podía ver su expresión completa detrás de la máscara, algo casi curioso se adivinaba en su postura—. Yo observo emociones como un científico observa especímenes bajo un microscopio.

Puedo catalogar respuestas fisiológicas, predecir patrones de comportamiento, incluso replicar las expresiones faciales correctas. Pero la experiencia interna… esa permanece frustrantemente opaca.

Una descarga me subió por la espalda. No estaba describiendo simple crueldad; estaba describiendo una incapacidad fundamental.

—Alexitimia total —murmuré—. Analizas el dolor, pero no lo sientes.

—Exacto —asintió—. Por eso lo colecciono. Necesito observarlo para entenderlo.

Se acercó a una de las pantallas que mostraba las lecturas cardíacas de Valery; al otro lado del vidrio, ella yacía sedada sobre una camilla, conectada a sensores

—¿Puedes imaginar lo que es estudiar la mente humana, especializarte en trauma y dolor, cuando tu propio sistema emocional es esencialmente un desierto? Es como ser un crítico de arte que nació ciego o un compositor que nació sordo.

—Entonces empezaste a coleccionar emociones ajenas —razoné —. El trauma era tu forma de intentar sentir lo que te falta.

—Exacto. El programa Sweetbell fue mi primer laboratorio real. Niños traumatizados ofrecían las respuestas emocionales más puras, sin las capas de represión y racionalización que desarrollan los adultos. Podía estudiar el terror en estado puro, la esperanza, la desesperación...

Mi radio crujió débilmente.

—Julia… —Era la voz de Zach, en un bucle grabado sin sello horario—. Gas denso… Maggie está inconsciente… Si no sales de ahí pronto…

Nick observó mi reacción con esa curiosidad clínica.

—Fascinante. Tu frecuencia cardíaca acaba de aumentar veintidós latidos por minuto al escuchar la voz de angustia de tu colega. Tu presión arterial sistólica subió quince puntos. Estas son las reacciones que he estado estudiando durante décadas.

—Eres un monstruo.

—¿Monstruo? —Inclinó la cabeza—. Soy un científico con una discapacidad neurológica que encontró una forma innovadora de

estudiar su campo de especialización. Los métodos pueden ser... poco convencionales, pero los datos son incalculables.

Se acercó a un archivador y extrajo una carpeta que reconocí como la mía.

—Pero tú, Julia... tú eras diferente desde el principio. La mayoría de mis sujetos mostraban patrones predecibles de trauma y recuperación. Pero tu resiliencia era extraordinaria. No solo sobreviviste a Richard, sino que lo transformaste en fortaleza. Te convertiste en protectora, en cazadora de monstruos.

—Me convertí en agente del FBI para atrapar a personas como tú.

—Te convertiste en agente del FBI porque yo planté las semillas de esa ambición durante nuestras sesiones. ¿Recuerdas las historias que te contaba sobre héroes que rescataban a otros niños? ¿Los ejercicios de imaginación donde eras la protectora?

Los recuerdos vinieron en una oleada náusea. Las sesiones en las cuales Nick me había hecho visualizar escenarios en los que yo salvaba a otros niños de situaciones peligrosas. Había pensado que era terapia para superar mi trauma con Richard. En realidad, había sido programación.

—Me condicionaste para perseguir esta carrera.

—Te guie hacia tu potencial natural. Y funcionó a la perfección. Te convertiste en lo que necesitaba: una profesional altamente entrenada, emocionalmente resiliente, con acceso a casos de trauma extremo. Mi observadora personal dentro del sistema.

En la pantalla, vi cómo Ryan por fin lograba abrir una puerta de seguridad en el sótano. Comenzó a correr por un pasillo, claramente buscando una forma de llegar a nosotros.

—Tus colegas son... persistentes —observó Nick—. Especialmente tu perfilador de confianza. Su empeño en protegerte ha sido... instructivo de observar..

Algo en la forma en que lo dijo me llamó la atención. Había una nota extraña en su voz, algo que no podía identificar.

—¿Conoces bien a Carver?

—Conozco a todos los miembros de tu equipo bastante bien, Julia. Ha sido necesario para asegurar que la investigación

procediera según mis parámetros. Una de tus fuentes internas ha aportado perspectivas valiosas sobre la metodología de perfilado.

—¿Has estado espiando nuestras reuniones?

—Digamos que he tenido acceso a información sobre los procedimientos de tu equipo.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de texto me hizo casi gritar de alivio.

«Julia. Estoy consciente. El gas solo me sedó temporalmente. Encontré planos arquitectónicos. Hay una sala de control maestro en el sótano. Ryan está en camino. Mantén a Nick hablando. Maia».

Nick debió notar mi cambio de expresión porque se acercó más.

—¿Buenas noticias de tus amigos?

—Solo Maia, reportando que está bien.

—Ah, la doctora Mills. Otra mente fascinante. Su comprensión de la neuroplasticidad del trauma ha sido muy útil para refinar mis métodos.

Decidí arriesgarme con una pregunta directa.

—¿Cómo has obtenido acceso a tanta información sobre nuestros casos? ¿Sobre nuestros procedimientos? Es como si hubieras estado dentro de nuestra investigación desde el principio.

Nick se quedó silencioso por un momento, estudiándome.

—Digamos que cuando uno ha dedicado su carrera a estudiar el comportamiento humano, se vuelve bastante hábil para... insertarse en sistemas sociales complejos. Tu equipo del FBI no ha sido la excepción.

—¿Tienes un informante dentro del Buró?

—Tengo… recursos…

Una alarma suave comenzó a sonar en el panel de control. Nick la revisó y frunció el ceño.

—Parece que tu amigo Ryan ha sido más ingenioso de lo que anticipé. Ha logrado acceder a algunos de mis sistemas de seguridad.

En la pantalla, pude ver a Ryan trabajando furiosamente en una terminal en lo que parecía ser la sala de servidores del nivel –2.

—Te propongo un trato, Julia —dijo Nick, girándose hacia mí—. Acepta voluntariamente participar en mi experimento final.

Permíteme completar tu transformación y documentar el proceso. Y como muestra de buena fe, liberaré a uno de tus amigos.

—¿Qué tipo de experimento?

—Un mapeo completo de tu respuesta emocional al trauma extremo. Usando las técnicas que desarrollé en Sweetbell, pero refinadas por décadas de investigación. Será la culminación de mi trabajo, Julia. Tu mente se convertirá en la llave para entender completamente la neurofisiología del dolor psicológico.

—¿Y si me niego?

—Entonces tendré que proceder de una manera menos... elegante. Tus amigos se convertirán en sujetos de control mientras trabajo contigo de manera más... directa.

Miré las pantallas, calculando. Ryan estaba haciendo progreso en los sistemas. Maia estaba libre y en movimiento. Maggie seguía afectada por el gas, pero estaba viva. En otra pantalla, Blackwood aparecía inmóvil, sujeto a electrodos.

—Dame cinco minutos para decidir —dije.

—Tres minutos —respondió Nick—. Después de eso, comenzaré con el señor Blackwood. Su edad lo hace... vulnerable a ciertos tipos de estrés cardiovascular.

Como para enfatizar su punto, el monitor cardíaco de Blackwood en la habitación contigua mostró un pico irregular.

—Está bien —dije rápidamente—. Acepto. Pero quiero que liberes a Valery primero. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Por supuesto. Un gesto de buena fe.

Todas las luces se apagaron. Los sistemas de seguridad emitieron un pitido de alarma, y las pantallas parpadearon antes de mostrar un mensaje verde: «SISTEMA VULNERADO–REINICIANDO PROTOCOLOS DE EMERGENCIA».

—Ryan —susurré con alivio.

En la oscuridad, la voz de Nick sonó diferente, menos mecánica, más humana.

—Muy inteligente. Pero esto solo retrasa lo inevitable…

Las luces de emergencia tiñeron el cuarto de rojo. Sobre la mesa donde Nick había dejado sus instrumentos relucía una libreta negra

que había visto muchas veces. La sospecha que me rondaba se solidificó.

La puerta principal se abrió de golpe.

—¡Julia! —Maia irrumpió con Ryan—. Tenemos que salir cuanto antes.

Nick ya no estaba; desapareció sin dejar huellas, dejando preguntas… y una certeza que empezaba a arderme en el pecho.

EL PRECIO DE LA AMBICIÓN

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, Laboratorio C-12
Lunes, 13:45 p. m.

VALERY LEVINGTON, el abogado Blackwood y la doctora Cruz permanecían sedados sobre camillas con ruedas, conectados a monitores que mostraban sus constantes vitales. La voz de Nick seguía resonando en la habitación, aunque él se disipó en la penumbra cuando irrumpieron Maia y Ryan.

—¿Dónde está? —preguntó Ryan, el sudor le corría por la frente mientras hurgaba de manera desesperada en las consolas de control —. Estaba aquí hace un segundo.

—Se esfumó —respondí, ayudando a Maia a revisar las líneas intravenosas de los rehenes—. Como si conociera cada centímetro de este lugar.

—Lo conoce —confirmó Maia, desconectando con cuidado el sedante que mantenía a Valery inmóvil. Aunque Nick había cortado el goteo y prometido liberarla, Valery seguía conectada a la vía y aturdida, el pulso figuraba inestable en el monitor portátil que Maia sujetaba con la otra mano—. Los planos que encontré muestran pasillos ocultos y sistemas de ventilación interconectados. Quien diseñó esto convirtió Sweetbell en un laberinto dirigido a distancia.

Ryan cegó el ala norte cortando la iluminación; desde los respiraderos, Nick liberó drones del tamaño de una mano que

rociaron gas lacrimógeno. El corredor se convirtió en una cortina densa de niebla; Ryan se adelantó para cubrir la retirada de Maia y de los rehenes —Valery, Blackwood y Cruz, mientras empujaban sus camas rodantes—, Maggie, todavía aturdida por el agente irritante, se apoyaba en la pared intentando recuperar el aliento.

—Julia, no —me detuvo Ryan—. Es exactamente lo que él quiere.

—Pero también es la única forma de obtener respuestas —repliqué—. Y de salvar a todos los demás.

Mi radio chisporroteó. Era Zach.

—Julia, acabo de interceptar una orden de Morrison: retirar a todos salvo al equipo de negociadores de crisis —los agentes Shaw y Delgado, asignados a dialogar con Nick—; dice que va a «manejar la situación personalmente». Eso no cuadra.

—¿Dónde estás ahora?

—Sigo en el Hampton Inn con la VPN; tengo el canal táctico pinchado. Te veo a ti y a Ryan dentro de C-12. Su ritmo cardíaco se dispara, Maggie sigue débil en el pasillo próximo. Julia… extrema las precauciones; las variables cambian cada minuto.

Valery consiguió incorporarse un poco en el lecho; su voz sonó más firme.

—Antes de que te vayas… necesitas saber algo sobre tu expediente. Había anotaciones en los márgenes, escritas a mano. Reconocí la caligrafía.

—¿De quién?

—De alguien en quien confías. Alguien muy cercano a esta investigación.

No alcancé a preguntar más: los focos se apagaron de nuevo. Esta vez no era Ryan manipulando el sistema, sino algo más deliberado, más calculado. En la oscuridad, la voz de Nick retumbó por los altavoces una última vez.

—Es hora, Julia. Sala C-12. Tu equipo dispone de treinta minutos antes de que libere un gas muy distinto. Uno que no los dejará simplemente inconscientes.

—¿Y si voy?

—Si aceptas participar voluntariamente en mi experimento final, todos los demás quedarán libres. Después me quitaré la vida. Todos

los secretos morirán conmigo y los comprometidos saldrán ilesos.

—¿Incluida Morrison?

—Especialmente Morrison. Su ambición la hizo útil, pero nunca fue el infiltrado que necesitaba.

Las luces de emergencia se encendieron, bañando el laboratorio en un resplandor rojo familiar. Miré a mis amigos: Maia, con determinación férrea en la mirada; Ryan, calculando opciones técnicas; Valery y Blackwood, aún luchando contra los sedantes; Cruz, inconsciente, pero respirando con regularidad. Todos dependían de mi decisión. Y en algún lugar del edificio, alguien en quien había confiado desde el inicio esperaba para revelar su traición.

—Voy —dije al fin.

—Julia, no —protestó Maia.

—Es la única vía. Pero escucha, si no regreso, si Nick logra lo que quiere… investiga a Morrison. Encuentra esos documentos. Asegúrate de que la verdad sobre Sweetbell salga por fin a la luz.

Mientras me dirigía a la puerta, sentí que avanzaba hacia el choque final, no solo con Nick, sino con la verdad acerca de quién había estado saboteando al equipo desde dentro. El reloj marcaba las 2:15 p. m. Treinta minutos para salvarlos a todos, o treinta minutos para convertirme en la obra maestra final de un coleccionista de emociones que llevaba más de veinte años orquestando mi vida.

LA MÁSCARA DEL TERAPEUTA

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, Sala C-12
Lunes, 2:30 p. m.

La Sala C-12, un laboratorio que Nick había dividido con paneles móviles, se encontraba en el ala norte. Al final del pasillo, un olor a limpiador áspero se mezclaba con algo más antiguo, algo que despertaba recuerdos olvidados. Mis pasos resonaban en el linóleo pulido —repuesto hacía poco—, cada uno era un eco que me acercaba a lo que imaginaba como mi transformación definitiva. Las luces fluorescentes parpadeaban, y las sombras danzaban en las paredes color *beige*.

Cuando empujé la puerta, me topé con una recreación perturbadoramente perfecta de una consulta de psicología infantil de los noventa: paredes pastel, pósteres de animales sonrientes, juguetes educativos apilados en estantes. Sin embargo, en medio de aquel decorado reconfortante brillaban equipos médicos ultramodernos. Había monitores de ondas cerebrales, cámaras de alta definición y, sobre todo, una silla que parecía más un dispositivo de contención que un asiento terapéutico.

—Bienvenida a mi consulta original, Julia —dijo una voz familiar desde las sombras.

Nick emergió tras un biombo decorado con garabatos infantiles. Vestía la misma bata blanca de mis recuerdos, pero lo que me heló

fue su máscara: una pantalla facial de polímero negro, sin rasgos, un espejo donde solo me veía a mí misma.

—¿Te gusta? —preguntó, notando mi reacción—. Es la misma máscara que usaba en las sesiones más intensivas de Sweetbell. Los niños la asociaban con seguridad y cuidado paternal. Condicionamiento pavloviano básico.

—Es espantosa —susurré.

—Es funcional. Los menores respondían a la consistencia visual, sin confundirse con mis limitaciones neurológicas.

Manipuló los controles con movimientos meticulosos.

—Siéntate, por favor. Como hacías cuando eras niña. Ha llegado el momento de terminar lo que empezamos.

—Antes quiero respuestas. ¿Quién es el infiltrado en mi equipo?

Nick ladeó la cabeza; la sonrisa pintada adquiría un matiz siniestro.

—Paciencia, número cincuenta y uno. Las revelaciones son parte del proceso. Primero necesito una línea base de tu estado emocional actual.

Unos pasos acelerados retumbaron afuera. La puerta se abrió de golpe y Marcus Lind irrumpió. Desaliñado, con los ojos ardiendo de determinación, portaba una grabadora digital.

—¡Nick! ¡O quienquiera que seas! ¡Esto termina aquí!

Nick se giró con aparente sorpresa.

—Doctor Marcus Lind, no esperaba que escapara tan rápido de la custodia del FBI.

—Esta mañana me soltaron en Henrico —reveló Lind—. El sargento de guardia recibió un correo cifrado del Departamento de Justicia que decía «Evidencia contaminada; liberar al sospechoso con carácter provisional para protocolo NBQ».

Cinco minutos después, un agente civil me metió en un coche sin distintivos y, antes de desaparecer, me dijo: «Ve a Sweetbell, Julia Stein necesita tu testimonio». No vi su rostro; llevaba mascarilla y gafas oscuras, pero usaba credenciales del Buró. —Alzó la grabadora —. Cada sesión en que me manipulaste. Cada orden para incriminarme.

Pulsó PLAY; su propia voz inundó la estancia, sumisa y confundida:

«¿Está seguro de que esto ayudará a mis pacientes, Nick?».

«Claro, Marcus. Los métodos experimentales siempre parecen radicales al principio. Piensa en los resultados».

«Pero usar sus historiales… parece una violación».

«El avance científico requiere sacrificios. Y recuerda lo que hablamos de tu pasado. Sería… desafortunado que cierta información sobre tu infancia en Sweetbell saliera a la luz».

Me estremecí. Lind también era un sujeto.

—Eras otro de sus niños —murmuré.

—Sí. Fui el Sujeto 23 —admitió con lágrimas de rabia—. Me contactó hace seis meses. Al principio creí que eran coincidencias profesionales, pero empezó a despertarme recuerdos… sesiones que había sepultado.

Nick aplaudió lentamente.

—Excelente trabajo detectivesco. Tu alexitimia secundaria tras el trauma fue fascinante. No tan marcada como la mía, claro, pero suficiente para desconectarte de tus emociones.

—¿Alexitimia secundaria? —pregunté.

—Un efecto colateral —explicó—. Algunos niños desarrollaron dificultad para sentir. Marcus se hizo psiquiatra para entender, inconscientemente, lo que le hice.

Lind dejó caer la grabadora, dio un paso hacia Nick con los puños en alto y se tambaleó. Su rostro perdió color; el sudor empapó su camisa. Nick alzó un pequeño mando a distancia y pulsó un botón.

—Un microemisor infrasónico —explicó con frialdad—. Frecuencia exacta para desestabilizar al Sujeto 23. Sus niveles de cortisol se disparan y colapsa en segundos.

Lind trató de mantenerse erguido, pero las rodillas cedieron y se desplomó en un pequeño sillón infantil; la incongruencia subrayaba lo roto que estaba.

—Has manipulado toda mi vida —sollozó.

—No toda —corrigió Nick—. Solo los aspectos que precisaba controlar. Tu matrimonio fallido fue orgánico; tu incapacidad emocional, una consecuencia natural de mi intervención.

Se volvió hacia mí.

—Ahora tenemos una ocasión única: dos sujetos de Sweetbell, uno hiperresiliente y otro con disfunción emocional. Observaré sus respuestas neurológicas en tiempo real.

—No participaré en tus experimentos —repliqué.

—Pero ya participas desde siempre. Cada decisión, cada caso… todo ha sido documentado. Ahora obtendré las mediciones finales.

Mi radio crujió con estática.

—Julia… —la voz de Zach llegó apenas un susurro—. El agente irritante ha saturado el ala oeste; Maggie respira con dificultad. Te quedan menos de cinco minutos antes de que vuelva a extenderse.

El canal murió en un chasquido estático.

Nick giró ligeramente la cabeza, fascinado.

—Increíble: tu pulso saltó doce latidos solo con oír que el plazo se acorta. Empatía anticipatoria; justo la variable que necesitaba medir.

—¿Qué les has hecho?

—Nada permanente. Aunque la agente Morrison ha tomado medidas drásticas para salvar su carrera.

Como convocada, la puerta se abrió violentamente. Morrison irrumpió con el arma desenfundada, apuntándonos a Lind y a mí. Su radio chisporroteó: «Morrison, aquí Alfa Uno. Perímetro SWAT asegurado; personal médico en posición».

—Mantengan posiciones —ordenó ella por el micro—. Nadie dispara sin mi señal. Repito: fuego bloqueado hasta nueva orden.

—Esto termina ahora —declaró con voz temblorosa—. Todos saldrán y jamás mencionarán lo encontrado.

—Agente Morrison —dijo Nick, deleitado—. Justo a tiempo para lo más interesante.

—¡Cállese! —vociferó—. ¡No permitiré que un psicópata arruine quince años de mi carrera!

Noté la desesperación: no era conspiradora, era una oportunista que veía su mundo desmoronarse.

—¿Cuánto sabías de Sweetbell? —pregunté.

—¡Lo suficiente para entender que debía quedar enterrado! —bramó—. Si esa verdad salía a la luz, destrozaría la reputación del

Buró.

Nick soltó una risa hueca tras la máscara.

—Creyó proteger algo noble, pero fue mi herramienta. Cada expediente suprimido me dio vía libre. No necesitaba un cómplice consciente, solo a alguien dispuesto a sacrificar la verdad por ambición.

El color abandonó el rostro de Morrison.

—No… yo no lo sabía…

—Esa era la idea. Su papel casi concluye. Solo debe retener al equipo de la agente Stein mientras termino.

—¿Qué «trabajo final»? —pregunté, temiendo la respuesta.

—El mapeo completo de tu reacción al trauma absoluto. Revivirás cada pesadilla, cada instante de terror que Richard te infligió mientras registro tu actividad cerebral. Después tendré los datos definitivos y podré prescindir de fingir emociones que no siento.

Un estrépito de pasos llegó del pasillo. Nick giró la cabeza.

—Parece que tus aliados burlaron mis contenciones. No importa; el proceso será más interesante con público.

La puerta se abrió y entraron Maia y Ryan —recién llegados del ala oeste— escoltados por dos agentes SWAT que traían a Maggie, todavía tambaleante.

Los operadores se encajaron a ambos lados, fusiles listos, pero se encontraron con las boca de la Colt M45 de Morrison apuntándoles al pecho.

—¡Armas abajo! —ordenó ella, su voz al borde del pánico—. Esta escena es mía.

Los SWAT intercambiaron una mirada; su protocolo dicta obedecer al SAC (supervisora al mando) presente. Bajaron ligeramente las miras, sin perder a Nick de vista.

Maia tensó la mandíbula; sabía que un disparo podría perforar los depósitos de gas que Nick había desplegado detrás de la silla.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Maggie, apoyándose en un operador.

—Una reunión familiar —respondió Nick—. Todos mis jugadores favoritos juntos. Perfecto para la conclusión de mi estudio.

Entonces vi algo que lo cambió todo. En la mesa junto a Nick había una libreta negra abierta. Idéntica a la de Carver, pero la caligrafía coincidía con las anotaciones a mano halladas en mi expediente de Sweetbell. Mi mente enlazó las piezas, pero antes de articular la revelación, Nick activó los monitores.

—Ha llegado la hora del espectáculo final —anunció—. Y esta vez todos serán testigos de lo que ocurre cuando una mente humana se quiebra por completo.

Antes de que pudiéramos movernos, dos brazos metálicos se desplegaron desde la silla y se cerraron sobre mis antebrazos como grilletes hidráulicos. Nick deslizó un juego de electrodos sobre mis sienes con la precisión de un cirujano, mientras, Morrison mantenía el arma temblorosa apuntando a todos. Sentí el chasquido del velcro en mis tobillos y los sensores fríos adherirse a mi piel. Mi protesta se perdió bajo el ruido de los equipos que cobraban vida.

EL ANCLA EN LA TORMENTA

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, Sala C-12
Lunes, 3:00 p. m.

La Sala C-12 se asemejaba ahora a un anfiteatro clínico. En el centro, una plataforma giratoria sostenía la silla médica —una estructura de acero inoxidable con rieles hidráulicos— rodeada por un semicírculo de pantallas de alto brillo y torres de servidores que exhalaban aire tibio. Sobre el nivel del suelo, una pasarela metálica en forma de herradura permitía controlar la maquinaria desde un púlpito ligeramente elevado. Nick se situaba allí, a dos metros detrás de mi respaldo, manipulando un panel táctil curvo. A su derecha permanecía una consola analógica con interruptores de palanca; a su izquierda, una cámara de brazo robótico apuntaba directo a mi rostro.

Los electrodos que Nick colocó en mis sienes se sentían como garras frías, metálicas, diseñadas para extraer los secretos más profundos de mi mente. La silla se había transformado en un instrumento de tortura psicológica: correas de Kevlar sujetaban mis antebrazos, bandas neumáticas inmovilizaban mis pantorrillas y un arnés lumbar me atenazaba contra el respaldo. Los monitores, suspendidos sobre mí como medusas fosforescentes, comenzaban a registrar cada impulso neurológico, cada respuesta química a los horrores que estaba a punto de revivir.

—Línea base establecida —anunció Nick, su máscara de polímero negro reflejaba el rojo intermitente de las luces de emergencia—. Frecuencia cardíaca: ochenta y cinco. Presión arterial: ciento veinte sobre ochenta. Ondas cerebrales dentro de rango de alerta. Perfecto para comenzar la regresión controlada.

Mi equipo se había quedado detenido en el umbral, formando una media luna involuntaria: dos SWAT —uno con fusil M4 al hombro, otro con escudo balístico— flanqueaban a Maggie y a Morrison. Esta última, adelantada medio paso, era la única con línea de tiro directa hacia la pasarela; su arma titilaba bajo los tubos fluorescentes. Sus manos temblaban visiblemente, pero el cañón no abandonaba jamás la silueta de Nick. Maggie tenía los puños y el peso del cuerpo proyectado hacia delante, claramente calculando un asalto sorpresa. Detrás de todos, Ryan se agazapaba tras la carcasa abierta de un servidor, martilleando cables y teclas con precisión. Maia, un paso detrás de Maggie, estaba pálida; sus ojos de neuropsicóloga radiografiaban cada electrodo, cada parámetro biométrico en pantalla.

Y allí, sobre la mesa auxiliar junto a la consola principal, la libreta negra de Carver yacía abierta, sus páginas repletas de fórmulas, diagramas neuronales y marcas de tiempo escritas con pluma azul. Anotaciones que no había visto redactar a nadie.

—¿Qué contiene esa libreta, Nick? —grité, forzando el cuello para clavar la mirada en el cuaderno.

Nick ejecutó una orden; un holograma rectangular emergió en el aire frente a mí y proyectó imágenes que reconocí de inmediato: mi antigua casa, la habitación infantil, el armario donde Richard me encerraba. Pero estas no eran instantáneas de archivo. La resolución, la inclinación de la lente, el polvo que flotaba en los haces de luz revelaban que se trataba de fotografías recientes, tomadas desde dentro de los espacios.

—¿Cómo obtuviste estas fotos? —pregunté, forcejeando contra las correas—. Esa casa fue demolida hace años.

—Las capturé durante nuestras sesiones originales —respondió Nick sin apartar la vista de la biomonitorización—. Documentación

para uso futuro. Siempre supe que regresaríamos a completar el trabajo.

La primera ola de recuerdos me golpeó como una avalancha de recuerdos: el golpe seco de la puerta del armario, la voz de Richard filtrándose desde afuera —«No salgas hasta que aprendas a comportarte»—, la oscuridad absoluta, el olor a naftalina y miedo rancio. Los monitores enloquecieron, registrando la cresta de adrenalina que inundó mi sistema.

—Excelente —susurró Nick, fascinado—. La respuesta al trauma primario continúa extraordinariamente intensa tras veintitrés años.

—¡Basta! —exclamó Maia, avanzando un paso antes de que el SWAT del escudo la contuviera con un gesto—. ¡Esto es tortura psicológica! ¡La vas a quebrar para siempre!

Morrison desvió el arma hacia Maia.

—¡Nadie se mueve! ¡Esto tiene que acabar de una vez por todas!

El equipo táctico no intervino: su comandante —el SWAT del fusil — mantenía la orden de no abrir juego mientras un rehén federal apuntara en la dirección del objetivo. Sus miras láser permanecían bajas, listos para disparo selectivo en cuanto se despejara la línea de tiro.

Vi algo en los ojos de Maia que me tranquilizó; no era pánico, sino concentración clínica. Habló con una voz diáfana que atravesó el zumbido de las máquinas.

—Julia, escúchame. Recuerda tu entrenamiento de anclaje. Cinco cosas que puedes ver. Concéntrate en mi voz.

Nick giró la cabeza con irritación mecanizada.

—No interfiera en el protocolo, doctora.

—Brindo asistencia médica una colega sometida a trauma extremo —respondió Maia, firme.

Nuestros ojos se encontraron.

—Cinco cosas que puedes ver, Julia. La lámpara quirúrgica del techo. El póster del gato con gafas. La libreta negra. Mis manos extendidas. El cronómetro digital junto a tu pulso.

Seguí sus indicaciones, forzando mi mente a fijarse en la sala presente, no en la película de terror que Nick proyectaba.

—Cuatro cosas que puedes tocar: las correas de Kevlar; la textura granulada del cuero bajo tus dedos; el metal gélido de los electrodos; el peso de tu chaleco antibalas.

La técnica de anclaje funcionaba. Los recuerdos seguían ahí, pero ya no me ahogaban por completo. Nick detectó el cambio en pantalla.

—Interesante. La intervención de la doctora Mills altera el patrón delta. Aumentemos la intensidad.

Ajustó un potenciómetro y, súbitamente, las imágenes se volvieron tridimensionales: ya no solo veía mi pasado, lo revivía con una claridad dolorosa. Aun así, la voz de Maia continuó anclándome:

—Tres cosas que puedes oír, Julia. Mi voz. El chasquido rítmico de los ventiladores de *rack*. El tecleo de Ryan mientras manipula la interfaz. Dos cosas que puedes oler: el antiséptico del laboratorio. El café rancio en la taza volcada sobre la mesa de Morrison.

Fue entonces cuando Morrison se quebró. Hasta ese momento no había disparado; la pistola seguía con el cargador lleno. Había observado mi tormento durante cinco eternos minutos, viendo sus años de encubrimiento cristalizarse en sufrimiento real.

—¡No puedo más! —gritó, y su brazo dio un latigazo—. ¡Se acabó!

Disparó tres veces; su mano temblaba tanto que las balas se estrellaron contra el blindaje del brazo robótico y el borde de una pantalla, lanzando una lluvia de chispas azules. La radio de pecho del SWAT crujió: «Torre Uno a Charlie, disparos localizados en C-12, sin víctimas».

Nick se agachó tras la consola principal.

—¡Agente Morrison! Está destruyendo años de investigación crucial.

—¡Tu investigación es tortura, y yo soy cómplice! —Morrison apretó el gatillo hasta vaciar el cargador, luego cayó de rodillas, sollozando. El SWAT del escudo avanzó, cubriéndola, pero no abrió fuego. La situación era aún demasiado caótica.

La puerta lateral se abrió y una voz familiar pero débil dijo:

—Suficiente.

Elena Cruz apareció sosteniéndose en el marco. La gasa en su brazo ensangrentado asomaba bajo la chaqueta de hospital; su respiración era entrecortada, pero la determinación en sus ojos ardía. Alzó una carpeta gris con el emblema de «DOJ Clasificado».

—Doctor Nicholas Carson, David Anderson o cualquier alias. —Su voz ronca reverberó—. Está arrestado por los asesinatos de cincuenta y una personas y por crímenes contra la humanidad.

Nick se irguió en la pasarela, con movimientos calculados de marioneta.

—Doctora Cruz, es improbable que hubiera llegado hasta aquí con sus lesiones.

—Llevo esperando veintitrés años —replicó—, desde que mataste a mi hermana Nora por amenazar con exponer Sweetbell.

Abrió la carpeta.

—Nora Cruz, Sujeto 47. Muerte oficial: suicidio por sobredosis. Causa real: drogada y asfixiada porque sabía demasiado.

—Su hermana era emocionalmente inestable —respondió Nick, impasible—. Su muerte fue inevitable…

—¡Mentira! —gritó Cruz—. ¡Nora era la más fuerte!

Mientras discutían, aproveché la distracción. Los disparos habían soltado dos pestillos de las correas. Flexioné las muñecas, practicando la maniobra de liberación que enseñan en Quantico. Maia se inclinó hasta que su boca casi rozó mi oído.

—Julia, escucha. No solo está mapeando tu trauma. Pretende implantarte alexitimia. Quiere convertirte en una copia suya. Refuerza tu núcleo: quién eres, a quién amas. Eso no puede programarlo.

En ese instante, el susurro eléctrico de una página al pasar me taladró el oído. Nick sostenía la libreta, escribiendo frenéticamente mejoras a su procedimiento. La caligrafía coincidía con los márgenes de mi expediente.

—Nathan —murmuré con un escalofrío.

Nick levantó la mirada; la máscara oscura no podía sonreír, pero sentí la sonrisa bajo ella.

—¿Sí, Julia?

Se lanzó sobre Cruz con rapidez, inyectándole una jeringa del tamaño de un bolígrafo en el cuello.

Los SWAT reaccionaron un segundo tarde; al alzar los fusiles se encontraron con el cuerpo de Cruz a modo de escudo humano y sin ángulo limpio para disparar. Ryan dio un paso impulsivo, pero el agente con el escudo balístico lo agarró del chaleco: un tiro errado atravesaría los depósitos de gas tras la silla.

—Sedante suave —anunció; su tono era puro hielo clínico. Cruz se desplomó en brazos del SWAT del fusil, que la sujetó para evitar que se golpeara la cabeza.

Maggie se adelantó un paso, mirando horrorizada.

—¿Qué demonios acabas de hacer?

Nick —o Carver— se incorporó y guardó la jeringa como quien archiva un bolígrafo.

—La doctora Cruz interfería con un experimento extremadamente delicado.

Con espantosa claridad, todas las piezas encajaron: los avisos de llegada vía SMS, la baliza falsa de GPS, la libreta, la voz calmada que siempre me inspiró confianza.

—Nick no es un infiltrado externo —susurré—. Nick eres tú, ¡Nathan!

El hombre de la máscara tecleó nuevas órdenes; los servidores zumbaban con obediencia sumisa. Los SWAT levantaron sus miras, pero no dispararon: Morrison seguía desarmada en el suelo, Cruz inconsciente, y yo aún esposada a la silla.

—Muy perspicaz, Julia. Lástima que llegues un poco tarde. El experimento continuará exactamente como estaba planeado.

La máscara no era otra persona, solo otro papel que Nathan Carver adoptaba cuando necesitaba sumergirse en su investigación.

Y yo había confiado en él y trabajado con él.

LA MÁSCARA CAE

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, Sala C-12
Lunes, 3:15 p. m.

El silencio que siguió a mi revelación resultó opresivo. Carver —no Nick— mantuvo la jeringa en alto mientras Elena Cruz se deslizaba hasta quedar a sus pies. Luego, despacio, como un actor que prepara el telón final de una obra macabra, se quitó la máscara de polímero que cubría su rostro. La sostuvo un segundo, observándola con una curiosidad casi tierna, y la encajó sobre la cabeza de un maniquí médico situado junto a la consola, aquel mismo muñeco que había servido de soporte para un altavoz oculto. El doble silencioso quedó erguido, inmóvil, como busto funerario que custodiara la sala de experimentos.

—Me impresiona tu perspicacia, Julia —dijo con su voz natural, la que tenía esa cadencia tranquila y profesional que siempre había asociado con seguridad—. Aunque confieso que esperaba que llegaras a esa conclusión mucho antes. Tu desarrollo analítico ha sido… algo decepcionante.

Maggie, ya recuperada del gas, reaccionó primero. Dio un paso al frente, con el arma en alto, mientras los dos SWAT ajustaban sus miras láser a la línea de flotación del chaleco de Carver.

—Nathan Carver, está arrestado por…

—¿Por qué exactamente? —la interrumpió, sacando un diminuto control remoto de su bolsillo—. ¿Por conducir una investigación psicológica avanzada? ¿Por documentar respuestas al trauma? ¿Por resolver casos que ustedes no lograron esclarecer?

Pulsó un botón. Un leve siseo escapó de las rejillas de ventilación. Los SWAT pivotaron, dudando entre disparar y protegernos de un posible agente químico. Morrison tensó la mandíbula; su Glock apuntaba todavía al torso de Carver, pero el cañón oscilaba.

—Ese no es el gas sedante anterior —explicó con idéntica calma —. Este es significativamente más letal. Tienen unos diez minutos para tomar la decisión correcta.

Ryan corrió hacia la puerta —las placas magnéticas emitieron un zumbido rojo— y se detuvo al instante.

—Sellada electromagnéticamente —informó Carver—. Como todas las demás salidas. Salvo que colaboren con la conclusión de mi investigación.

—¿Investigación? —escupí, forcejeando contra las correas que me inmovilizaban parcialmente—. Llamas investigación a torturar y asesinar personas.

Se acercó, y por primera vez pude contemplar su rostro sin la máscara profesional: ni frío ni colérico, simplemente vacío, como si sus ojos dieran a un pasillo sin fondo.

—Es fascinante —comentó—. Veo miedo, traición, ira en tu mirada. Observo la dilatación de tus pupilas y mido tu ritmo cardíaco. Pero la vivencia interna continúa opaca para mí.

Avanzó hasta la consola y reinició los sistemas dañados por los disparos de Morrison. El SWAT del escudo adelantó medio paso y alzó la plancha balística, interponiéndose entre Carver y las rejillas de ventilación, tal como dicta el protocolo NRBQ (Nuclear, Radiológico, Biológico y Químico) de contención.

—¿Sabes lo que significa vivir entre personas que experimentan algo que tú jamás podrás imaginar? —preguntó mientras ajustaba potenciómetros—. Es como ser el único ciego en un planeta de videntes que describen colores todo el tiempo.

—La alexitimia no justifica el asesinato —añadió Maia, evaluando silenciosamente las rejillas superiores.

Carver rio. El sonido, libre ya de su máscara de respeto, sonó hueco.

—¿Tratamientos? Doctora Mills, he agotado fármacos, TMS, DBS. Nada altera un caso tan extremo. Pero ¿sabe qué sí funciona?

Activó una pantalla que proyectó gráficos de ondas cerebrales.

—La observación directa de respuestas emocionales extremas. Así cartografío en tiempo real un mapa del fenómeno que jamás podré sentir.

—Eres un psicópata —murmuró Morrison desde el suelo.

—Alexitímico, no psicópata —corrigió—. El psicópata experimenta triunfos, deseos de poder. Yo no siento nada. Absolutamente nada. Distinción esencial.

Ryan, acuclillado junto al armario de cableado, abrió un panel con su destornillador triangular.

—El circuito de sellado usa temporizador —murmuró—. Si puenteo la línea…

—No se esfuerce, señor Howe —intervino Carver sin mirarlo—. Conozco cada relé. Pasé tres años rediseñando este edificio.

Alzó su libreta negra.

—¿Sabes qué he registrado en estas páginas? Tus respuestas emocionales, Julia. Cada hallazgo de una víctima, cada latido empático, cada *flashback* de Sweetbell.

Leyó entradas en voz alta, cada frase era un bisturí:

«Día 31: exposición a los recuerdos de Sweetbell produce activación inmediata del sistema límbico…».

«Día 47: resiliencia incrementada tras confrontar figura paterna hostil…».

—Pero lo más fascinante —prosiguió— fue diseñar el trauma original. Richard no actuó solo. Sus métodos exactos, sus frases… fueron guionadas en mis sesiones. Lo convertí en mi herramienta para moldear tu desarrollo.

La revelación golpeó como martillo. Sentí el acolchado del chaleco latir con mi corazón.

—Eres un monstruo —susurré.

—Soy un científico con una discapacidad neurológica que halló un método innovador —refutó—. Y tú eres mi obra maestra.

Las técnicas de anclaje de Maia resonaron como campanas. Ya no iban a servirme solo para resistir, sino también para contraatacar.

—Cinco cosas que puedo ver —dije en voz alta—. La libreta en tus manos. El miedo de Morrison. La tenacidad de Maggie. Las pinzas de Ryan. La compasión en los ojos de Maia.

—Julia, basta…

—Cuatro cosas que puedo tocar. La fría textura metálica de esta silla. El tejido de mi camiseta. La presión de las suelas contra el suelo. Las correas aflojadas por los impactos.

Me liberé; los electrodos cayeron como una corona rota. Los SWAT alzaron un brazo, pidiendo visual antes de disparar. Morrison contuvo el aliento.

—Tres cosas que puedo oír. El siseo del gas. El clic de las herramientas de Ryan. Los comandos que Carver teclea.

—¡Detente! —vociferó él, empuñando otra jeringa.

—Dos cosas que puedo oler —continué sin hacerle caso—. El antiséptico con que cubres la muerte. Y mi adrenalina, que ya no me domina.

»Una cosa que puedo saborear: la verdad. No soy tu obra maestra, Nathan. Soy tu mayor fracaso.

Carver retrocedió hasta la consola y cambió la táctica; activó ultrasonidos desde la silla. Mi estómago se encogió con náusea, pero repetí el ancla de Maia hasta que el ruido cesó. Los SWAT aprovecharon la distracción y dispararon dos cartuchos de espuma expansiva que se deshicieron contra el campo del ultrasonido, incapaces de pegarse.

—Si no puedo completar mi investigación —gruñó—, nadie saldrá vivo de Sweetbell.

Tanteó un interruptor rojo. Las luces parpadearon, y una voz metálica llenó la sala:

«Autodestrucción activada. Evacuación en cinco minutos».

Mi radio crepitó con la voz de Zach: «Registro sísmico ascendente. La estructura vibra desde los cimientos».

Carver se deslizó por una puerta oculta que se cerró a presión. El SWAT del fusil disparó, pero la bala rebotó en la placa de carburo de tungsteno de la compuerta.

Habíamos ganado un asalto mental, pero la cuenta atrás física rugía sobre nuestras cabezas. Cinco minutos para huir de un laberinto diseñado por un genio alexitímico que había previsto este escenario exacto.

El juego final acababa de comenzar.

LA TRANSFORMACIÓN FINAL

DÍA 5: Sweetbell Kids Resort, pasillo principal

Lunes, 3:30 p. m.

La alarma de autodestrucción parpadeaba en un rojo intermitente, su pulso reverberaba por los conductos metálicos como un latido sordo y frenético. Después de la explosión parcial en la sala C-12, el contador se reinició para el protocolo de contingencia: cinco minutos exactos, trescientos pulsos de espera tortuosa, antes de que la carga principal borrara Sweetbell del mapa. El eco de la alarma se mezclaba con el siseo del gas residual y el crepitar de los fusibles sobrecalentados.

—¡Julia! —gritó Maggie, sujetándome del antebrazo mientras avanzábamos por el corredor central que Ryan había abierto a cincel digital—. ¡Tenemos que salir ahora!

Unos metros atrás, el equipo de rescate se reagrupaba bajo una hilera de luces de emergencia que pendían de cables chamuscados: Ryan arrastraba a Morrison, aún aturdida; Maia llevaba a Lind firmemente del codo; dos SWAT cargaban a Cruz, pálida y cubierta de polvo. El humo azul gris azulado cruzaba la bóveda como nubes en miniatura.

Pero algo cristalizó dentro de mí, un bloque de hielo en mi interior. Me detuve en el umbral.

—No puedo —dije, girándome hacia ella—. Si Carver escapa, esto nunca terminará. Encontrará a otros niños, hará más víctimas. Debo frenarlo aquí.

—¡Es suicidio! —protestó Maia, ajustando la vía intravenosa improvisada de Cruz—. ¡No puedes enfrentarte a él sola!

—No voy a enfrentarme a él —respondí, sorprendida de oír mi propia calma reverberar entre las paredes de hormigón—. Voy a curarlo.

El casco táctico de Maggie inclinó apenas la visera: comprendía aquel tono, el mismo que había sostenido al comenzar la operación.

—Tienes dos minutos —declaró—. Después sacamos a la unidad sin importar lo que pase.

Habló por radio: «Zach, canal Alfa. Extracción total en ciento veinte segundos». El crepitar de interferencia respondió con un «Recibido» tenso y metálico.

Me zambullí en sentido contrario, pisando charcos de agua de los rociadores automáticos. El pasillo central —conducciones de acero al desnudo y cableado expuesto— olía a vainilla artificial, ozono y antiséptico. El olor que siempre asocié a mis peores recuerdos

Encontré a Carver en su santuario personal, una cámara circular blindada enterrada en el centro del complejo. Media docena de archivadores volcados formaban cordilleras de papel; millares de expedientes ardían en la boca incandescente de un incinerador industrial que rugía con estrépito. Una lámpara articulada oscilaba sobre el escritorio, proyectando sombras concéntricas que giraban con la sirena.

Allí el aire no olía al agente químico, sino a papel quemado y ozono: la estancia estaba sellada del resto de los conductos.

Llevaba un respirador de silicona colgado del cuello, prueba de que aquella cámara disponía de un circuito de aire filtrado independiente.

—Veintitrés años de trabajo —murmuró sin mirarme, alimentando el fuego con expedientes termosellados—. Dos centenares de sujetos. Avances revolucionarios en trauma... y lo destruiste todo.

Las chispas revoloteaban. No había ira; solo asombro clínico.

—Nathan —dije, mi voz fue amortiguada por el zumbido del extractor—, detente. Ya no necesitas quemar nada. Nadie más te persigue; esto puede acabar sin más víctimas.

Se volvió y, bajo el resplandor ámbar, pude ver su verdadero rostro: sin la bata inmaculada ni la máscara profesional, era un hombre exhausto, con hollín pegado a la frente y las cejas perladas de sudor.

—¿Sabes qué fue crecer sintiéndome un alienígena? —preguntó con voz curiosamente juvenil—. Mirar a otros niños llorar y no entender por qué. Ver a mis padres abrazarse y saber que había algo crucial que jamás alcanzaría.

—¿Cuándo comenzó? —interrogué, reconociendo que esta era la sesión terapéutica que nunca tuvo.

Me relató la muerte de su hermana y la insensibilidad que lo selló como una bóveda vacía. Mientras hablaba, sus manos temblorosas lanzaban carpetas al horno; las llamas lamían los bordes plastificados y arrojaban brasas como confeti infernal.

Yo veía, al fin, la raíz del monstruo: un niño congelado en el instante de la pérdida.

La alarma subió de tono. Dos minutos.

—Nathan, escucha. —Me acerqué bordeando montones de carpetas humeantes—. Tu dolor no te exime de responsabilidad. Cada experimento posterior fue elección consciente. Pero tus elecciones estuvieron guiadas por curiosidad y miedo. Emociones que sí has sentido, aunque nunca las nombraras.

Sus ojos —dos espejos sin luz— parpadearon al oír «emociones». Un temblor de reconocimiento tensó sus pómulos.

—Cincuenta y una víctimas —susurró—. Todo para buscar algo que… quizá ya tenía.

Le expliqué que su cerebro procesaba de manera distinta, no errónea; que podía aprender a nombrar lo que experimentaba. El techo gimió. Eran vigas dilatadas. Tenía un minuto.

—Julia —musitó, un suspiro entre cenizas—. ¿Puedes sentir algo por mí después de todo?

El impacto me dejó sin aire, pero respondí la verdad. Sentía lástima, tristeza, comprensión… y esa extraña gratitud que nace de haber transformado dolor en fortaleza.

Treinta segundos. Extendí la mano.

—Ven conmigo. Hay futuro, aun para ti.

Él contempló mi palma abierta, atrapado entre el horno y la salida. Se formó una media sonrisa, más melancólica que cruel.

—Paz —susurró—. Eso es lo que siento ahora. Y por primera vez es claro.

Diez segundos. Una sirena final ululó. Corrí hacia la puerta estanca; al cruzar el umbral me giré. Carver se sentó en su silla, rodeado de legajos en llamas, con el rostro bañado por un resplandor cegador.

—¡Gracias por ayudarme a sentir algo real! —gritó mientras las primeras detonaciones subterráneas sacudían el anillo de hormigón.

El corredor vibró; paneles de yeso se desprendían como piel. Llegué al vestíbulo principal cuando la onda de sobrepresión arrasó la corriente de aire detrás de mí. Zach gritaba coordenadas de evacuación en mi auricular; los SWAT arrastraban a Morrison hacia la luz exterior; la camilla improvisada de Cruz rodaba sobre un mosaico de escombros.

Treinta segundos después, emergí a la plataforma del *parking*. El cielo estaba plomizo, olía a tierra ozonizada. Sweetbell se desplomó detrás en una columna de fuego anaranjado y humo gris oscuro que rozó las copas de los pinos. Las sirenas de bomberos ya resonaban en la carretera.

Maggie corrió, pero se contuvo al ver mi mirada.

—¿Está muerto?

—Sí —respondí con voz quebrada—. Pero, al fin, encontró lo que buscaba.

Mientras las llamas devoraban la silueta del *resort*, comprendí que yo también había hallado algo: ya no era la Julia definida solo por su trauma. Había integrado mi herida; la convertí en brújula y en escudo.

Nathan Carver intentó forjarme como su obra maestra. Y lo logró, aunque no como lo planeó. Porque elegí la compasión sobre la venganza, la sanación sobre la destrucción.

Y por primera vez sentí por fin libertad.

EPÍLOGO

NUEVOS COMIENZOS

Seis meses después

Amanecía cuando llegué al cementerio de Stafford. Los árboles aún cargaban bruma y el césped empapaba las botas. El registro municipal localiza la tumba como F-17, parcela anónima, pero yo la conocía como el lugar donde reposa la víctima número siete, una muchacha sin nombre que Nick llamó «ensayo de pureza». No había lápida formal, solo una estaca metálica clavada junto a un rectángulo de granito sin inscripción. Dejé sobre la piedra un pequeño ramo de solidago —flor de campo resistente que brota tras incendios— y saqué de mi bolsillo un botón blanco de hueso pulido. Peso exacto, superficie lisa, sin número grabado. Lo coloqué en silencio junto a las flores.

Mientras el vapor de mi aliento se deshacía en el aire frío, repasé el credo que Zach repite antes de cada despliegue: «Si no puedes salvarlos a todos, honra a cada uno». El gesto no cambiaría el pasado, pero sí la narrativa. Durante veintitrés años los botones habían marcado dominación y muerte; aquel botón sin cifra sellaba la ruptura del ciclo. Me arrodillé, apoyé la palma enguantada sobre la piedra mojada y conté los latidos —cuatro, dos, ocho—, así Maia me enseñó a anclarme cuando la memoria tiembla. El pulso regresó a setenta y dos por minuto; suficiente para levantarme con los hombros firmes.

Al marcharme, la luz temprana alcanzó el botón y lo hizo brillar como una pieza de marfil. No era un trofeo, sino una promesa: ninguna víctima de Sweetbell volvería a quedar sin nombre ni historia. Cerré la verja, respiré el olor a tierra húmeda y conduje hacia Quantico con la certeza tranquila de quien, por fin, elige dónde empieza realmente su día.

Galería cubierta C-5, Academia de Quantico
Lunes, 7:12 a. m.

El olor a pólvora fría y neumáticos calientes me golpea en la puerta. Es tan intenso que por un instante vuelvo a Sweetbell. Rememoro los disparos en eco, la adrenalina como oxígeno. Parpadeo, el recuerdo se ordena, y la vista me revela una sola figura extendiendo la Glock a la altura del pecho, postura Weaver perfecta. Era la cadete Thompson.

Dispara, y tres vainas rebotan en el parqué metálico mientras la diana a quince metros recibe impactos centrados, grupo del tamaño de una moneda de diez centavos. Sin mirar, acciona el dispositivo que acerca el soporte, presiona el botón de alto el fuego y sopla el humo del cañón antes de enfundar. Todo como en manual, excepto la leve sonrisa de quien sabe que acaba de romper su propio récord.

Nada mal para las siete de la mañana. Dejo que mi voz resuene; recuerdo el día en que la encontré temblando tras su primera tanda. Y eso que aún no hay cafeína oficial en sangre.

Thompson se gira. La visera reglamentaria disimula el temblor de sorpresa, o quizá sea orgullo. Levanta las orejeras y cuelga la pistola con seguro abierto.

—Agente Stein. O… ¿supervisora? —rectifica con un rubor que la gorra no oculta—. Creí que estaría fuera, con el asunto de Baltimore.

—Salgo en una hora —respondo, revisando la diana: todos los disparos fueron ensartados en el anillo diez—. Quería comprobar un

viejo rumor. Que la primera tiradora de la promoción hace grupos imposibles sin café.

Thompson ríe —aún es risa de cadete, pero ya se escucha recia — y saca la tarjeta del computador de blancas.

—Un 92,8 % de agrupamiento. Nuevo máximo interno. Su «voz-ancla» funciona, por cierto.

—Di la palabra —pido, tocando el centro de su pecho, justo donde late el esternón bajo el chaleco.

—Presente —susurra con el mismo pulso que le temblaba aquella mañana.

Le devuelvo la diana.

—Guárdala. El papel recuerda lo que tú vas a olvidar: perfección es instante, no estado.

Ella asiente, guarda la diana enrollada dentro del petate y de pronto su rostro se pone serio.

—Aquel día en la galería, pensé que iba a renunciar. No entendía cómo lidiar con lo que había visto en servicio. Usted me dijo que disparar era dialogar con el miedo, no negarlo. Esa idea me trajo hasta aquí.

Busco en el bolsillo interior y saco la última vaina sin marcar del cargador que acabo de vaciar en prácticas propias. Se la ofrezco.

—Entonces haz lo mismo con tus futuros novatos. El miedo habla todos los idiomas; que tu ejemplo sea el intérprete.

Thompson aprieta la vaina y sonríe, un gesto limpio que barre la bruma de la galería.

—Gracias, supervisora Stein. Nos vemos en el desfile de graduación.

—Llega temprano. No me hagas perder apuestas —respondo, y le ofrezco el codo como saludo informal de línea de fuego.

Chocamos antebrazos y ella se marcha hacia la zona de limpieza. La observo caminar con el paso firme de quien ya pertenece al sitio. Primera tiradora, sí, pero más importante, primera en entender que la bala no es el fin, sino una pregunta.

El reloj del teléfono vibra. Son las 7:28 a. m. Ryan informa por texto que el equipo está reunido y listo. Dejo la galería, respirando el

inconfundible perfume de cordita y goma caliente con una sonrisa extraña: huele a comienzo, no a combate.

Antes de empujar la puerta, pronuncio para mí la misma palabra que enseñé a Thompson:

—Presente.

Y salgo a la luz blanca de Quantico, con la certeza de que, mientras una nueva generación aprenda a dialogar con su miedo, el péndulo no dictará su ritmo, sino el nuestro.

F-17, Montañas Blue Ridge

Ese mismo día, 5:02 a. m. Hace dos horas

El amanecer irrumpe despacio entre los robles, filtrado por un velo de niebla que huele a hierba mojada y a promesa. Ryan ajusta el trípode en la ribera del arroyo; su dron FPV duerme dentro de un maletín plateado, esperando la orden de volar. No hay sirenas, ni pulsos de alerta roja, solo el murmullo del agua chocando contra piedras milenarias.

—Este es el sitio —dice, apoyando el pie sobre un tronco resbaladizo.

Asiento. En la mano sostengo la cápsula transparente donde guardé el botón «51». Lo retiré de la cadena metálica hace ya dos semanas, cuando Elena Cruz pronunció aquellas palabras: «La memoria no duele; duele la negación». Pensé que era un buen epitafio para el símbolo que me ató al pasado.

Elena aparece por el sendero con un termo gigante: chocolate caliente, receta de su abuela puertorriqueña. Lleva gorro naranja fosforescente; dice que ahuyenta a los cazadores de ciervos. Yo sé que lo viste porque el color le recuerda que está viva.

—Ceremonia oficial o improvisada —pregunta, alzando una ceja.

—Oficial —contesto. Ryan pulsa REC en la cámara réflex.

Me arrodillo junto al arroyo. El agua está fría, pero es soportable. Saco un diminuto destornillador y separo la tapa trasera de la cápsula. El botón cae en la palma: metal gastado, esmalte rojo deslucido, una M mayúscula mordiendo la laca. M de miedo, de muerte, de Morrison, pero también de mañana. Giro la muñeca. La pieza brilla a la luz inclinada.

—¿Últimas palabras? —pregunta Ryan, serio.

—Fue un buen testigo. Ahora que declare y se retire —susurro.

Lanzo el botón al agua. Apenas se oye un plin ahogado. Las ondas se expanden, besan la orilla y regresan al centro como recordatorio de que toda acción encuentra reflejo. Siento un cosquilleo en la piel, leve, eléctrico: un circuito que al fin se cierra.

Elena me tiende el termo. Bebo. Sabe a cacao, canela y amanecer. Ryan baja la cámara; sus ojos vidriosos denuncian fatiga y alivio.

—¿Y ahora qué? —pregunta él.

—Ahora, vida corriente —respondo—. Con la extraordinaria ventaja de conocer la sombra.

Elena ríe, con esa risa-campana que convierte los pájaros en coro. Sacude su reloj inteligente.

—Once mil pasos antes de las nueve. Habrá que presumir en la oficina.

Ryan despliega el dron. Asciende hasta ciento veinte metros; la pantalla muestra un mar de nubes rasgadas por la cresta azul de las montañas. Toma una foto; la etiqueta como «Primera luz, libres» y la envía al chat que compartimos con Maggie, Zach y Elena. Tres tics azules aparecen de inmediato.

El dron desciende. En la orilla opuesta, un ciervo sorbe agua sin mirarnos. Pienso en los espejos, los físicos y los mentales. Este momento no cabe en ninguno; requiere transparencia total.

—Quiero creer que el péndulo se detuvo —murmura Ryan.

—El péndulo no se detiene —respondo—. Pero podemos elegir cuándo apartarnos de su trayectoria.

Elena hace chocar su taza contra la mía.

—A movernos entonces.

El sol rompe el velo de niebla. Sobre la superficie, el botón rojo destella un segundo antes de que la corriente lo deposite bajo una roca. No hay drama, solo física y olvido natural.

Nos giramos hacia el sendero. Lo recorremos sin prisa.

Unidad de Análisis de Comportamiento, Quantico, Virginia
Lunes, 8:30 a. m.

La oficina que una vez había pertenecido a Maggie ahora era mía, aunque había cambiado cada detalle para reflejar no solo mi autoridad, sino mi transformación. Donde antes colgaban mapas marcados con alfileres de crímenes, ahora había fotografías de víctimas que habían encontrado justicia, familias reunidas, supervivientes que habían reconstruido sus vidas. No eran trofeos de casos resueltos, sino recordatorios de vidas restauradas.

El café de la mañana seguía sabiendo igual de terrible, pero ya no lo necesitaba para funcionar. El insomnio crónico que me había acompañado durante años desapareció gradualmente después de Sweetbell. No porque las pesadillas hubieran cesado, sino porque había aprendido a integrarlas como parte de mi historia, no como cadenas que me definían.

—Supervisora Stein. —La voz de Ryan sonó desde la puerta—. Tenemos algo.

Supervisora. El título aún se sentía extraño después de seis meses, pero había crecido hasta llenarlo. No era el mismo tipo de liderazgo que había observado en otros. No dirigía desde la autoridad, sino desde la comprensión. Mi equipo no me seguía porque lo ordenara el manual, sino porque habían visto lo que podía hacer cuando se combinaba la experiencia técnica con la sanación emocional.

—¿Qué tenemos? —pregunté, levantándome del escritorio donde había estado revisando propuestas para un nuevo programa de

apoyo psicológico para agentes.

—Confirmado: el asunto de Baltimore es un triple homicidio. Escena... compleja. La Policía local está abrumada, y el perfil preliminar sugiere un perpetrador con conocimientos de psicología forense.

Mi estómago se tensó automáticamente, un reflejo condicionado a la mención de asesinos con conocimiento psicológico. Pero esta vez, en lugar de dejar que la ansiedad me controlara, la reconocí, la acepté, y la transformé en determinación enfocada.

—Reunión del equipo en diez minutos —ordené—. Y Ryan, buen trabajo en el análisis preliminar.

Mientras Ryan se alejaba, me permití un momento de gratitud por lo lejos que habíamos llegado todos. Ryan había desarrollado protocolos de ciberseguridad que ahora se usaban en todo el Buró, sistemas que prevenían el tipo de infiltración que Carver había logrado. Su confianza había crecido, y ya no era solo el genio técnico tímido del equipo. Era nuestro arquitecto digital, diseñando defensas contra monstruos que aún no habíamos encontrado.

La sala de reuniones se llenó de forma gradual. Maia llegó primero, cargando no solo su tableta habitual, sino también un nuevo kit que había desarrollado: herramientas de evaluación psicológica rápida para víctimas y testigos traumatizados. Su trabajo había evolucionado más allá de simplemente perfilar criminales. Ahora sanaba mentes en tiempo real durante las investigaciones.

—El programa piloto en Chicago está mostrando resultados extraordinarios —me informó mientras se instalaba. Los testigos que reciben intervención psicológica inmediata proporcionan testimonios un 340 % más precisos y sufren significativamente menos trauma posinvestigación.

Zach entró con su energía característica, pero ahora amplificada por una confianza que no había tenido antes. Su nueva posición como coordinador de operaciones de campo le había dado la oportunidad de aplicar su experiencia militar de manera que realmente importaba. Ya no era solo el especialista táctico del equipo; era nuestro estratega de seguridad humana.

—Baltimore está asegurado —reportó—. Perímetro establecido, familias de las víctimas están siendo atendidas por nuestro nuevo equipo de apoyo, y los medios están siendo manejados por el protocolo de comunicación empática que desarrollamos después del caso anterior.

El «caso anterior». Así nos referíamos todos a Sweetbell ahora. No porque quisiéramos olvidarlo, sino porque ya no nos definía. Era parte de nuestra historia, no nuestra identidad.

Maggie fue la última en llegar, y su presencia llenó la habitación de una forma diferente a como lo había hecho seis meses atrás. Su promoción a subdirectora de la División de Crímenes Violentos le había dado la plataforma para implementar cambios sistémicos que habían estado gestándose durante años. Pero más importante, había encontrado una forma de equilibrar su autoridad natural con una nueva comprensión de la vulnerabilidad humana.

—Antes de comenzar con Baltimore —dijo, instalándose en lo que había sido su silla favorita—, quiero actualizar sobre algunos desarrollos relacionados con Sweetbell.

Todos nos tensamos ligeramente. Aún había repercusiones de ese caso extendiéndose por el sistema.

—Diane Morrison ha completado su programa de reforma ética —continuó Maggie—. Sus recomendaciones sobre transparencia en Asuntos Internos han sido implementadas en el ámbito nacional. También me pidió que les transmitiera esto.

Sacó una carta manuscrita.

—Dice que sabe que las palabras no pueden deshacer el daño que su ambición causó, pero que está dedicando el resto de su carrera a asegurar que ningún otro agente tenga que enfrentar lo que nosotros enfrentamos sin el apoyo adecuado.

Era imposible no sentir una extraña forma de satisfacción al saber que Morrison había encontrado su propia forma de transformación. No la redención completa, pero sí un propósito renovado nacido de la comprensión de sus errores.

—¿Y el doctor Lind? —preguntó Maia.

—La Clínica Sweetbell abrió el mes pasado —respondí, consultando las notas que había estado siguiendo—. Marcus está

trabajando directamente con diecisiete sobrevivientes identificados del programa original. Su propia experiencia como víctima ha resultado invaluable para ayudar a otros a procesar traumas similares.

Ryan levantó la mano.

—¿Cómo está manejando su propio proceso de sanación?

—Terapia intensiva, medicación para la ansiedad, e irónicamente, ha desarrollado una forma limitada pero funcional de alexitimia terapéutica. Puede desconectarse emocionalmente cuando necesita ayudar a pacientes con traumas graves, pero puede reconectarse cuando termina el trabajo.

—Convirtió su daño en herramienta —observó Zach—. Como nosotros.

Exactamente como nosotros.

—Elena Cruz envía saludos en este momento se dirige a D. C. —añadió Maggie—. La Fundación Nora Cruz ha asegurado fondos federales para investigar otros programas experimentales similares a Sweetbell. Aparentemente, no fue un caso aislado.

Un silencio pesado cayó sobre la habitación. Era el recordatorio constante de que nuestro trabajo nunca terminaría en realidad. Siempre habría otro Carver, otra red de abuso, otro conjunto de víctimas que necesitarían justicia.

—Lo cual nos lleva a Baltimore —dije, dirigiendo la atención hacia el nuevo caso—. Ryan, proyecta los preliminares.

Las imágenes aparecieron en la pantalla principal. Tres víctimas, todas encontradas en poses que sugerían ritual, pero no el tipo de teatralidad que habíamos visto con Carver. Esto era diferente. Más... personal.

—Las víctimas están conectadas por algo más que geografía—observó Maia, estudiando las fotos—. La disposición de los cuerpos sugiere que el perpetrador conocía íntimamente los miedos específicos de cada víctima.

—¿Perfiles psicológicos? —pregunté.

—Todos habían estado en terapia reciente —respondió Ryan—. Diferentes terapeutas, pero todos tratando traumas relacionados con traición de confianza.

Sentí el familiar cosquilleo de reconocimiento de patrones, pero esta vez sin la ansiedad que solía acompañarlo. Era curiosidad analítica pura, sin el peso del trauma personal nublando mi juicio.

—¿Hipótesis de trabajo?

—Un terapeuta corrupto —dijo Zach de inmediato—. Usando la información de las sesiones para seleccionar a víctimas vulnerables.

—O un paciente que se obsesionó con los casos de otros pacientes —añadió Maia—. Alguien que viola confidencialidad para acceder a traumas ajenos.

—O ambos —concluí—. Una colaboración consciente o inconsciente entre alguien con acceso a información terapéutica y alguien con compulsión de actuar sobre ella.

Maggie asintió, y una expresión de orgullo profesional cruzó su rostro.

—Ese es exactamente el tipo de análisis multidimensional que este equipo hace mejor que cualquier otro en el Buró. Julia, ¿cómo quieres proceder?

La pregunta me devolvió a seis meses atrás, cuando era solo una agente siguiendo órdenes, reaccionando a los movimientos de otros. Ahora era yo quien establecía el tempo, quien diseñaba la estrategia.

—Maia, perfil psicológico completo de las víctimas y análisis de sus terapeutas. Busca solapamientos que no sean obvios. Ryan, análisis digital de todas las comunicaciones entre las víctimas y sus proveedores de salud mental. Zach, coordinación con Baltimore para establecer protocolos de protección para otros pacientes que puedan estar en riesgo.

Se pusieron en movimiento con la eficiencia de un equipo que había aprendido a confiar completamente en cada uno de sus miembros. Pero antes de que pudieran salir, los detuve.

—Una cosa más. Este caso puede despertar ecos del anterior. Si alguien necesita apoyo adicional, si algo se siente demasiado familiar, lo comunicamos de inmediato. Ninguno de nosotros tiene que enfrentar esto solo.

Zach sonrió, con esa sonrisa genuina que había reemplazado a la bravuconería nerviosa que había mostrado al principio.

—Supervisora, después de Sweetbell, creo que podemos manejar cualquier cosa que Baltimore nos arroje.

No era arrogancia. Era confianza ganada a través del fuego.

Cuando se fueron, me quedé sola en la sala de reuniones por un momento. En la pared opuesta colgaba algo que había instalado el mes anterior: una fotografía enmarcada de las cincuenta y una víctimas confirmadas de Nathan Carver. No como recordatorio mórbido, sino como promesa. Cada una de esas personas había tenido una vida, sueños, familias que los amaron. Su muerte había significado algo porque su memoria ahora guiaba nuestro trabajo.

En el centro de la foto, una placa pequeña con una cita que había encontrado en los archivos personales de Carver, algo que había escrito en sus primeros años como estudiante de Psicología, antes de que su condición lo corrompiera por completo:

«El trauma puede destruir, pero también puede transformar. La elección de cuál camino tomar siempre es nuestra».

Era trágicamente irónico que Carver nunca hubiera aplicado esa sabiduría a su propia vida. Pero era perfectamente apropiado que fuera lo último que él contribuyera al mundo. Una verdad que podía guiar a otros hacia la sanación en lugar de hacia la destrucción.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de un número desconocido. Por un nanosegundo, mi cuerpo recordó el terror de los mensajes de «Nick». Pero ese terror pasó inmediatamente, reemplazado por curiosidad profesional.

Era de una agente nueva en la oficina de campo de Portland, pidiendo consejo sobre un caso con elementos de manipulación psicológica. Había oído sobre mi experiencia en casos complejos de trauma.

Sonreí mientras comenzaba a escribir mi respuesta. Seis meses atrás, habría visto esa solicitud como una carga, otra responsabilidad en una vida ya sobrecargada. Ahora la veía como lo que realmente era, una oportunidad de convertir mi experiencia más dolorosa en la herramienta más útil de alguien más.

Julia Stein había comenzado esta historia como una víctima que sobrevivió. Y evolucionó hasta convertirse en una investigadora que

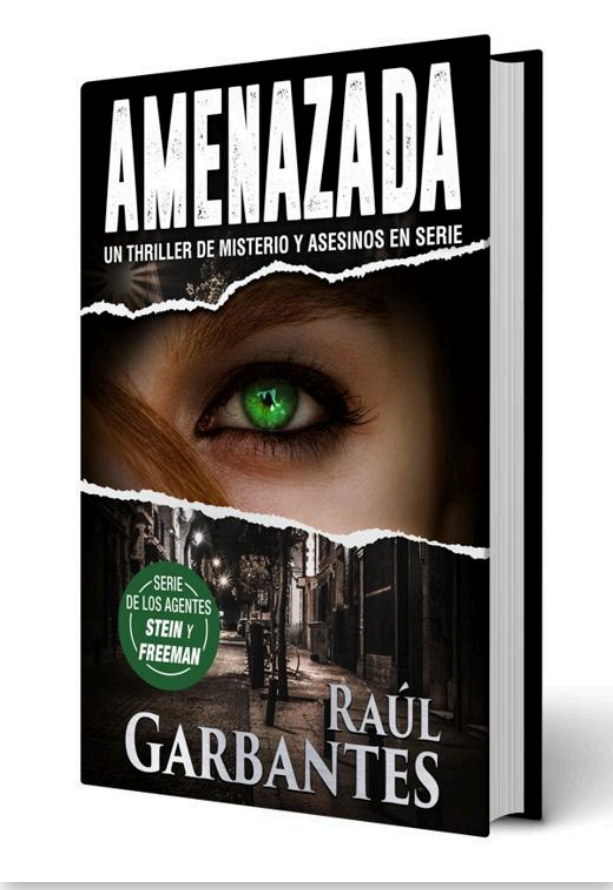
había perseverado. Y ahora era una sanadora que transformaba dolor en propósito, trauma en sabiduría, supervivencia en servicio.

Cuando bajé a reunirme con mi equipo para viajar a Baltimore, no era la misma mujer que había encontrado un botón de hueso en su chaqueta hacía seis meses. Era más fuerte, más sabia, más completa.

Y por primera vez en mi vida adulta, era completamente libre.

FIN

¿Quieres conocer el pasado de Julia Stein?
Antes de *Trazo sangriento*, trabajaba junto al infalible agente Hans Freeman.
Descubre sus primeros casos en la serie **Agentes del FBI: Julia Stein y Hans Freeman**. Obtenla aquí:
https://geni.us/serieJuliayHans



NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma 😊

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

